



FLORES PARA SUE

Dina Reed

FLORES PARA SUE

DINA REED

©Dina Reed, enero 2019

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: DR

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

EPILOGO

SINOPSIS

Sue Adams no está atravesando una buena racha...

Demasiadas facturas por pagar, el divorcio reciente de sus padres, las incontables averías de su automóvil y por si fuera poco, y por culpa del agobio que tiene, friendo un huevo casi se le quema la casa entera.

Menos mal que en lo del incendio acudió a su rescate su nuevo vecino, Bradley, un bombero *sexy* y descarado, al que le faltó tiempo para apagar el fuego.

Claro que a Bradley no le importaría encender otros tantos junto a ella...

Pero Sue no tiene ojos más que para William, su jefe duro, borde y exigente, con el que puede que esté todo a punto de cambiar.

Y es que de repente Sue empieza a recibir flores en la oficina y ella sospecha que es su jefe quien las envía.

¿Estará cambiando su suerte?

Mientras ella aprende que a veces no solo se trata de suerte sino de actitud, y William empieza a ver a la irritante Sue, su asistente, con otros ojos, Bradley permanece ahí... siempre explosivo para volverla loca de remate.

Y a todo esto, las flores que siguen llegando puntuales a la oficina, sin que Sue realmente sepa quién las envía.

¿Será su jefe estirado y antipático? ¿O el vecino que es una auténtica tentación?

Y lo más importante...

¿Logrará Sue al fin descubrir qué es lo que de verdad quiere y junto a quién?

Capítulo 1

Eran las ocho de la mañana de primeros de diciembre y caía tal nevada en Jonkers, Nueva York, que Sue celebró que fuera sábado y que no tuviera que ir a la oficina.

Se levantó a darse una ducha caliente y luego decidió prepararse un desayuno con la intención de pasarse todo el día leyendo arrebujada en las mantas.

Abrió el frigorífico, sacó la leche y el zumo de naranja, y cuando se disponía a verterlos en sendos vasos sonó el teléfono.

Era su madre.

Sue respiró hondo para infundirse fuerzas porque cada vez que hablaba con ella se quedaba exhausta. Y es que ya no sabía qué hacer para conseguir sacarla del pozo en el que estaba...

—Buenos días, mamá. ¿Qué tal amaneciste? —preguntó con un tono de voz enérgico y entusiasta.

—Buenos días, hija. Pues mal... Hoy peor que nunca porque acabo de abrir una carta que me ha dejado por los suelos.

Sue sujetó el teléfono móvil con el hombro para tener las manos las libres y acabar de servirse el desayuno, y preguntó disimulando la preocupación que se estaba apoderando de ella de golpe:

—¿De qué carta hablas?

La verdad era que desde que hacía unos meses sus padres se habían divorciado todo eran sobresaltos, ya que su progenitor había dejado con su marcha una ristra de deudas que no hacían más que crecer y crecer.

—De una en la que un proveedor del negocio ruinoso que montó tu padre nos reclama 10.000 dólares.

A Sue estuvo a punto de caérsele el vaso de leche al suelo de la impresión de escuchar aquello:

—Tiene que ser un error. ¡Se supone que ya no quedaba nada más por pagar!

Hacía unos años, el padre de Sue montó un centro de lavado de coches en las afueras de la ciudad que jamás había logrado despegar tanto por su pésima gestión, como por su carácter hosco y huraño que no hacía más que repeler a los clientes.

—No es un error, Sue. Hay que pagar o nos embargarán...

Sue tragó saliva porque no tenía ni idea de dónde iba a sacar el dinero. Ella ya había invertido todos sus ahorros en pagar una parte de la deuda, había pedido un crédito para la otra, su madre desde hacía dos años estaba desempleada y Patty su hermana pequeña tenía 18 años, estudiaba y trabajaba a tiempo parcial en una hamburguesería.

Estaban jodidas, pero muy jodidas... No obstante, saldrían adelante, algo se le ocurriría, por eso quiso tranquilizar a su madre diciendo:

—¡Eso no va a pasar, mamá! Te prometo que se arreglará todo y esta pesadilla acabará de una vez.

La madre de Sue rompió a llorar desconsolada y solo pudo farfullar:

—La culpa es mía y solo mía. Cometí el error de fiarme de él y poner ese negocio horrible a nombre de los dos. ¡Y además, no soy capaz de encontrar ni un maldito empleo!

—Ya lo encontrarás, mamá. Tú no tienes culpa de nada.

—Sí que tengo culpa, Sue. Cuando conocí a tu padre no tenía que haber dejado colgados mis estudios en la universidad, tenía que haber tenido mucha más ambición y buscarme una profesión con la que pudiera mantener

holgadamente a mi familia, y por supuesto tenía que haberme alejado de todo lo que tuviera que ver con los negocios desastrosos de tu padre. Porque mira dónde estoy y lo más terrible es que os estoy arrastrando a vosotras...

La madre de Sue se echó a llorar y a ella se le hizo un nudo en la garganta más fuerte todavía. No podía soportar verla romperse de esa forma... Y además, ya de poco valían las lamentaciones, por lo que le recordó:

—Eres una gran madre y eso es lo único que importa. Saldremos de esta, como ya hemos salido de todas las anteriores. Ya lo verás, preciosa.

—Nadie quiere contratar a una mujer mayor de 55 años... He llamado a todas las puertas, he enviado infinitas solicitudes de empleo, ¡es que ya no sé qué hacer!

Sue tampoco, si bien estaba segura de que encontraría una solución, así tuviera que trabajar duro de sol a sol.

—No estás sola, mamá. Yo estoy aquí, sabes que puedes contar conmigo.

—Ya, hija, pero tendría que ser al revés. Los padres son los que tienen que ayudar a sus hijos. Tú tienes 27 años, no puedes pasarte la vida entera con el lastre de nuestras deudas. Tendrás que crear tu propia familia...

Sue pensó que faltaba demasiado para aquello... Solo había tenido un novio, Matt, que la dejó en cuanto acabaron la universidad y después de él no había habido nada importante porque William lo ocupaba todo.

William era su jefe, del que llevaba enamorada en secreto desde el primer día que había empezado a trabajar en su empresa, un prestigioso estudio de arquitectura.

Y ya habían pasado cuatro años desde aquel primer día en que se presentó por primera vez en el despacho de William Dunkers y por poco no se murió ahí mismo de la impresión.

Y es que no solo era su sueño trabajar con uno de los mejores y cotizados arquitectos del país, sino que William tenía una presencia que quitaba el

aliento.

El señor Dunkers era alto, fuerte, de unos intensos y ambiciosos ojos oscuros, nariz recta, poderoso mentón y una boca que era una invitación a todo tipo de locuras.

Destilaba carisma, talento y poder en todo lo que hacía o decía, era ese tipo de hombre que acapara todas las miradas, que es tan temido como admirado, pues lleva escrito en la frente que solo sabe hacer una cosa: ganar.

Y Sue había tenido la suerte de formar parte de su maravilloso equipo recién terminada la universidad.

Un lujo como profesional y desde luego que un quebradero de cabeza como mujer porque sin duda su jefe era el hombre de sus sueños.

Lo sabía y estaba segura de que jamás iba a encontrar a nadie que estuviera a la altura de tanta perfección.

Era William o nadie. Y ese era su drama porque William solo la veía como asistente, como su mano derecha, pero para nada que fuera más allá de lo meramente profesional.

A él le gustaban otro tipo de mujeres, modelos imponentes o actrices, con las que solía salir a cenar o a espectáculos de moda, y ella lo sabía bien porque era la que hacía las reservas, incluso hasta le había tocado comprarles flores o bolsos carísimos y escribir una nota de agradecimiento por la “inolvidable noche”.

Era horrible, pensó, y a Sue le entró tanta ansiedad de pensar en William y en las malditas deudas que decidió comer algo con la intención de tapar el agujero que sentía en la boca del estómago.

Abrió el frigorífico, sacó un huevo y beicon, y luego encendió un fuego para freírlo todo con abundante aceite.

—Todo se va a arreglar, mamá. Tú tranquila. Confía en mí —le repitió a su madre mientras rompía el huevo y lo echaba en el aceite hirviendo.

—Cariño, pero no es justo, no es justo que cargue sobre tus hombros esta tremenda losa. No puedes ni comprarte un capricho barato, vives una vida de sacrificios y renunciaciones, hija, eso no es vida. No lo es...

La madre rompió a llorar y Sue tuvo que morderse fuerte los labios para no hacer lo mismo. No podía permitírselo, no podía caer en la autocompasión o dejarse llevar por la tristeza, y por supuesto que no tenía más opción que ser fuerte. Por eso, insistió:

—La vida no es fácil para nadie, mamá. Y soy feliz dándolo todo por mi familia... Así que tranquila y ya verás cómo pronto esto tiene solución.

Sue se despidió, colgó, se giró para dejar el teléfono móvil en la mesita blanca que estaba detrás de ella y entonces sucedió...

Perdió de vista la sartén unos segundos y fue el tiempo suficiente para que el fuego saliera disparado hacia arriba, alcanzando la campana que también empezó a prenderse.

Sue, muy nerviosa, agarró con un trapo el mango de la sartén que ardía en llamas, con cuidado de no quemarse, y la dejó sobre las frías losetas blancas. Luego abrió el grifo del agua, llenó una jarra y vertió el líquido sobre la sartén, mientras la campana ardía casi entera.

La situación era tan angustiosa que a Sue no le dio tiempo a percatarse de que a través de la ventana su nuevo vecino había presenciado la escena y ya estaba aporreando la puerta, con un extintor en la mano, al grito de:

—¡Abre la puerta, maldita sea! ¡Vengo a apagar ese jodido fuego!

Capítulo 2

Con una ansiedad tremenda y sin parar de toser, Sue abrió a la puerta y se encontró a un joven que parecía sacado de un calendario de tíos buenos. Camiseta blanca a punto de reventar por culpa de unos pectorales de infarto, *jeans* marcando un bulto importante, alto, guapo, pelo castaño, ojazos verdes, dentadura perfecta... y lo mejor dada la coyuntura: con un extintor en la mano.

—¡Alabado sea el cielo! ¡Gracias por llamar a mi puerta! —exclamó Sue.

El joven gruñó, la apartó a un lado con muy malos modos y corrió hasta la cocina, mientras exigía a gritos a Sue que se quedara en el salón:

—¡Ni se te ocurra pasar a la cocina, que ya la has liado bastante por hoy!

Sue no le hizo caso, y se quedó bajo el umbral de la puerta, mientras ese tío se empleaba a fondo para apagar el fuego que ya trepaba también por una de las estanterías blancas.

—Es que ha sido de repente, me he dado la vuelta para dejar el teléfono en la mesa y... —se excusó Sue, y él al percatarse de su presencia: la fulminó con la mirada.

—¿No te he dicho que te quedaras en el salón?

—No puedo quedarme de brazos cruzados, mientras te estás jugando la vida por mí.

El joven no replicó nada, hasta que terminó de sofocar el maldito incendio y luego con una cara de enojo tremenda, le advirtió:

—Espero que sea la última vez. ¿Estamos? Jamás vuelvas a ponerte a parlotear con el novio mientras estás friendo algo. ¡Nunca hay que dar la

espalda a un fuego!

Sue tenía unas ganas tremendas de llorar, es más la forma en la que ese tío le estaba hablando, le estaba haciendo sentir como si fuera una imbécil integral.

—Te repito que solo han sido unos instantes...

—El tiempo suficiente para que hubiera sucedido una desgracia, si no llego a verlo todo desde mi ventana.

Sue arrugó el ceño y preguntó sin entender nada, porque no había visto a ese tío en su vida:

—¿Tu ventana?

Y es que la ventana de la cocina de Sue daba a un patio oscuro y pequeño, así que ese tío solo podía ser un vecino.

El joven dejó el extintor en el suelo y le tendió la mano para presentarse:

—Soy Bradley Newman, tu nuevo vecino de enfrente. Apenas llevo una semana en el edificio y soy bombero. Has tenido suerte.

Bradley entonces sonrió, con una sonrisa preciosa y Sue, aunque seguía muy nerviosa, se relajó un poco:

—Soy Sue Adams y de verdad que lamento que nos hayamos conocido de esta forma.

Sue apretó la mano, grande y fuerte, de ese hombre sudoroso por el esfuerzo de apagar las llamas y sintió cómo un latigazo la recorría por completo.

Un latigazo incomprensible, que Sue achacó al estrés de la situación...

Lo que ella no podía imaginar era que Bradley había sentido algo parecido al apretar la mano suave y delicada de esa pelirroja menuda, de preciosos ojos vivos y boca jugosa, que había estado a punto de liarla bien gorda en el bloque.

—Lo importante es que estás bien... —dijo Bradley con el corazón

rugiéndole con fuerza.

—Muchas gracias por venir. Si no llegas a aparecer, se me habría quemado la casa entera.

—Para eso estamos. Estaba preparándome el desayuno y me he percatado del destello de las llamas...

Mintió. Mintió porque antes de las llamas llevaba mirando un buen rato a su vecina pelirroja a la que había fichado desde el primer día que había llegado al edificio.

Pero no se lo dijo para no parecer un perverso o algo peor...

—¡Menos mal! —exclamó Sue—. Yo es que no conozco mucho a los vecinos... Solo a la señora Sánchez, la mexicana del tercero, la verdad es que paro poco en casa, me paso el día trabajando en Manhattan y los fines de semana suelo ir a casa de mi madre, con la que hablaba cuando sucedió todo —precisó.

A Bradley se iluminó la mirada porque eso solo podía significar que:

—Entonces ¿no hay novio? —Y al darse cuenta de que su comentario no procedía en absoluto, enseguida puntualizó—: Bueno, quiero decir que me disculpes por mi comentario de antes...

—En cuanto a lo del novio, no tengo. Y respecto a tus disculpas, de verdad que no hacen falta. Tienes razón. No tenía que haber quitado la vista del fuego, no tenía que haberme puesto a cocinar hasta terminar la llamada. Pero es que tenía hambre, la ansiedad me da hambre y la llamada de mi madre me agobió bastante.

Sue se mordió los labios porque sintió que estaba hablando más de la cuenta con ese tío al que no le importaban nada sus problemas.

Lo que Sue no sabía es que Bradley no tenía ninguna gana de salir de la casa de su vecina, de la que quería saberlo todo.

Y no es que él fuera un cotilla, es que esa chica le despertaba curiosidad.

Curiosidad y mil cosas más, porque tenía algo que le hacía sumamente *sexy*...

No sabía si era su pelo, a él le encantaban las pelirrojas, con esas ondas rebeldes, o la boca jugosa, o esa mirada de chica buena pero a la vez con un punto de locura, de arrojo, de valentía, de agallas.

O tal vez era su cuerpo menudo, pero con las curvas suficientes como para soñar y bien largo...

O el cuello... Tenía un cuello largo precioso...

O tal vez era esa forma de morderse los labios, tan tierna y sensual a la vez.

No sabía, y por esa razón quería precisamente saberlo todo:

—Espero que esté todo bien en casa... —aseguró Bradley, invitándola a que se desahogara.

—Pues no es que estén demasiado bien, pero todo se arreglará con trabajo duro. Se trata de deudas. Mis padres se han divorciado hace poco y él nos ha dejado con unas cuantas facturas por pagar.

Sue hablaba con tanta determinación y fuerza que Bradley estaba seguro de que esa chica podría hacer frente a todo obstáculo que se le pusiera por delante. Y le gustó.

—De verdad que lo lamento. Pero seguro que todo saldrá bien —opinó él.

—Sí. Pienso lo mismo. Ya veré cómo lo hago para conseguir ese dinero... Haré más horas extras... Aunque a este paso voy a tener que mudarme a la oficina.

Bradley sonrió, pero Sue para nada estaba bromeando porque ya estaba haciendo las doce horas de trabajo diario.

—Espero que no —musitó Bradley y no fuera a ser que la chica se tomara de forma extraña su comentario, añadió—: Quiero decir que en la vida también necesitamos descansar y divertirnos.

—Yo no sé lo que es eso. Jamás me he tomado vacaciones... —confesó

Sue encogiéndose de hombros.

Y a Bradley le dio tanta pena que esa chica tuviera esa carga tan grande encima que no podía ni tomarse unos días libres, que le salió sin más ofrecerse para:

—Mira, ya sé que nos acabamos de conocer, pero tengo algo de ahorros. Si quieres, podría...

Sue puso los ojos como platos porque para nada esperaba que su vecino tuviera ese arranque de generosidad. Aunque bien pensado, tampoco era tan extraño si no se lo había pensado dos veces para salvarla del apuro en el que estaba.

Con todo, replicó agradecida:

—Ya has hecho demasiado por mí. ¡Has sido mi salvador! De las deudas ya me encargo yo. Me gusta mi trabajo, me gusta trabajar duro, no pasa nada por esforzarme un poco más.

Si algo tuvo claro Bradley en ese instante, fue que a medida que pasaba más tiempo con esa chica, le gustaba más y más. Por eso, y porque para nada quería volver de nuevo a su departamento, le preguntó:

—¿Tú no tenías mucha hambre? Si quieres hazte ese dichoso huevo, que yo me quedo aquí vigilando por lo que pueda pasar...

Sue se echó a reír, se fue derecha al frigorífico y preguntó a su vecino con el que se estaba sintiendo muy a gusto:

—Tú también te has quedado con el desayuno a medias, si quieres preparamos algo para los dos.

A Bradley se le iluminó más todavía la mirada y solo pudo replicar:

—Por supuesto que quiero...

Capítulo 3

Después de tomarse un desayuno con huevos, beicon y tostadas, siguieron charlando animadamente, además Bradley quería aclararle a Sue un punto que le tenía bastante preocupado:

—Me gustaría pedirte disculpas por mis malas formas cuando entré a apagar el fuego.

Sue dio un manotazo al aire y replicó convencida:

—Era una situación de emergencia: tampoco ibas a entrar con unos modales exquisitos como si fueras a la casa del embajador.

Bradley negó con la cabeza, se puso muy serio y luego le explicó:

—Créeme que no me he comportado bien, pero es que contigo no sé qué me ha pasado que se me ha removido algo que creía que tenía muy controlado.

Sue le miró emocionada, porque Bradley parecía muy conmovido y le dijo:

—De verdad que lo siento. Y desde luego que por mí no te preocupes... Estaba tan angustiada que he visto el cielo abierto en cuanto has aparecido, lo de tus supuestos malos modales: es que ni me he dado cuenta.

Bradley respiró hondo y decidió sincerarse con esa chica a la que no conocía de nada, pero con la que se sentía tan a gusto como si fuera una amiga de toda la vida.

—Verás, mi madre murió en un incendio —confesó Bradley con el corazón encogido.

Sue tragó saliva, se llevó la mano a la boca de la impresión y solo pudo musitar:

—Lo lamento de verás, Bradley.

—Yo apenas tenía 7 años, estábamos en la casa de la playa y mi madre estaba sola. Decidió prepararnos algo de comida, pero se despistó y salió ardiendo la casa entera.

A Sue se le llenaron los ojos de lágrimas y farfulló:

—¡Dios mío!

—Todo sucedió muy deprisa, la casa de la playa estaba en mitad de una isla, mamá llamó a los servicios de emergencias y luego a nosotros que estábamos bañándonos en el mar. Imagina el horror cuando mi padre vio esa llamada perdida y acto seguido recibió la del jefe de servicio de bomberos comunicándole que mi madre había fallecido. Ese día todos nos morimos un poco y yo me juré a mí mismo que sería bombero para espanto de mi padre...

Sue resopló y luego comentó porque lo entendía perfectamente:

—Comprendo que quisieras dedicarte a apagar fuegos y desde luego que también comprendo a tu padre.

—Mi padre es Richard Newman, el inversionista y empresario, no sé si te suena su nombre.

Sue puso una cara de pasmo total, porque precisamente días antes había estado leyendo un artículo sobre él en la revista Forbes.

—Por supuesto que me suena. Tú padre es uno de los grandes empresarios del país, le admiro muchísimo. Pero lo que me alucina es que el hijo de Richard Newman esté viviendo en Yonkers, en un edificio de departamentos pequeños y sencillos.

—Vivo solo. No necesito más. Y trabajo de Jefe de Bomberos en Yonkers. ¿Qué sentido tiene que viva en mi apartamento de Manhattan?

Sue sonrió porque eso sí que le encajaba más:

—O sea que tienes un apartamento de lujo en Manhattan.

—Regaló de papá. No pude negarme a aceptarlo después del disgusto que

le di al hacerme bombero. Siempre pensó que se me pasaría y que trabajaría en la empresa familiar con mi hermano George, si bien siempre tuve claro que ese no era mi camino. Estudié Arquitectura, me especialicé en protección contra incendios y aquí estoy.

Sue se revolvió en la silla y comentó encantada:

—Yo también estudié arquitectura, trabajo en el estudio de William Dunkers.

Al escuchar ese nombre, Bradley se revolvió entero, si bien intentó disimular la repugnancia que le provocaba ese tío:

—¡No puedo creerlo! Dunkers diseñó la casa de Los Hamptons de mi padre, fue uno de sus primeros trabajos. Debe tener unos treinta y tantos años...

—Tiene 36 años y para mí es un honor trabajar con él —informó ella con orgullo.

Y a Bradley le dio una pena infinita que esa chica admirara tanto a ese hombre que era el ser más despreciable que había conocido en su vida. Pero no dijo nada, prefirió callar y hacer todo lo posible para no mostrar lo que estaba sintiendo al recordar lo que sabía de ese canalla.

—Claro, es uno de nuestros grandes arquitectos —disimuló—. Pero háblame de ti... ¿Qué haces exactamente en el estudio? Imagino que diseñarás edificios elegantes y fabulosos.

Sue negó con la cabeza y explicó con más orgullo aún, porque para ella no había nada mejor que trabajar codo a codo junto a ese genio:

—En cuanto salí de la carrera, él me contrató para formar parte del equipo de arquitectos. Sin embargo, al poco su asistente personal se jubiló y me pidió que ocupara su puesto.

A Bradley no le sorprendió en absoluto, porque se esperaba cualquier cosa de ese sinvergüenza, pero con todo disimuló otra vez y preguntó:

—¿Y cómo es que aceptaste cambiar tu puesto de arquitecta por el de secretaria? Perdona es que no lo entiendo...

Y Sue, como se sentía tan a gusto en la cocina de su casa, hablando con su vecino mientras fuera seguía nevando copiosamente, decidió responder con la verdad y solo con la verdad:

—Fue por amor.

A Bradley aquello le sentó como una patada en sus partes, ¿esa chica había pronunciado la palabra amor?

—¿Cómo que amor? ¿No me has dicho que no tienes novio?

—Lo mío con mi jefe fue un flechazo, un amor a primera vista. Me idioticé nada más verle... Así que me tomé su propuesta como la oportunidad perfecta para pasar más tiempo con él. Además soy mucho más que una simple secretaria, no solo le llevo la agenda, también colaboro con él en los proyectos, tanto en las fases de diseño como en las de ejecución. De hecho, los planos de su último proyecto, la casa de una cantante muy famosa, los he diseñado yo.

Bradley tras escuchar aquello, se sintió mal, incomprensiblemente mal; pues después de todo esa chica tenía derecho a enamorarse de quien le diera la gana.

No obstante, de un impresentable como William Dunkers de verdad que le dolía en el alma. Aparte de que se estaba aprovechando vilmente de ella, como podía deducirse del relato que acababa de hacer Sue:

—Pero los proyectos los firma él... Imagino que tú no apareces por ninguna parte —dedujo Bradley.

—Los firma el estudio. Trabajamos en equipo. El ego nos lo dejamos colgado en el perchero cada mañana. Esa es una de las primeras cosas que aprendí de William Dunkers...

Y ahí ya sí que Bradley no pudo contenerse más y soltó:

—No será de su ejemplo, porque jamás he conocido a un tipo con tanto ego.

—No creo que le conozcas demasiado, porque no harías ese comentario. William para ser alguien tan grande es muy humilde.

Bradley resopló porque desde luego que sabía lo suficiente de ese tío como para rebatirle durante tres horas el argumento, pero otra vez calló y prefirió preguntar:

—¿Y sigues enamorada de él como el primer día?

Sue sonrió, con una sonrisa que Bradley encontró irresistible, y confesó toda emocionada, porque estaba enamorada hasta las trancas de su jefe:

—Cada día más. Y aunque él pase de mí, me ignore como mujer y jamás me vea como algo más que su asistente, me da lo mismo. Con solo estar a su lado cada día, me basta.

Bradley bufó y, sintiendo un coraje tremendo porque estaba convencido de que ese cabrón de Dunkers estaba jugando con los sentimientos de esa chica que no podía ser más dulce, replicó:

—De momento, pero llegará un día en que necesitarás tener una pareja que esté de verdad, alguien con el que compartir la vida, alguien que te ame como mereces.

—Solo sé que amar es dar. Y yo soy feliz estando junto a él, ayudándole en todo lo que puedo, trabajando duro para el estudio de arquitectura. No me planteo nada más.

—¿No te planteas despertar junto al hombre que amas? ¿Tener planes de futuro? ¿Tener tu propia familia? —insistió Bradley haciendo de Pepito Grillo.

—No soy el tipo de mi jefe, tengo clarísimo que jamás pasará nada entre nosotros. Pero bueno... lo tengo tan metido dentro, estoy tan enamorada de él, por muy estúpido que suene, por muy tonta que te parezca, que poco más

puedo hacer más que seguir queriéndole en silencio.

Capítulo 4

A Bradley le sentó fatal escuchar la confesión de Sue porque para él si había alguien en el planeta que no se merecía el amor incondicional de un ser tan puro y noble como Sue era el muy cretino de Dunkers.

No obstante, disimuló muy bien su cabreo monumental y se despidió de Sue que no dejó de agradecerle hasta el último momento que hubiera apagado el fuego.

Bradley pensó que el de cocina sí, pero había otro que esa chica había encendido dentro de él y que tenía toda la pinta de que iba a ser imposible de apagar.

Y es que de regreso a casa, no pudo dejar de pensar en ella.

Y no le extrañaba, porque Sue Adams no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido.

Y había conocido unas cuantas...

No era que fuera un golfo, pero tampoco era un santo.

Tenía muchas amigas y había disfrutado mucho del sexo a sus 28 años.

Incluso del sexo en grupo...

Se había encerrado con dos o tres chicas en una habitación y había salido dos días después de gozárselo todo.

Pero aquello no le llenaba para nada, tan solo era piel sin más y él necesitaba cada vez más algo más fuerte.

Implicación emocional, entrega, darse por completo, corazón y alma incluidas.

Amar, por muy jodidamente cursi que sonara.

Él quería amar....

Solo había tenido una relación importante con Diana y acabó como acabó...

No obstante, lo tenía ya superado, tanto que ni le guardaba el más mínimo rencor.

Y por supuesto que ya estaba listo para darse por entero a una mujer... Pero de momento no aparecía nadie...

Hasta que había llegado Sue...

Joder.

Él no creía en los flechazos, pero dadas las circunstancias todo apuntaba a que acababa de ser víctima de uno y de los grandes.

Porque después del encuentro con su vecina, es que no podía dejar de pensar en ella.

Es más, de hecho no podía dejar de pasar a la cocina con cuidado a ver si conseguía verla a través de la ventana.

Ni que tuviera 15 años, pensó.

Pero era lo que le provocaba esa chica que de verdad que no se parecía a nadie.

Era dulce y fuerte a la vez, tenía las agallas de luchar por sus sueños, de ir con la verdad por delante, de defender y proteger a los suyos, de amar sin esperar nada a cambio, de entregarse sin medida, y además era tan *sexy* que no entendía cómo el imbécil de Dunkers no le había puesto ya un anillo de pedida en el dedo.

Si esa chica era sencillamente perfecta...

Vale, que no era una modelo de piernas largas y tetas gigantes como las que le solían gustar a Dunkers.

Sue era mucho más que todo eso...

Tenía una bonita figura, una mirada que te penetraba hasta lo más

profundo, una sonrisa que iluminaba Nueva York entera y una forma de hablar, de moverse, y de sentir que era auténtica.

No se parecía a nadie, no se esforzaba en aparentar lo que no era, ella era de verdad. Sin trampa ni cartón. Una mujer transparente, generosa y entregada que nada tenía que ver con las actrices y modelos que el cretino de Dunkers tanto frecuentaba.

Sue lo tenía todo, talento, corazón, cabeza, encanto, magia...

Era adorable y él desde luego que podría pillarse totalmente por una mujer así.

Si es que no lo estaba ya...

Porque no solo no podía dejar de pensar en ella, sino que para su horror cuando llegó la noche y después de quedar con los amigos, se metió en la cama y tuvo que tocarse.

Sí, lo que no había hecho en la vida por nadie, de repente le sucedió con Sue Adams.

Pensó una vez más en ella y acabó masturbándose duro y fuerte, hasta que orgasmó gritando el nombre de esa mujer que se le había metido demasiado dentro.

Y encima estaba enamorada del cabrón de Dunkers...

Pero no pensaba rendirse, no sabía cómo pero iba a intentar al menos ser amigo de ella.

Y luego...

Quién sabía...

Él tenía amigos que habían acabado casándose con sus grandes amigas. Tal vez le podía pasar a él eso con Sue.

La amistad hay muchas veces que es la antesala del amor.

¿Por qué no podía pasarle a él?

Además, Sue parecía que había estado con él muy cómoda, la conversación

había sido muy agradable, así que por qué no.

Además, esa chica que estaba atravesando un momento tan malo que si algo necesitaba era un amigo. Y él estaba dispuesto a serlo.

Un amigo de verdad. Y no alguien como el cabrón de Dunkers que solo estaba aprovechándose y jugando con los sentimientos de la pobre Sue.

Eso lo tenía clarísimo. A él sí que no podía engañarle y desde luego que no iba a permitir que ese impresentable se riera de Sue.

Y es que, si de algo estaba seguro era de que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para evitarlo.

Porque esa chica le caía demasiado bien y sentía que de alguna manera tenía que protegerla...

Joder. ¿Qué le estaba pasando? ¿No le estaba dando demasiado fuerte?

No tenía ni idea.

Solo sabía que no podía dejar de pensar en ella...

Y en hacerla feliz...

Sí, por sorprendente que pareciera estaba sintiendo en su pecho la necesidad de hacerla sonreír, de arrancarle un suspiro, de decirle de alguna manera que era una chica excepcional que solo merecía cosas buenas.

Y es que con todo lo que estaba pasando, a pesar de las deudas y los problemas, seguía sonriendo, permanecía fuerte, esperanzada y luchadora.

Caray. Era digno de admiración todo lo que estaba haciendo...

Y luego en el trabajo seguía con los sacrificios y las renunciaciones, dándolo todo para el estudio de ese cretino que no merecía tener un ángel así a su lado.

Pero tiempo al tiempo...

De momento, había que esperar y no precipitar nada.

Y con esa idea se quedó dormido, para después soñar con Sue, un sueño muy tórrido y tan *hot*, que se despertó en mitad de la noche y tuvo que

masturbarse otra vez con rabia.

¿Cómo podía haberle impactado tanto esa chica?

De verdad, que ni que fuera un adolescente...

Es más, es que de adolescente jamás le pasó eso con ninguna de sus vecinas o con sus amigas...

Esto era algo completamente novedoso para él...

Tal vez porque Sue, era más que especial...

Tanto que llegó el domingo y esa noche volvió a soñar con ella, volvió a hacerla gozar como nunca en sus fantasías, disfrutaron de un sexo del bueno y sin prejuicios, yendo más allá de todo, derribando hasta el último de los límites y despertó otra vez de madrugada: sudoroso, excitado y tan duro que solo tuvo que tocarse unas cuantas veces para derramarse entero.

Luego se levantó a beber a agua fresca a la cocina y no pudo evitar mirar a la ventana de su vecina.

Estaba todo apagado y seguro que Sue dormía plácida ajena a las guarrerías que le había hecho en su sueño tórrido.

Y es que ardía por dentro, Sue había logrado hacerle despertar la sangre entera, si bien no era solo sexo...

Aquello iba más allá de eso, lo quería todo con Sue.

Necesitaba su cuerpo, pero también todo lo demás. Necesitaba su luz, su fuerza, su valor, su entrega, su calor...

Sue era todo lo que llevaba toda la vida buscando y estaba frente a él.

Por muy precipitado que sonase, o incluso absurdo para algunos, Bradley sintió que nunca había tenido nada tan claro, que sabía perfectamente lo que quería y se llamaba:

Sue Adams.

Capítulo 5

Llegó el lunes y Sue se dirigía a Manhattan en el bus exprés de primera hora de la mañana para estar a las siete en punto en la oficina.

Siempre era la primera en llegar...

Claro que ahora que le tocaba ir en bus porque su automóvil se había vuelto a estropear, debía madrugar más todavía.

Lo de su auto era otra ruina, lo último había sido un fallo en el sistema de distribución y la avería era tan cara que casi que le compensaba más comprarse otro de segunda mano, para cuando tuviera dinero.

Entretanto, tenía que ir en el bus, leyendo tranquilamente y sin dejar de pensar en lo pesados que se habían puesto últimamente todos con la cosa de que algún día tendría que formar su propia familia.

Hasta el vecino nuevo...

Ella no tenía prisa ninguna por casarse, ni por tener hijos, todavía tenía 27 años y eso en los tiempos modernos era casi ser una cría.

Vale que su abuela con esa edad ya tenía tres hijos, pero lo dicho... que ahora eran otros tiempos.

Además, por mucho que le dijeran no pensaba a sacarse a William de la cabeza ni del corazón. Más que nada porque era imposible, es que ya no podía... y lo más importante es que tampoco quería.

Así que con esos pensamientos y dispuesta a plantearle a su jefe que le permitiera también trabajar los sábados por la mañana para sacarse así unos ingresos extras con los que afrontar la nueva deuda, llegó a la oficina.

Lo de los sábados era la mejor opción que se le había ocurrido después de

considerar miles de ofertas de empleo en las que pagaban bastante poco.

Nada que ver con lo que ganaba con Dunkers y además Sue sabía perfectamente que en el estudio tenían varios proyectos a la vista que exigían mucha dedicación.

Así que tal vez a William le interesara que echara unas cuantas horas más los sábados para asegurar la entrega en plazo.

Rezando para que le dijera que sí, abrió la computadora y comenzó a ponerse con los primeros asuntos del día.

Actualizó la agencia del señor Dunkers, respondió correos electrónicos, envió otros tantos y supervisó el plano de la próxima casa que iban a edificar, para que cuando William llegara a las ocho en punto, como todos los días, lo tuviera todo listo para empezar el día.

Hasta el café Pike Place grande con leche que Sue cada mañana iba a buscar así tronara, nevase o fuera coja por culpa de un esguince, como en su día le pasó.

Bien, pues cuando eran las ocho menos cinco y estaba abriendo la puerta de la oficina para ir a por el café, apareció un mensajero con un ramo de gerberas fucsias:

—Buenos días, traigo un ramo de flores para la señorita Adams. Sue Adams.

Sue se quedó perpleja porque en la vida nadie le había regalado flores y preguntó al chico que venía helado de frío:

—¿Estás seguro de que es para Sue Adams?

—Es lo que pone. ¿Está Sue Adams?

—Soy yo, pero me parece tan raro, que me temo que va a ser un error.

—No lo es. Aquí pone ese nombre y la dirección es correcta, lo que no puedo decirle es quién las envía por deseo expreso del remitente.

Sue sintió un pellizco en el estómago, casi feliz... ¡Tenía un admirador

secreto! ¡Madre mía! Ella. ¡Ver para creer!

—Pensaba que estas cosas solo pasaban en las novelas románticas o en las películas —le confesó Sue al mensajero.

—Pues no señorita, se lo digo yo que llevo ya tres años trabajando para la mejor floristería de Manhattan...

Sue se quedó mirando el ramo más anonada todavía y preguntó:

—¿Son de la floristería de tres manzanas más allá? Es carísima. Yo cada vez que paso casi me mareo con los precios.

—Es cara porque tiene las mejores flores del mundo. Y sin duda estaría tres horas hablándole del negocio, pero tengo muchísimos pedidos pendientes. Así que ¿sería tan amable de aceptar el ramo y firmar aquí?

Sue cogió el ramo agradecida y luego firmó la entrega encantada porque aquello era lo máximo.

Era tan bonito recibir flores, se sentía tan especial que hasta lanzó un suspiro.

Luego, se despidió del mensajero y buscó un jarrón que había en la sala de reuniones para poner las flores y dejarlas en su mesa.

Claro que al retirar el papel que las envolvía se percató de que había una nota escrita con una preciosa letra de imprenta en la que ponía:

Te admiro mucho, Sue. Que tengas un bonito lunes.

Sue volvió a suspirar como una boba y luego se llevó la nota al pecho porque aquello ya era demasiado.

Su supuesto admirador no solo había acertado con el color de la flor, porque adoraba el fucsia, y las flores, porque le encantaba esa variedad, sino que se había tomado la molestia de dedicarle unas palabras que no podían haberle impactado más.

Y ¿quién podía ser alguien con ese gusto exquisito, sensibilidad, delicadeza, elegancia y estilo?

Ella solo conocía una persona en el mundo que reuniera todas esas bondades y su nombre era William Dunkers.

¡Madre mía!

¿Estaría cambiando su suerte? ¿Por lo que fuera de repente habría empezado a verla de otra forma y pensaba conquistarla a lo clásico?

Sue se puso tan nerviosa que hasta tuvo que lanzar un gritito de lo más estúpido, puesto que apenas podía contenerse.

Luego, dejó las flores perfectamente colocadas en el jarrón y salió a buscar el café de su jefe que cuando regresó ya estaba como siempre sentado en su despacho.

Sue nada más verle sintió que se le iba a salir el corazón. Los ojos le brillaban tanto, estaba tan ilusionada y feliz, que hasta el señor Dunkers se percató de que le pasaba algo:

—Buenos días, señorita Adams, ¿acaso es tu cumpleaños que vienes tan exultante?

Sue se mordió los labios de la vergüenza, ya que la había pillado, pero no es que estuviera exultante, era mucho más que eso: estaba flotando a ochocientos metros por encima del suelo.

—No, no es mi cumpleaños —contestó Sue, con timidez.

Su jefe no sabía su fecha de cumpleaños, ella cambio lo sabía todo él, hasta la marca de bolsos favorita de su madre, a la que siempre le compraba el regalo. Pero qué más daba...

William era un genio y no tenía tiempo para perder con absurdos detalles como la fecha de cumpleaños.

—¿Entonces? ¿Por qué hoy estás tan... radiante?

Sue respiró hondo y respondió sin pensárselo dos veces:

—Es que me han enviado un ramo de flores... —confesó señalando el ramo que, como había dejado la puerta abierta, William podía ver

perfectamente sobre la mesa de Sue.

William entonces pensó que qué delicia de mujer y más después del fin de semana de pesadilla que había pasado junto a la petarda de Sheila Fink, una modelo caprichosa y ridícula de la que no quería volver a saber nada en la vida.

La verdad era que no sabía qué hacía perdiendo el tiempo con mujeres como ella, que no le aportaban ya nada, más que un rato de sexo y poco más.

Casi todas eran unas descerebradas con las que no tenía nada en común y que solo se pegaban a él por puro interés.

Porque la verdad era esa...

Sin embargo, Sue era una chica tan pura que todavía se conmovía con un ramito de flores.

Igualito que las otras que solo se ponían al borde de las lágrimas si les ponía un reloj de oro y diamantes en la muñeca.

Sue no se parecía nada a ellas, gracias a Dios, se entendían con solo mirarse, le apasionaba la arquitectura tanto como él, era culta, con una cabeza bien amueblada, refinada, tenía un gusto exquisito, era generosa, esforzada, entregada y bueno... físicamente tampoco estaba nada mal.

No tenía un cuerpazo de modelo, pero...

William entonces se percató de algo... ¿por primera vez estaba viendo a Sue como algo más que su asistente?

Capítulo 6

William sonrió porque aquello hasta podía ser divertido, Sue Adams, quién iba a decirlo.

Y eso que también tenía un carácter que le desquiciaba por completo, porque esa chica era demasiado... complaciente.

A veces su laxitud le ponía de los nervios, esa capacidad suya de adaptarse a todo, de hacer esfuerzos y sacrificios hasta extremos que rozaban ya la estupidez.

Siempre era la primera que pringaba para todo, siempre era la que estaba dispuesta a hacer la renuncia... Siempre era la primera que se apuntaba a las horas de trabajo extra, era la primera en llegar y la última en irse, era la que siempre se quedaba sin vacaciones...

Y como Sue estaba siempre ahí, para bregar con todo, como si aquello le gustara, la verdad era que nadie acababa valorando lo que hacía.

Y así no se hacía en absoluto respetar. Porque si ella no se daba su sitio, los demás no se lo iban a dar en la vida. Y más en la selva de la empresa, donde solo habitaban tiburones dispuestos a zamparse a tiernos pececillos como Sue.

Pero bueno, a él le convenía tener una asistente así, desde luego que jamás iba a encontrar a nadie como ella. Aunque muchas veces le desquiciara que fuera tan servicial, tan dócil, tan bienmandada y tan obediente...

Y es que a William le sacaban de quicio las mujeres así, él prefería a tías con fuerte carácter, con genio, que tuvieran las agallas de hacerle frente, si bien en honor a la verdad tenía que reconocer que todas las mujeres así le

habían salido rana.

Más que nada porque todas esas actrices y modelos llenas de ambición y de carácter, y unas malas pulgas de mil demonios, al final habían resultado una pandilla de interesadas arribistas que apenas tenían nada que aportarle más que disgustos.

Eran posesivas, vanidosas, exigentes, conflictivas... Nada que ver con Sue Adams.

Sin duda, ella como pareja tenía que ser una auténtica delicia, un bálsamo de paz y de dulzura en el que solazarse un guerrero como él.

¿Cómo no se habría dado cuenta antes del paraíso que tenía al alcance de la mano?

Y eso que su madre se lo decía siempre: “Cuida a Sue, que es lo único bueno que tienes”.

Y él se reía a carcajadas, porque la atolondrada Sue, la buena y dulce, la trabajadora hormiguita infatigable, era eso... una empleada más que jamás llegaría más lejos en la vida.

Y eso que como arquitecta era buena, tenía talento y olfato, pero le faltaba la mala leche que se necesitaba para triunfar en un mundo tan competitivo como el suyo.

Sue era un pan de Dios, una criatura casi celestial que solo valía para obedecer, servir y complacer.

Y él casi que a ratos la despreciaba por eso, no obstante esa mañana y después de tantas experiencias amargas con señoritas de lo más desagradables, empezó a verla con otros ojos.

Por eso sonrió ampliamente y, sin dejar de mirarla, dijo:

—Me alegro de que estés tan feliz, Sue.

Sue sonrió de oreja a oreja porque William parecía terriblemente sincero, se alegraba de su felicidad. Tal vez por eso aprovechó para plantearle el

asunto que le quemaba ya en la lengua.

—Sí, bueno, estoy feliz... Aunque, verás, tengo otra vez problemitas económicos en casa.

William pensó que ese era otro clásico en la vida de esa pobre chica: la patética gestión que hacía su familia de la economía doméstica. Y como siempre, todo le caía ella, que sin rechistar se lo echaba todo a la espalda.

William resopló, agarró su magnífica pluma que debía valer una fortuna y le pidió:

—Tú dirás. Soy todo oídos.

Sue sintiéndose bastante avergonzada porque no le gustaba para nada pedir más favores al señor Dunkers que tan bien se había portado con ella, contó:

—Verás, ya sabes que mis padres se divorciaron, pues bien como él se ha declarado insolvente y el negocio estaba a nombre de los dos, estamos acribilladas a deudas. Mi madre sigue sin empleo, mi hermana trabaja en una hamburguesería, en fin... que soy yo la que debo hacer frente a una nueva deuda que ha llegado de diez mil dólares.

William se revolvió en su asiento de piel blanca y replicó sin entender cómo esa chica no estallaba de una vez:

—Ya sabes que no tengo inconveniente en darte adelantos, que te conseguí un crédito a un interés muy bajo y que estoy dispuesto a hacer lo que me pides para ayudarte. Sin embargo, déjame que te diga que no debes pasarte la vida sacándole las castañas de fuego a todo el mundo.

—A todo el mundo, no. Es mi madre, es mi familia y mi deber es hacerlo.

—Está bien, sí, la familia es la familia. Pero tu madre debería espabilar y ponerse en serio a buscar trabajo.

A Sue no le gustó para nada que su jefe opinara así de su madre:

—Te equivocas, mi madre busca trabajo hasta debajo de las piedras. Pero es que dejó sus estudios colgados, luego nos cuidó a nosotras y solo tiene

experiencia de vendedora en una tienda de artículos de regalo.

—Es decir que es una auténtica calamidad.

A Sue volvieron a ofenderle esas palabras tan duras de su jefe, pero William Dunkers era así. Duro, implacable, exigente y sin un solo pelo en la lengua... Tal vez por eso estaba donde estaba y era un auténtico triunfador, pensó Sue. Y luego precisó:

—Solo ha tomado unas cuantas decisiones equivocadas, pero sé que pronto va a encontrar un empleo. Mientras tanto, había pensado en que yo podía trabajar también los sábados sacando el muchísimo trabajo que hay pendiente en el estudio.

William se llevó el dedo índice a los labios que acarició de una forma tan *sexy* que Sue creyó que se le iba a parar el corazón.

No se podía ser más varonil ni más atractivo, pensó, mientras deseaba que ese dedo fuera su lengua...

Oh sí. Deseaba tanto besar a ese hombre, sentir su piel ardiendo sobre la suya, que se hundiera hasta el fondo dentro de ella, sin ninguna contemplación, duro y fuerte, tal y como él era.

Madre mía, pensó Sue, tragando saliva, y decidió que lo mejor era dejar de fantasear con William porque iba acabar orgasmando ahí mismo.

Y mientras ella estaba excitadísima, su jefe pensaba que iban fatal de tiempo con el residencial de Rochester y que no le vendría nada mal que Sue le diera un empujón.

Ella trabajaba como el mejor arquitecto de su equipo y encima podía pagarle mucho menos. Así que sonrió de oreja y le dijo:

—Se me ocurre que de momento podrías ponerte a agilizar el proyecto del residencial de Rochester. Tendrás que darle duro y echarle bastantes horas... No solo los sábados... Así que lo mejor será que trabajes en casa cuanto puedas, mañana mismo te enviaré uno de los computadores del equipo de

arquitectos que se ha quedado un poco viejo, pero que va de maravilla. Con él podrás tirar de sobra para sacar adelante el trabajo. Y te pagaré bien, dos mil dólares extras en cuanto me lo entregues. ¿Qué te parece? Creo que las dos partes salimos ganando... —habló haciéndose el jefe enrollado y buena onda que obviamente no era.

Y es que lo cierto era que por el mismo trabajo pagaba a sus empleados diez o doce veces más. Pero si Sue no sabía pelear por lo que merecía, él tampoco iba a enseñarle.

No estaban ahí para eso, él se limitaba a pedir y si ella se lo daba, poco más podía hacer.

Y a Sue no solo le pareció estupenda la oferta de su jefe, sino que se emocionó de tal forma que se le llenaron los ojos de lágrimas:

—Me parece que eres demasiado bueno conmigo, William. Infinitas gracias por todo lo que estás haciendo por mi familia y por mí. Y te garantizo que voy a darlo todo para que tengas ese proyecto lo antes posible. Aunque me tenga que quedar sin dormir el tiempo que haga falta...

Y tras decir eso, William pensó que por esas cosas eran por las que Sue le parecía una dramática patética, pero bueno nadie era perfecto:

—Duerme que te necesito en la empresa en perfectas facultades y aquí sabes que se trabaja muy duro. Quítate el tiempo de tus horas de ocio... Nada de lectura de esos libros románticos, ni de series, ni de paseítos por el parque... Aunque bueno —y entonces, a William se le ocurrió algo que tal vez tenía que haberle pedido a la buena de Sue hacía mucho tiempo antes y lo lanzó así, de golpe—: lo que sí que me gustaría es que sacaras tiempo el sábado para cenar conmigo...

Capítulo 7

Sue dudó de si había escuchado bien porque su jefe no podía estar pidiéndole salir un sábado por la noche... Eso era lo que hacía con actrices y modelos, pero jamás por alguien como ella. Por eso, replicó convencida de que no había entendido bien:

—Perdona, es que creo que no he escuchado bien...

William se echó a reír, pues en otro tiempo la inseguridad de esa chica le habría irritado por completo, pero ahora después de conocer a tantísima petarda con ínfulas, le pareció de lo más encantador.

—He hablado claro y alto. Quiero que vengas a cenar conmigo el sábado, si quieres por supuesto.

Sue parpadeó muy deprisa, tragó saliva y dedujo con un hilillo de voz:

—Supongo que para hablar de trabajo...

—Jajajajajajajaja. Pues no, los fines de semana me gusta relajarme. Me gustaría que nos conociéramos un poco más. Así que si te parece bien reserva, a las nueve de la noche, en ese restaurante romántico francés que está tan de moda.

Sue solo podía pensar en que no podía estar pasándole eso a ella... ¿William Dunkers quería llevarla a cenar al sitio donde normalmente llevaba a sus conquistas despampanantes?

Pero si ella no era nadie, si era una chica del montón, que no tenía nada que ver que esas mujeronas.

¿Le habría cambiado el gusto de repente? ¿Por un milagro de la vida estaba empezándola a ver de otra forma?

Sue tragó saliva, respiró hondo y musitó:

—Me parece bien.

A William le pareció tan tierna la mirada y la voz de esa mujer que parecía una florecilla del bosque que hasta se puso duro.

Increíble pero cierto. Por primera vez, se ponía duro con la buena de Sue Adams...

Tantos años trabajando codo a codo y de repente se encendía la chispa. Y a saber lo que vendría después, porque a saber qué misterios escondía el cuerpecito de esa mujer que estaba tan nerviosa que había entrelazado los dedos de las manos para que dejaran de una vez de temblar.

—Me alegro de que quieras venir conmigo —habló el jefe.

—Para mí es un honor, señor Dunkers.

—Sé que soy un jefe insufrible, pero creo que soy mucho más y me gustaría que tuvieras la oportunidad de conocerme fuera de la oficina.

—Sé que yo también te saco de tus casillas con algunos aspectos de mi personalidad, pero creo que también podría mostrarte otras partes de mí que podrían ser de tu interés.

William se quedó maravillado al escuchar aquello: así que la dulce Sue también estaba dispuesta a jugar y además fuerte.

—Me encanta escucharte hablar así, Sue Adams. Y ya estoy ansioso porque llegue el sábado y que muestres todo eso que debo conocer.

William habló de una forma tan seductora, su voz resultaba tan sugerente y excitante, que Sue tuvo que retirarle la vista porque ya no podía más y susurró:

—Así será...

—Perfecto. Pues dejemos de una vez la cháchara y vayamos a trabajar que para eso nos pagan...

Sue volvió a su mesa de trabajo feliz como no recordaba en su vida. Y no

era para menos. Tenía una cita con el señor Dunkers... Un cita al fin... Después de tantos años enamorada en silencio, ahora tenía la posibilidad de estar una noche a solas con él, que incluso podía ser el comienzo de algo.

¿Por qué no?

Eran demasiados los indicios, las flores, la invitación, la forma de mirarla que era completamente distinta, su interés en darse a conocer en otras facetas.

¡Madre mía! ¡Tenía una cita con el señor Dunkers! Ella, la asistente, el último mono de ese estudio plagado de arquitectos talentosos, la chica normalita que no tenía nada que ver con las modelos de piernas larguísimas y pechos como balones.

Caray es que le costaba tanto creerlo.

Y así estuvo dándole vueltas y vueltas durante días, exultante de felicidad, hasta que el jueves se encontró en el centro comercial de Cross County a su vecino y se le aguó por completo la fiesta...

—¡Dichosos los ojos, mi vecina la señorita Adams! ¡No puedo ser más afortunado! —exclamó Bradley feliz, nada más verla con la nariz pegada en el escaparate de una tienda de ropa femenina carísima.

—Hola, Bradley. ¿Qué tal todo? —preguntó sonriente.

—Bien, todo bien. ¿De compras?

—No, exactamente. Estoy tomando notas de las cosas que se llevan y luego me pasaré por una tienda de ropa de segunda mano que está a la vuelta de casa a ver si encuentro algo parecido. Es que verás, lo que parecía imposible ha sucedido. ¡Tengo una cita con William Dunkers!

A Bradley toda la alegría que le había entrado al reencontrarse con ella de repente mutó en un enojo que no podía con él.

—Imagino que habrás declinado la invitación.

Sue se echó a reír y respondió con lo que era más que obvio:

—Llevo desde el primer día que pisé esa oficina, estoy deseando tener una

cita con él. Como para rechazar su invitación... ¡Ni en sueños. Por supuesto que he aceptado!

—No entiendo nada. ¿No decías que ese tío te ignoraba por completo, que lo vuestro era imposible? ¿Entonces cómo es que ahora quiere ir a cenar contigo?

—Yo sé menos que tú, pero algo ha sucedido que ha cambiado todo. El lunes me envió flores, las primeras que me han regalado en mi vida, y encima acertó con la flor. Una cosa... Y me puso una nota tan bonita... Bueno, no iba firmada pero yo sé que era suya. Le debe gustar jugar al admirador secreto y luego tuvo la gentileza de ofrecerme que me encargue de un proyecto que tenemos en Rochester en mis ratos libres y me lo va a pagar muy bien.

Bradley arqueó una ceja y no creyendo para nada en la bondad de ese tío tan cerdo preguntó:

—¿Ratos libres? Sue por favor si trabajas como una esclava...

—Ha sido tan gentil conmigo que me ha enviado una computadora vieja de los arquitectos que va como un tiro para que trabaje en casa. Ya no tengo que ir los sábados a la oficina y así además podré sacar ratitos por la noche y trabajar también duro los domingos.

—¿Y cuánto te paga por explotarte más todavía? —Mira que Bradley intentó reprimirse pero es que no pudo evitar preguntarlo, puesto que si había alguien en el mundo de quien no se fiaba era de William Dunkers.

—Dos mil extras a la entrega del proyecto.

—¿Y cuánto paga a un arquitecto por ese mismo trabajo?

Sue sabía por sus compañeros lo que pagaba su jefe por ese trabajo, entre otras cosas porque estaba rodeada de tíos muy vanidosos a los que les gustaba jactarse de lo mucho que ganaban junto a la máquina del café.

—Pues bastante más...

—¿Cuánto más? —preguntó Bradley apretando fuerte los puños y con una cara de cabreo que no podía con ella.

—¿Se puede saber por qué te preocupa tanto lo que gane?

—Porque detesto a los tipos como él. No me gusta la gente que abusa de la generosidad de las buenas personas.

—A los arquitectos les paga unas diez veces más, pero yo no soy más que una simple asistente.

—Eres tan buena arquitecta como ellos, y lo sabes... Si no, no te encargaría el proyecto Y .te recuerdo que si eres asistente es porque él abusa de ti cuanto quiere.

—No soy tan buena. Y de verdad que no conoces a William, es una buena persona a la que debo muchísimo. Me da adelantos cuando los pido, facilitó que el banco me concediera un crédito a un interés casi ridículo y bueno ahora me está echando este cable. ¡Mi gratitud hacia él es total!

Bradley, loco porque esa chica abriera los ojos de una vez, solo pudo farfullar:

—¡Por Dios, Sue, espabila ¡Ese tío no te conviene para nada!

A lo que Sue repuso bromeando:

—No claro, me convienes mucho más tú.

Y entonces Bradley se puso muy serio y afirmó:

—Pues sí, muchísimo más.

Capítulo 8

Sue se lo tomó a risa, porque aquello solo podía ser una broma:

—¡No sé qué tengo últimamente que todo Nueva York suspira por mí!

Bradley, mitad serio y mitad cabreado, replicó clavándole la mirada:

—Me importa un rábano lo que haga todo Nueva York, lo que sé es lo que siento y me gustas. Espero que no te importe que te lo diga.

Sue se quedó alucinada, porque hablaba con tal contundencia que era obvio que estaba diciendo la verdad. Pero qué hacía, pues esa situación era nueva para ella. Vamos, que en la vida le había soltado nadie a la cara y así de sopetón una verdad como esa.

—No sé ni qué decir... —farfulló Sue, echándose un mechón que le caía por el rostro hacia un lado.

—No digas nada. Es lo que siento y no me lo puedo callar.

Sue valoraba su sinceridad, pero en su corazón ya había alguien.

—Ya, pero...

—Lo sé. No tienes que decir más. Estás enamorada de Dunkers. Lo acepto y lo asumo. No obstante, podemos ser amigos, si quieres claro...

Sue sabía, porque llevaba años viviéndolo en carne propia con William, lo duro que era estar al lado de alguien que te gusta sin ser correspondido. Por eso, repuso:

—Me pareces un buen tío, Bradley, y jamás olvidaré lo que hiciste por mí, pero no sé si será lo más conveniente que seamos amigos. Podría ser demasiado duro para ti.

Bradley dio un manotazo al aire, sonrió con una sonrisa enorme y preciosa,

y replicó:

—Soy un chico duro. Puedo soportarlo casi todo. Así que si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Sue pensó que de no haber estado William en su vida podría haberse enamorado perfectamente de Bradley, tenía unos ojazos preciosos de un color verde que eran una locura, el perfecto reflejo de un corazón que Sue intuía que era noble y bueno.

Sin embargo, las cosas se habían dado de una manera que lo suyo no podía ser.

Una pena, pero la vida era así... Lo que no quitaba para que pudieran ser buenos vecinos, eso sí... Y quién sabe si con el tiempo aquello podía derivar en una bonita amistad, si es que a Bradley no le afectaba demasiado tenerla cerca y saber que su amor jamás iba a ser correspondido.

Por eso, Sue le propuso con su mejor sonrisa:

—Regreso para casa. Me parece que ya tengo notas suficientes, ¿tú has terminado? Te lo digo porque podemos volver juntos dando un paseo...

Bradley vio de repente el cielo abierto, ya que cuando estaba convencido de que había metido la pata hasta el fondo y que con su arranque de sinceridad había espantado a esa chica para siempre, ella le sorprendió con la invitación a un paseo.

Bendito sea el cielo, pensó.

Bradley sonrió y agradecido por la generosidad de Sue, decidió ir un poco más allá, aun a riesgo de que esa chica saliera huyendo. Sin embargo, él era así y jamás iba a cambiar.

Se guiaba por su instinto y lo que le pedía en ese instante era proponerle a Sue que:

—Entra en la tienda. Cómprate lo que te guste. No vayas a esa cita tan importante para ti con trapajos de saldo.

Sue le señaló lo que costaban esas prendas y luego le preguntó:

—¿Tú has visto lo que valen aquí las cosas?

Bradley claro que lo sabía, no en vano estaban frente a una tienda multimarca con una selección exquisita de firmas de lujo.

—Tú no mereces menos —repuso Bradley, rotundo.

Sue le miró alucinada y, cruzándose de brazos, le recordó en voz baja:

—Sí, pero yo estoy hasta las cejas de deudas, apenas puedo llenar el frigorífico.

Bradley, señalando la puerta con la mano, le pidió:

—Pasa y yo pago.

Sue le miró más perpleja todavía, negó con la cabeza y dijo alto y claro:

—No, de ninguna manera.

—No vas a hacerme ningún trastorno en la economía. Soy jefe de bomberos en Yonkers y estoy muy bien pagado. Además, te recuerdo que soy el hijo descarriado de un gran inversionista y, aunque yo deteste ese mundo, he colocado mi dinero donde mi padre y mi hermano me aconsejan y gano todos los meses cantidades indecentes de dólares. Perdona que te lo diga así de crudo, porque puede sonar hasta a presuntuoso, pero es mi verdad. Entra de una maldita vez en esa tienda y cómprate lo que te guste.

Sue pensó que ese tío no podía ser ya más terco, ¿cómo no podía entender que aquello era de todo punto absurdo?

—Te lo agradezco mucho, pero no voy a poder pagarte hasta vete a saber cuánto. Iré a la tienda de la esquina y seguro que encontraré algo adecuado para la ocasión.

Bradley resopló mientras pensaba en lo cabezota que era esa chica y la dignidad que tenía, cosa que le encantó, y por fin habló:

—No tienes que pagarme. Cómprate lo que quieras y acude a esa cita como toda una princesa. Es tu sueño. Haz que sea una noche memorable...

Y tras decir esas palabras Bradley sintió una punzada de celos que le hizo apretar fuerte los labios.

Joder, qué afortunado era el maldito de Dunkers, si bien con un poco de suerte Sue abriría pronto los ojos y esa pesadilla acabaría.

Pues Bradley estaba convencido de que en cuanto Sue conociera a ese cabrón fuera de la oficina iba a descubrir rapidito quién era realmente.

Y aunque le jodía como un dolor de muelas que fueran a tener unas cuantas citas, tenían que pasar por aquello para que Sue conociera la dolorosa verdad que no era otra que William Dunkers estaba incapacitado para amar a nadie.

Ese tío ególatra y repugnante jamás podría querer a nadie más que a sí mismo...

Y era algo tan obvio que a Sue iban a bastarle unos pocos encuentros para descubrirlo.

Y mientras Bradley estaba con estas cavilaciones, Sue replicó:

—No puedo aceptar tu dinero. En conciencia no puedo de verdad. Jamás me gustaría tal cantidad de dinero ni aunque lo tuviera. Es indecente. Lo entregaría al comedor social del barrio o la escuela del padre Bert para niños sin recursos. Hay gente que lo está pasando tan mal...

—Haré mañana una donación al comedor social y otra al padre Bert, pero la gente de las tiendas de lujo, todos los que trabajan ahí, también tienen que llenar las neveras. Así que pasa de una vez y cómprate lo que te dé la gana.

Sue se quedó mirándole alucinada, pues jamás había conocido a nadie igual:

—¿Tú no te rindes nunca? —preguntó Sue.

—Lo que sé es que llevas mucho tiempo esperando esa cita y que te mereces tener una noche bonita después de lo mucho que llevas pasado. Trabajas muy duro, Sue, te esfuerzas como nadie, jamás sales a cenar a sitios bonitos...

—No voy a ninguna parte. Apenas tengo vida social. Como mucho acudo con mi amiga Casandra al parque los sábados y luego nos comemos unos *hot dogs* de un dólar en un puesto callejero. Cas se empeña en que vayamos a sitios de moda, pero me niego a que me pague nada. También voy a los museos gratuitos y a las fiestas que hace el padre Bert en la parroquia, con zarzaparrilla y sándwiches. Esa es mi apasionante vida... No puedo permitirme otra.

—Con más razón para que te permitas soñar por una vez. ¿No te parece?

—Ya, pero entiende que es un despropósito que tú hagas de hado padrino para que yo pueda acudir al baile. Un cuento así no tiene ni pies ni cabeza.

Bradley pensó que estaba dispuesto a todo con tal de que esa chica abriera los ojos de una vez, incluso hasta hacer de hado padrino.

—Lo que no tiene sentido es tu terquedad. Así que empuja de una vez la puerta que vamos a salir todos ganando, el padre Bert, el comedor social, los de la tienda y tú...

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Sue.

Bradley le abrió la puerta de la tienda y le respondió convencido de que solo por el hecho de compartir ese rato con ella, todo merecía la pena:

—Tú por mí no te preocupes...

Capítulo 9

Sue no dejaba de preguntarse mientras se probaba un vestido maravilloso rojo de escote en V de Michael Kors cómo Bradley podía haberse salido con la suya.

Es que era un sinsentido que ese hombre le fuera a pagar el vestido, y más desde que sabía que le gustaba.

¿Quién en su sano juicio pagaría un vestido a la mujer que le gusta para que tenga una cita romántica con otro?

Nadie. Bueno, a no ser que tuviera la seguridad de que esa cita iba a ser un auténtico desastre. ¿Lo estaría haciendo por eso?

Desde luego que parecía que Bradley no solo conocía bien a William sino que además tenía una opinión pésima de él. Así que ¿sería esa su estrategia: dejar que acudiera a la cita ilusionada y que luego se llevara el chasco del siglo?

Eso sí, con un modelazo de Michael Kors, el palo tenía que doler mucho menos...

Al menos eso que se llevaba de recuerdo, la cenita en un restaurante elegantísimo y el vestido de ensueño, con el que mitigar la decepción y el fracaso.

Pues si pensaba así, iba a listo...

Porque lo suyo iba a funcionar, no tenía ni idea de cómo se había forjado esa imagen de William, pero Sue estaba convencida de que su jefe era una buena persona.

Y con esa certeza salió del probador para que la dependienta viera si había

que retocar algo, aunque a ella sinceramente pensaba que el vestido le quedaba como un guante.

Ni hecho a medida y además era precioso, era sugerente, tenía su punto *sexy* con el escote, pero era también muy distinguido.

El vestido perfecto para una primera cita con William Dunkers, la verdad...

Se sentía muy bien con él, especial, diferente, incluso por muy tonto que pareciera hasta más segura de sí misma.

Se sentía... empoderada.

Y así de confiada, creyendo en ella como nunca, había salido del probador con paso firme, si bien a quien había encontrado de frente sentado en un butacón de piel marrón y con una cara de tonto increíble fue a Bradley:

—¿Pero tú no habías ido a mirar a la sección de caballeros?

—No hay nada que me guste... —mintió embobado porque apenas había mirado tres cosas y se había vuelto frente al probador para ser el primero en contemplar a esa princesa con el vestido puesto para el baile.

—Este es el vestido que más me gusta...

Bradley pensó que no se podía estar más hermosa, el vestido realzaba toda la belleza de esa chica que estaba simplemente deslumbrante.

—Mi princesa... Quiero decir que pareces una princesa de verdad.

Y entonces Bradley no pudo evitar fijarse en los pezones duros que se marcaban a través de la tela del vestido.

Y es que dada la profundidad del escote, Sue se había quitado el sujetador...

Y en qué hora, porque al momento se percató de que la mirada de Bradley estaba clavada en esa parte de su anatomía y se tapó al momento los pechos con las manos:

—¡Serás descarado! ¡No me mires de esa forma!

Bradley retiró la mirada de esos pechos altos, redondos y de pezones exquisitos y durísimos y replicó:

—Soy un hombre. No puedo evitarlo.

Y al momento llegó la dependienta que dijo divertida:

—Tranquila que tenemos pezoneras, para que no pongas nervioso a tu novio. Porque es obvio que le ha gustado el vestido...

Sue muy agobiada le comentó a la dependienta, mientras bajaba los brazos para que evaluara cómo le quedaba el vestido:

—No es mi novio.

Entonces, la dependienta le susurró al oído:

—Pues está buenísimo. Perdona que te lo diga. Mira cómo tiene la tienda de revolucionada.

Sue ni se había percatado de que Bradley tenía un montón de mujeres revoloteando a su alrededor. Pero qué más le daba, por eso repuso:

—Mejor para él.

—Ya, pero él solo tiene ojos para ti. Y no me extraña. Eres preciosa y con este vestido luces como una estrella de cine. Quédatelo porque está hecho para ti. Lleva tu nombre, cielo.

Sue se miró en el espejo una vez más y pensó que la dependienta tenía razón, el vestido le quedaba perfecto...

Luego estaba el pequeño detalle de los pezones, pero con las pezoneras estaba arreglado.

La mala suerte era que se le hubieran puesto tan duros justo enfrente del vecino por culpa del frío al despojarse de la ropa y sobre todo porque antes de pasar al probador había sucedido algo con Bradley que le había puesto cardíaca.

Y es que cuando él le abrió gentilmente la puerta, ella se chocó de la forma más absurda y torpe con él, lo miró, lo olió, sintió ese poderío físico pegado a

ella y un latigazo de deseo la recorrió de arriba abajo.

Deseo puro y duro. Deseo de empujarle al probador y pedirle que la empotrara contra el espejo mientras la follaba muy duro.

¡Madre mía!, pensó Sue.

¡Si es que hasta le habían entrado sudores, así que cómo no iba a tener los pezones duros como rocas!

Pero bueno, no pasaba nada. Había sido un incidente sin importancia, era humana y podía tener deseos...

Y más ella que llevaba años sin tener sexo del bueno...

Pero lo dicho, que no había que darle importancia a lo ocurrido aunque sintiera que estaba tan húmeda como no recordaba.

Lo que no sabía Sue era que Bradley estaba a punto de romper los pantalones de la erección que tenía. Y es que entre lo que se había excitado cuando se habían quedado pegados, frente a frente, cuando el choque en el probador y la visión de esos pezones maravillosos, estaba tan duro que le dolía.

Duro y con un montón de imágenes sucias que no se podía quitar de la mente, imágenes en las que él entraba en ese probador, le arrancaba el vestido, se metía esos pezones durísimos en la boca y luego la follaba empotrándola contra el espejo clavándosela bien dentro, hasta el fondo, hasta dejarla exhausta de tanto placer, hasta correrse entero dándosele todo, su leche y su maldito corazón.

Joder. Es que quería dárselo todo.

Es que lo suyo iba mucho más allá del deseo, de la piel, del sexo...

Quería cuidar a esa chica, protegerla, mimarla, llevarla a sitios bonitos, a conocer mundo y a follar como salvajes hasta en la última playa.

Él era así, no podía evitarlo, tan sexual como romántico...

Y decía sexual por no decir cerdo, porque cuando Sue se dio la vuelta para

que la dependienta la viera y le ofreció la panorámica de su culo respingón, de nuevo otro montón de imágenes sucias golpearon su mente.

Se imaginó agarrándola por detrás, clavándole su durísima erección en las nalgas y luego entrando en ese estrecho orificio poco a poco hasta que ella pidiera más y más y más...

Y mientras Bradley lo pasaba fatal con todos esos sucios pensamientos, la dependienta le trajo a Sue unos taconazos de Louboutin que a su juicio quedaban ideales con el vestido.

A Sue aquello le pareció demasiado, pero Bradley insistió en que se los probara y a ella no le quedó más remedio que aceptar porque estaba desbordada por la situación.

—¡Qué generoso es tu amigo! Dale el gusto, mujer. No seas así. Pruébatelos... —sugirió la dependienta.

Sue se descalzó y Bradley al contemplar ese precioso pie dulce y cremoso, sintió una necesidad dolorosa de metérselo en la boca, de lamerlo entero, y luego seguir con la lengua muslos arriba hasta acabar en la entrepierna de Sue que intuía jugosísima.

Sue por su parte se subió a esos zapatos y lo cierto fue que la dependienta tenía razón. Pegaban de maravilla y el estilismo era ya impecable. De 10.

De volar a por un anillo y pedirle matrimonio de rodillas, pensó Bradley. Pero obviamente no se lo dijo...

Capítulo 10

Caminaron juntos de regreso a casa mientras empezó a nevar de nuevo y Bradley le ofreció el brazo muy galante para evitar que Sue resbalara con el hielo.

Brazo que ella aceptó gustosa porque no solo era tremendamente patosa sino que llevaba unos zapatos que tenían mil años con la suela de plástico que la hacían patinar sobre el suelo.

Luego cuando por fin llegaron a su destino, muertos de risa, porque habían estado a punto de matarse unas cuantas veces con el hielo, Bradley le confesó a Sue en la puerta de su casa:

—Gracias por esta tarde, me lo he pasado genial.

—Gracias a ti. Otra vez me has salvado la vida, porque te juro que si no llega a ser por ti, seguro que no habría llegado a casa con todos los huesos en su sitio.

—¡Qué exagerada!

—Te digo yo que un brazo o una pierna seguro que me habría roto...

Bradley se echó a reír y luego dijo encantado de poder compartir esos ratos con ella:

—Ha sido un auténtico placer llevarte por las calles nevadas de mi brazo. Y muy romántico...

Sue sonrió tímida, porque la verdad era que no estaba acostumbrada a que le dijeran esas cosas. Pero tampoco quería que Bradley se hiciera falsas ilusiones, por eso le recordó que existía un tercero en discordia:

—Y gracias también por ayudarme con mi cita con William el sábado. No

dejo de pensar en lo que has hecho por mí y me siento terriblemente culpable.

—¿Todavía? ¿Pero no había quedado claro que todos salimos ganando con la compra?

Sue resopló y luego sonrió divertida porque no sabía cómo lo hacía Bradley que al final siempre se salía con la suya.

—Está bien... —dijo Sue—. Pero déjame que te invite a cenar otro día. En casa, claro... No tengo presupuesto para llevarte a un sitio elegante.

—No hay mejor sitio que tu casa.

—Te advierto que cocino fatal, no vayas con muchas expectativas de rica comida casera porque será algo sencillito.

Bradley pensó que con tal de estar con ella era capaz de comerse lo que fuera:

—Lo que sea estará bien...

—Te agradezco la confianza y ahora si no te importa voy a entrar a casa que tengo mucho trabajo por delante.

Sue entonces sacó la llave de su bolso, un viejo bolsón negro de piel de los tiempos de la universidad y, cuando iba a meter la llave en la cerradura, Bradley, que tenía ganas de todo menos de separarse de ella, dijo:

—Espera...

Sue giró la cabeza y le preguntó sin tener ni idea de lo que iba a decirle:

—Dime.

Bradley tenía tanto que decirle, esa tarde había sido tan deliciosa, se lo había pasado tan bien junto a ella, se había reído tanto, se había emocionado y además de remate se había excitado como no recordaba, que se dejó llevar por lo que le latía dentro y replicó:

—Me cuesta mucho separarme de ti.

Sue sonrió, se encogió de hombros y luego habló sin darle importancia:

—Ha sido una tarde muy simpática, ya habrá otras...

Bradley se acercó mucho más a ella, tanto que podía hasta oler su delicado perfume a jazmín, un perfume que no sería muy caro, pero que en ella olía de maravilla y musitó:

—Pero yo no quiero que acabe esta.

Sue lo miró, clavó su mirada en esos ojazos verdes chispeantes y sintió que un rayo la atravesaba entera. La presencia de ese tío era tan imponente que hacía esos estragos, pero era solo piel, se repitió... Una reacción natural de la piel y de la carne que no significaba nada.

—Yo también seguiría de cháchara un rato más, pero tengo mucho trabajo.

Bradley que no sabía decir otra cosa más que la verdad solo pudo replicar:

—Yo haría algo más que charlar...

A lo que Sue repuso con toda su inocencia:

—¿Algo como qué?

Bradley entonces ni se lo pensó, acortó la escasa distancia que los separaba dando un pasito, la agarró por la cintura y por fin hizo lo que llevaba deseando desde la primera vez que la vio: la besó en la boca jugosa para pasmo absoluto de Sue.

Sue que, por cierto a pesar del pasmo, lejos de apartarse, abrió un poco los labios y dejó que la lengua de ese hombre buscara la suya.

Y Bradley al ver que Sue para nada rechazaba el beso, siguió profundizando en él, rozó la suave lengua de ella con la suya y al notar que ella abría más todavía los labios, la tomó por el cuello y aquello fue mucho más intenso.

Las lenguas se enredaron y se saborearon haciendo de ese modo el beso demasiado húmedo, demasiado *sexy*, demasiado voraz...

Tanto que ninguno de los dos quería que terminara, por eso se apartaron un poco, Bradley le mordió el labio inferior, ella hizo lo mismo con él de él y de nuevo volvieron a besarse con lengua, con ganas, con un deseo que ya era

imparable.

Sue muerta de calor y de deseo se bajó la cremallera de su plumífero y él hizo lo mismo con el suyo. Entonces se pegaron los dos de nuevo, si bien esta vez pudieron sentirse de una forma tan íntima y especial, que los dos se excitaron más todavía.

Se olieron los cuellos, se miraron a los ojos, se les aceleró la respiración y el corazón les rugió con tal fuerza que aquello solo podía ir a más.

Pero no podía ser...

Por lo menos eso fue lo que pensó Sue cuando Bradley, que ya le estaba clavando la erección enorme en el pubis, se dispuso a descender con las manos hasta sus caderas.

Madre mía...

¿Qué locura era esa?

Ella amaba a William, no podía estar besándose de esa forma con su vecino, ella no era poliamorosa... Ella era una mujer monógama que solo tenía el corazón y la cabeza para entregársela a una persona...

Por eso, y aunque el beso de Bradley era el mejor que le habían dado en su vida, aunque su clítoris le pedía frotarse contra ese miembro durísimo, se apartó de él y le suplicó:

—No puedo, Bradley. No puedo seguir...

Bradley se acercó otra vez a Sue tanto que sus labios se rozaron y le preguntó:

—¿No te gustan mis besos?

—Me gustan demasiado. Pero no puede ser...

Bradley acarició con el dedo índice el labio superior muy mojado de la chica y susurró:

—¿Por qué? Yo solo veo deseo en tu mirada...

Claro que había deseo, pensó Sue, si se moría por hacer miles de cosas

prohibidas con él, pero...

Pero nada... porque aunque sabía que no debía hacerlo, sus ganas eran más fuertes que todo y se dejó llevar por la excitación.

Sue entreabrió los labios y muerta de placer lamió con la punta de la lengua el dedo que Bradley al instante empujó un poco dentro su boca...

Dios, pensó Bradley, cómo deseaba que ese dedo fuera el miembro duro que estaba a punto de hacer estallar sus pantalones.

Ella entonces le miró deseando justo lo mismo y Bradley enterró el dedo en esa jugosa y cálida boca hasta el fondo.

Sue cerró los ojos. Sintió su sexo más húmedo que nunca y luego chupó y lamió ese dedo fuerte y largo, desesperada, hasta que él lo sacó muy despacio...

—Mírame... —le exigió Bradley.

Ella lo miró y él se llevó el dedo a la boca y lo lamió de la manera más *sexy* que podía hacerse aquello.

Sue entonces, como si de repente hubiera recuperado la cordura, le pidió:

—Te lo ruego, Bradley. Mejor dejémoslo aquí. Esto no puede ser... No puede ser...

Capítulo 11

Bradley se apartó de ella y se excusó porque para nada quería que Sue se sintiera incómoda:

—Lo siento, Sue. Soy jodidamente impulsivo, pero jamás haría nada que tú no quisieras.

—Lo sé. Pero todo esto es una locura. Tenía que haberme metido en casa y haberme puesto a trabajar que es lo que debo hacer.

—Nos hemos dejado llevar y ya está.

—Llevo desde que entré el estudio amando en secreto a mi jefe y ahora resulta que cuando por fin voy a tener una cita con él, cosa que para mí era impensable, apareces tú y me vuelves loca de remate.

Bradley no pudo evitar sonreír y luego musitar:

—Tendría que decir que lo siento, pero es que no puedo. Me encanta saber que te vuelvo loco.

Sue arrugó el ceño y preguntó...

—¿Por qué has tenido que aparecer en mi vida justo ahora?

Bradley se encogió de hombros y respondió:

—Solo sé que me gustas demasiado.

Sue se mordió los labios que todavía sabían a él y replicó:

—Es obvio que siento una atracción muy potente por ti. Y eres un tío estupendo... Pero...

Bradley se puso serio y le terminó la frase:

—Estás enamorada de William.

—Sí, lo estoy. Y quiero ir a esa cita y ver qué pasa...

Bradley pensó que lo único que podía pasar era que se percatara de lo cretino que era, si bien en su lugar se limitó a farfullar:

—Ya.

—Y tengo que cortar esto de raíz. No puede volver a repetirse, tengo que centrarme en la relación con él. Yo soy una chica tradicional, a mí no me va jugar a dos bandas, ni nada parecido. Solo soy de una persona...

—Yo también soy un hombre tradicional, solo tú estás dentro de mi cabeza y de mi corazón.

Sue resopló y le pidió encarecidamente:

—No me lo pongas más difícil, Bradley Newman.

—Está bien. Será como tú digas. Si me necesitas, ya sabes donde vivo.

Sue sonrió y agradeció a Bradley su comprensión:

—Gracias por todo, Bradley —musitó y tras darle un beso en la mejilla, él se marchó para su casa.

Sue volvió a la suya y no volvió a saber de él hasta el mismo sábado de la cita, cuando Sue esperaba en el portal a que un Uber fuera a recogerla.

Bradley la vio y pensó que no se podía ser ni más bonita ni más *sexy*, estaba sencillamente arrebatadora a pesar de que el abrigo de paño negro que llevaba no fuera demasiado a juego con el conjunto.

—Buenas tardes —saludó Bradley muy serio al pasar junto a ella.

Y ella se lo tomó como algo personal, más que nada como que iba fatal con el abrigo negro de corte recto y aburrido que había comprado hacía unos años en un *outlet* de Manhattan.

—Sé que el abrigo no pega para nada, pero es lo más decente que tengo.

—Tenías que habérmelo dicho y te habría comprado algo elegante. Pero tranquila que vas muy bien, el paño es de buena calidad y el corte es clásico, no es que haga soñar mucho, pero funciona. En lo de soñar me refiero a la prenda, porque tú estás para soñárselo todo.

Sue se ruborizó como una chiquilla y luego le pidió nerviosa:

—Te agradezco el cumplido, pero estoy atacada. El Uber que venía a buscarme ha pinchado y acaban de decirme que tengo que esperar 15 minutos a que venga otro.

Bradley consultó la hora en su Rolex de oro y vio que eran las ocho y media.

—Son las ocho y media, no vas a llegar a tiempo.

Sue no pudo evitar fijarse en ese pedazo de reloj que debía valer una fortuna y dijo:

—Vaya si pagan bien en los bomberos de Yonkers.

—El reloj es un regalo de mi padre, ya te he dicho que es asquerosamente rico. A mí no me gusta llevar esas cosas tan ostentosas, pero a él le hace ilusión que luzca sus regalos. Y bueno, después del disgusto que le di haciéndome bombero, no me cuesta nada agradecer al viejo...

—Es lo suyo. Hay que hacer todo lo posible por hacer felices a nuestros padres.

—Y yo vuelvo a repetirte que si quieres que te pague esa maldita deuda no hay problema. Pues se va a resentir tu salud como sigas durmiendo tan poco...

Sue se llevó las manos a las mejillas y preguntó horrorizada:

—¿Se me notan mucho las ojeras? He usado un montón de corrector...

Bradley sonrió y la tranquilizó negando con la cabeza:

—No, estás más bella que nunca. Lo digo porque he visto a través de mi ventana que no apagas la luz hasta las tantas...

Bradley no podía evitarlo, siempre que podía miraba por la ventana a ver si la veía. Y es que Sue le gustaba demasiado, más que ninguna mujer que hubiera conocido nunca.

Sin embargo, no se lo dijo y ella gracias a Dios tampoco dio ninguna

importancia a que se hubiera percatado de que apagaba la luz muy tarde.

—Te lo agradezco todo, Bradley, pero está bien así. Me gusta trabajar duro y tampoco necesito dormir mucho para rendir al máximo. Y en cuanto a mi aspecto, me siento tan insegura... Como William está acostumbrado a frecuentar mujeres espectaculares no puedo evitar sentirme muy poca cosa.

Bradley dio un manotazo al aire y señalando el reflejo del cristal del portal le pidió:

—No tienes más que mirarte y contemplar lo hermosa y distinguida que eres. Sue estás preciosa...

Sue respiró hondo, se miró en el reflejo, se colocó un mechón de pelo díscolo y susurró:

—Gracias, Bradley. Eres un mentiroso, pero gracias.

—No miento. Digo la verdad.

—Ni tengo las piernas larguísimas, ni curvas explosivas, ni rasgos voluptuosos, ni una melena leonina, ni esa actitud de comérselo todo que tienen esas otras mujeres. Yo me miro y veo a una secretaria modesta y recatada que siempre ha hecho lo correcto en su vida.

Bradley se puso a su lado, la tomó con los dedos por la barbilla y le recordó:

—Conmigo no has hecho lo correcto y me arde la sangre cada vez que lo recuerdo.

Sue tragó saliva y pensó que solo le faltaba eso, que su vecino volviera otra vez a la carga.

Y no porque no quisiera, porque por absurdo que pareciera ella hasta deseaba que le metiera la lengua hasta el fondo otra vez, pero... que no. Que no podía ser... Maldita sea.

—Bradley ya te dije que...

Bradley se apartó de ella y dijo en un tono de voz áspero y arrebatador,

porque además tenía una voz que no podía ser más excitante:

—Lo sé todo, Sue. Solo quiero que entiendas que eres tremendamente especial. Que no tienes por qué sentirte menos que nadie. Y ahora vente conmigo al garaje que te voy a llevar a tu cita. Es la única forma de que llegues a tiempo. Llama al Uber y anula la recogida.

Sue sabía que aquello no estaba bien, era un auténtico despropósito que Bradley la llevara a esa cita, pero es que tampoco era que tuviera más opciones:

—Esto está fatal. Mi madre me diría que si me he vuelto chiflada, sin embargo...

—Tengo un maravilloso Ferrari esperándome en el garaje, otro regalo de papá, y te garantizo que vas a llegar puntual a tu cita, eso es en lo único que debes pensar.

—Ya, pero tú sientes cosas por mí y me parece que esto es...

Bradley le clavó la mirada y repuso para que le quedara claro de una vez:

—Solo deseo lo mejor para ti. Necesitas llegar a tiempo y yo puedo llevarte. No hay más. No le des más vueltas...

Entre otras cosas, porque él era el principal interesado en que tuviera lugar esa jodida cita y ella descubriera de una vez quién era su maldito jefe...

Capítulo 12

Sue jamás había subido a un Ferrari y aquello fue una experiencia casi orgásmica. Además Bradley conducía tan bien que Sue disfrutó mucho del recorrido hasta que llegaron a Manhattan y recibió un wasap de William:

Voy a retrasarme unos quince minutos. Pídete algo mientras.

—¡Madre mía, ahora resulta que William se va a retrasar quince minutos! —exclamó Sue—. Si lo llego a ser ver, podría haber esperado al Uber y no haberte molestado...

A Bradley le encantó la noticia, porque ese tío no solo no se había dignado a ir a recogerla a casa, sino que ahora tenía la descortesía de hacerle esperar.

No se podía ser más canalla... Desde luego que no...

Sin embargo, Bradley iba a aprovechar al máximo el tiempo que pudiera estar con ella, por eso le propuso:

—Estamos muy cerca del restaurante y mi apartamento lo tengo justo en este edificio, si quieres aparco y te acompaño dando un paseo.

Sue se quedó mirando el elegante y carísimo edificio, uno de los mejores de la zona y solo pudo exclamar:

—¡Es uno de mis edificios favoritos, siempre que paso por aquí me quedó mirándolo alucinada! Eres muy afortunado, Bradley.

—Otro regalo de papá... ¿Aparco entonces?

Sue con tal de no quedarse sola en el restaurante esperando a William con la copa en mano, con los nervios que tenía, le dijo que sí. Y luego se explicó:

—Tal vez pienses que soy una pava, una chica con apenas mundo, que también es cierto que lo soy, jamás he salido de Nueva York, y mi vida social

es penosa, pero estoy demasiado nerviosa como para esperarle sola con una copa de vino. Sé que no van a dejar de asaltarme los pensamientos negativos y paralizantes de pura ansiedad y me parece que lo más sensato es que me quede contigo haciendo tiempo hasta que llegue.... Y mira que jamás pensé que asociaría el nombre de Bradley Newman al adjetivo “sensato”, pero créeme que es lo mejor.

Bradley se echó a reír mientras introducía el Ferrari en el aparcamiento gigantesco y modernísimo del edificio. Luego, tras aparcarlo, apagó el motor y le dijo:

—Para mí es un placer traerte a Manhattan...

—Te lo agradezco en el alma, Bradley. Eres siempre tan gentil conmigo, que ya de verdad es que no sé qué decir.

—Te invitaría a que conocieras el apartamento, seguro que como arquitecta te interesa muchísimo, porque es obra de uno de los mejores. Y no es tu William Dunkers...

Bradley dijo aquello retándola divertido con la mirada y ella repuso más divertida todavía:

—Perdona, pero yo solo trabajo con los mejores.

—Desgraciadamente conocí en su día a Dunkers y no soy de la misma opinión. La arquitectura es un arte y en ella se plasma el alma del creador. Este edificio es obra de un arquitecto maravilloso que tiene un mundo interior rico, creativo, profundo y puro... Dunkers en cambio no tiene dentro más que su mezquina ambición, lo único que le interesa es el dinero.

Sue se revolvió en el asiento porque Bradley estaba terriblemente equivocado, William era un genio, con un estilo inconfundible y fascinante. Sus edificios eran elegantes, sofisticados, originales y únicos... Un Dunkers se distinguía a kilómetros de distancia, él no era uno más y por supuesto que su motivación no era el dinero.

—Para nada, Bradley. No tienes ninguna razón. Dunkers ama lo bello por encima de todo, la belleza es la principal motivación de su trabajo, busca la belleza en todo y aspirando a la excelencia siempre de una manera obsesiva. Y te garantizo que nadie lo sabe mejor que yo porque soy la que más cerca está de él. Exige muchísimo, pero no más de lo que se exige a él primero. Y se exige hasta límites que ni imaginarías. Es tan concienzudo, tiene un talento tan exquisito, tiene tanto carisma y tanto dentro que ofrecer al mundo que de verdad que lo tuyo debió ser una mala experiencia porque todo el que trabaja con Dunkers queda encantadísimo con sus edificios.

Bradley se calló unos instantes mirándola y luego le dijo una verdad como un templo:

—Si amara la belleza tanto como dices, no habría necesitado años para percatarse de la tuya.

Sue se quedó muy cortada, porque ese hombre no podía parar de decirle cosas bonitas ni para rebatir sus argumentos. Es que la desarmaba por completo, pero con todo replicó:

—Eso que dices es muy bonito, pero yo no soy gran cosa. Soy una chica normal y corriente y estamos hablando de belleza con mayúsculas.

—Tú belleza tiene mayúsculas, subrayado y cursiva. Y ese necio te ha tenido delante todos estos años y no ha sabido verla. Qué triste...

—Me temo que William es de esos tipos que separa claramente la vida profesional de la íntima. A mí hasta ahora me ha visto como una empleada, pues acude al trabajo a trabajar duro, a dar lo mejor de él, no a enamorarse, Sin embargo, algo ha sucedido que ha cambiado de opinión...

Bradley tenía algo rugiéndole en el pecho y tuvo que soltarlo aun a riesgo de resultar un cansino:

—Yo no habría necesitado más que un instante para percatarme de que eres distinta a todas.

—Cada uno tenemos nuestros ritmos —musitó Sue retirándole mirada porque aquello era demasiado.

Esos ojos verdes en ese espacio tan reducido mirándola de esa forma tan intensa y veraz, estaban poniéndole muy nerviosa...

Nerviosa y ridículamente excitada, pues... ¿no estaban entrándole ganas de besarle otra vez?

Sue solo sabía que tenía que salir de ahí como fuera antes de que ese tío acabara haciéndole cometer un error de los gordos.

No podía caer en la tentación de Bradley Newman cuando estaba a punto de tener la primera cita con su jefe.

Joder. Su jefe, el hombre que llevaba amando en silencio desde que llegó al estudio de sus sueños....

William Dunkers, el hombre que más admiraba sobre la faz de la tierra, el más guapo, el más varonil, el más duro, el más exigente, el más borde, el más inquietante.

Ella sabía que no era perfecto, pero era el hombre del que estaba enamorada y tenía que llegar hasta el final de eso que estaba empezando.

Y no pasaba nada si no la había visto antes, pues por mucho que dijera Bradley ella era una chica corrientita y sin su talentazo.

Solo con el roce, el trabajo duro, el esfuerzo tremendo y el conocimiento que daba el tiempo, había llegado a verla de otra manera.

Y no iba a estropearlo, por muy fuerte que fuera la tentadora presencia de su vecino cañón.

Y es que Bradley Newman estaba buenísimo, tenía unos ojos preciosos y besaba que la ponía al borde del orgasmo.

Además era una gran persona, era generoso, desprendido, divertido, descarado, valiente, inteligente y *sexy* como él solo.

No obstante, como Sue no paraba de repetirse una y otra vez: lo suyo no

podía ser.

—Salgamos del auto, Sue. O llegarás tarde a tu cita —dijo Bradley, saliendo del Ferrari y abriéndole caballerosamente la puerta para que saliera.

Luego le ofreció su brazo y Sue le comentó sorprendida:

—La gente de nuestra edad ya no suele tener estas gentilezas.

—Si te incomodan, las evitaré en lo sucesivo.

—Te lo agradezco porque no estoy acostumbrada a caminar sobre estos taconazos y necesito un brazo amigo —confesó enganchándose al brazo fuerte y portentoso de Bradley.

Luego él la miró de esa forma que derretía hasta las piedras y le pidió:

—Soy un tío sin filtros, digo siempre lo que pienso. Y además fui educado en un internado suizo en unos modales y en unos valores que están totalmente en desuso. Un mezcla explosiva. Puedo ser tan bruto como caballeroso. Pero si algo que te molesta, no tienes más que decírmelo y lo corregiré. Te juro que lo haré...

Sue le miró agradecida porque lo cierto era que a pesar de que estaba volviéndola loca de remate, ese chico era un amor y repuso:

—Está todo bien, Bradley. Y muchas gracias por lo mucho que haces por mí...

Capítulo 13

Sue caminó del brazo de Bradley hasta que cuando apenas estaban a doscientos metros del restaurante, recibió otro wasap de William:

¿Se puede saber dónde demonios estás, Adams? Llevo cinco minutos esperándote y no te veo por ninguna parte.

Sue se percató entonces de que habían pasado más de veinte minutos desde el último wasap que había recibido de William.

Y es que con Bradley se le pasaba el tiempo volando, pero no debía permitirse cometer esos fallos y más con William que era un devoto la puntualidad.

—Llego tarde. Y está de un mal humor horrible... Detesta la impuntualidad —le explicó a Bradley mientras respondía a William que estaba a punto de llegar.

Y Bradley, que no podía parar de hacer de abogado del diablo, soltó:

—Pues amaré mucho la puntualidad, pero a tu cita no ha llegado en hora. Te recuerdo que se ha retrasado quince minutos.

—Pero él es un hombre muy ocupado.

—Ya, claro, y tú no tienes nada qué hacer... Te pasas el día pintándote las uñas de los pies. ¡Venga ya, Sue! Deja de una vez de justificarlo, ¡ni que fueras su madre!

Sue le miró después de enviar el wasap y replicó la pura verdad:

—Estoy enamorada: para mí es perfecto.

Luego suspiró y siguieron caminando, en tanto que Bradley intentaba recuperarse del dolor que le habían provocado esas palabras.

Maldito William Dunkers.

Cómo podía tener tanta jodida suerte y no valorarla en absoluto. Porque estaba convencido de que para él Sue era su último entretenimiento, algo novedoso con lo que jugar, hasta que llegara la siguiente...

Sin embargo, y aunque se moría por darse la vuelta y librar a Sue de esa mierda de cita, porque eso era lo que iba a ser, y luego llevársela a su apartamento a hacerlo como salvajes, Sue debía vérselas con Dunkers.

Aunque a él le doliera como el dolor más malo del mundo.

Pero Sue tenía que conocerlo, tenía que descubrirlo fuera del espacio de la oficina y comprobar qué clase de tío era su adorado jefe.

Esa era desde luego su esperanza...

Y por supuesto y lo principal era que ese era el deseo de Sue, ella llevaba tiempo soñando con esa cita y tenía que vivirlo.

Por mucho que le advirtiera del tipo de hombre que era, por mucho que él quisiera evitarle una decepción con ese cretino Dunkers, daba lo mismo.

Nadie experimentaba en carne ajena, así que era lo que tocaba.

No había más...

Así que cuando apenas quedaban unos metros para llegar al restaurante, se despidió de ella:

—Pasaré la noche en el apartamento. Si necesitas algo, ya sabes dónde vivo.

Sue le miró agradecida y sonrió ya más nerviosa que nunca:

—Deséame suerte, Bradley. Mira cómo estoy de nerviosa que me castañean los dientes.

—Es el frío, Sue. No es más el que puñetero invierno. Pero tranquila, y no olvides que eres muy especial. ¿Me lo prometes?

Sue asintió, le dio un beso en la mejilla que a Bradley le dejó sin aliento y luego se fue hacia el restaurante dejando al bombero triste como no

recordaba.

¿Cómo era posible que esa chica se le hubiera metido tan dentro en tan poco tiempo?, pensó Bradley.

Él precisamente que no creía en flechazos, si bien ahí estaba a punto de llorar porque cada vez estaba sintiendo más por Sue Adams.

Y no solo era sexo, que también, es que no quería que nadie le hiciera daño, y menos el cabrón de Dunkers.

No obstante, era una chica lista, y por muy enamorada que estuviese, estaba convencido de que muy pronto iba a abrir los ojos.

Dunkers era tan cerdo que le iba a faltar tiempo para enseñar la patita y entonces Sue por fin le vería tal cual era. Sin esa pátina de hombre exitoso y carismático bajo la que encubría su mezquindad y mediocridad.

Y con esa convicción, regresó al apartamento en tanto que Sue ya entraba en el restaurante más elegante y exclusivo de Nueva York.

Y no podía estar más ansiosa, es que ni con respiraciones profundas conseguía sosegar, menos mal que al instante apareció una joven muy amable y le preguntó que si tenía reserva.

—Me espera el señor Dunkers.

La joven condujo a Sue hasta una elegante mesa en un apartado discreto donde estaba sentado William con una cara de enojo tremenda:

—Adams, sabes de sobra que odio que me hagan esperar. ¿Te haces una idea de lo que me estás dando a entender con tu comportamiento? ¡Pues que te importo un soberano pimiento!

Sue no sabía dónde meterse, y muy avergonzada, farfulló:

—Perdona, es que el Uber que iba a traerme pinchó y el siguiente me daba un tiempo de espera de quince minutos.

—*Blablabla*. Siéntate de una vez y déjate de excusas.

Sue se sentó y le dijo muy seria, porque para nada quería que se llevara una

mala imagen de ella:

—Lamento muchísimo haber llegado tarde. Tú sabes muy bien que en todo el tiempo que llevo trabajando en el estudio no he llegado nunca ni un día tarde.

—Por eso me extraña que sí lo hayas hecho en la primera cita. Mira, si te importo un rábano, dímelo ahora que tengo cosas muy provechosas que hacer. Ya sabes lo muchísimo que detesto perder el tiempo...

Llegados a ese punto, Sue sintió que debía de decir la verdad por lo que se armó de valor y confesó:

—Me importas muchísimo, señor Dunkers. De hecho desde el primer día que te conocí sentí algo que no ha hecho más que crecer con los años.

William agarró la copa de vino, arqueó una ceja y repuso con cinismo:

—¿Asco? ¿Repulsión?

Y, aun a riesgo de que su jefe la tomara por una estúpida, afirmó:

—Estoy hablando de amor.

William estuvo a punto de atragantarse con el vino porque esperaba cualquier respuesta menos esa. Y supuso que era broma, obviamente:

—Me figuro que este peculiar sentido del humor tuyo es una de las cosas que tenías pensado mostrarme.

Sue negó con la cabeza y replicó completamente seria:

—Es la verdad. Lo mío fue amor a primera vista.

William resopló, dejó la copa en la mesa y repuso sin creerse ni una palabra:

—¡Venga ya, Sue! ¡Eso no hay quien se lo crea!

—Es cierto. Me enamoré de ti nada más verte...

William se quedó perplejo y, tras aflojarse un poco el nudo de la impecable corbata de firma italiana, masculló:

—¡No me jodas, Adams! ¿Y llevas todos estos años disimulando? Porque

yo no me he percatado de nada jamás.

—No podía hacer otra cosa. Tengo más que asumido que yo no soy tu tipo. Así que decidí amarte en silencio y con eso me basta.

William pensó que esa chica debía ser como esas especies en extinción, porque en serio que no debía haber nadie en Manhattan con esa abnegación que rayaba en la estupidez supina.

—¿Y todo este tiempo no has estado con nadie?

—No. No hay nadie en mi vida. Solo tú.

William estuvo a punto de echarse de reír porque aquello era buenísimo. Él que estaba acostumbrado a que las mujeres le pidieran que las eyaculara en la garganta en el segundo plato de la primera cita, de repente se encontraba con esa dulce criatura que era más pura que el aire de la montaña.

Y lo que era mejor, a cada instante que pasaba la encontraba más irresistible. Además había aparecido con un vestido rojo con un escote de lo más sugerente que le estaba poniendo bastante...

Por lo que se mordió los labios, se pasó la lengua despacio por los labios y musitó:

—Me parece que la noche va a ser más que interesante...

Capítulo 14

Después de la confesión de Sue, apareció un camarero con un plato de ostras que debían costar como poco un riñón.

Sue que en la vida había probado una, esperó a que el señor Dunkers cogiera una para hacer lo mismo, puesto que no tenía ni idea de cómo comerlas.

Sin embargo, a William le extrañó tanto que, a diferencia de las mujeres con las que solía salir, se demorara tanto en degustarlas que le preguntó:

—¿No te gustan las ostras?

William se llevó una a la boca y la masticó saboreando bien ese manjar exquisito.

Sue entonces decidió decir la verdad porque la otra opción era quedar como una pava:

—No las he probado jamás.

William sonrió porque aquello estaba resultando de lo más estimulante, descubrirle esa delicia a esa chica era algo hasta morboso... Lo primero de las muchas cosas que iba a descubrirle porque seguro que estaba igual de pez en otras materias.

Así que cogió una ostra y le ilustró:

—Coge una, bebe su licor y másticala... —Sue lo hizo con una obediencia que a William le puso duro como el titanio—. Es importante que la mastiques porque no sabe igual, por el centro verás que es dulce y consistente, luego muerde el vientre para que libere un líquido salado y después sigue con las agallas, que es la parte fibrosa... A continuación, disfruta del conjunto y

déjate invadir por las sensaciones...

Sue lo hizo mientras su jefe no dejaba de mirarla con un deseo en la mirada que jamás le había visto.

Muy excitada por la escena, Sue disfrutó de esa ambrosía tal y como él acababa de enseñarle y luego exclamó:

—¡Dios mío, esto es! ¡No tengo palabras!

—La segunda es mejor y la tercera es cuando empiezas a embriagarte de océano.

William tomó otra ostra y ella hizo lo mismo musitando:

—¡Qué poético, William!

—Y erótico —precisó él—. Y además las ostras potencian la calidad y el sabor del semen....

Sue al escuchar esas palabras puso los ojos como platos, tragó la ostra que acababa de masticar como él le había enseñado y se limitó a mascullar para no quedar como una mojigata un lacónico:

—Ya.

Y a William le pareció tan encantadora esa candidez que decidió ir un poco más allá y escandalizarla más todavía:

—¿Qué extraño que no se te hayan puesto los pezones duros? A las mujeres con las que salgo se les suelen endurecer en cuanto se llevan a la boca la primera ostra...

Sue notó cómo toda la sangre se le iba a la cara y muerta de la vergüenza susurró:

—Llevo pezoneras.

William tras beberse de una forma muy sensual el líquido de otra ostra le exigió:

—Sácatelas. Y nunca más te las pongas cuando quedes conmigo. Me gusta ver cómo se os endurecen los pezones de puro deseo...

A Sue no le gustó que le metiera en el lote de todas esas mujeres que se excitaban ante su presencia, pero le complació introduciendo discretamente la mano en el escote y liberándose de las pezoneras que guardó en el bolso.

—¡Madre, mía! Qué locura esta... —susurró Sue después, abanicándose con la mano.

—Si supieras cuánto me pones con esas actitudes virginales, Sue Adams. Aunque imagino que no serás virgen...

Sue negó con la cabeza, si bien le aclaró para que le conociera aún mejor:

—Solo he tenido un novio. Me dejó en cuanto acabamos la universidad. Y bueno...

William sonrió porque imaginó el resto y concluyó que iba a tener que ponerla al día en materia sexual como con las ostras. Y no solo le encantó, sino que pensó que lo mejor era empezar a instruirla cuanto antes.

Por eso, tras degustar otra exquisitez, despacito y sin dejar de mirarla con toda la intención, le preguntó:

—¿Te gustaría que derramara mi leche sobre esos pezones que tienes tan duros?

Sue por poco no escupió la ostra que estaba masticando porque aquello sí que no lo esperaba por mucho que la conversación hubiera subido de tono.

—¿Qué? —preguntó Sue, azorada.

Y a William le gustó tanto ese recato y ese tierno pudor, y más cuando a lo que estaba acostumbrado era a que fueran las mujeres las que le empujaran hasta el baño para que les regara la boca con su leche, que confesó:

—Estoy muy duro, Sue. Me estás poniendo muy cachondo. Y disculpa si mis palabras te parecen soeces, pero no tolero las cursilerías cuando se trata de sexo. Ya sabes que me gusta llamar a las cosas por su nombre y necesito correrme en esos pezones que se han puesto muy duros para mí.

Sue temblando de cabeza a los pies, porque para nada conocía esa faceta de

su jefe, dio un sorbo a su copa y replicó sincera:

—Discúlpame pero es que estoy desbordada, jamás imaginé que tú...

—¿Qué, Sue? ¿Acaso en estos años no has fantaseado con que hacemos infinitas cosas sucias?

Claro que había fantaseado con miles de cosas, pero con una proposición semejante en una primera cita jamás.

—¡Esto va tan deprisa! —reconoció Sue, sincera.

—Tú sabes que si quiero algo, lo quiero ya. Y yo necesito que mi leche resbale por tus pezones ahora. Después, si quieres nos dedicamos a charlar sobre filosofía, ópera o literatura francesa, pero ahora necesito metértela hasta el fondo de la garganta. Y perdona la crudeza, pero este también soy yo. Y si me amas como dices, también debes aceptar esta parte de mí.

Sue, que seguía sin dar crédito a cuanto estaba escuchando, le recordó a su jefe:

—Yo no soy como las mujeres con las que sales. Yo no estoy acostumbrada a practicar el sexo a salta de mata, ni en lugares públicos, ni nada por el estilo. Aparte de que no concibo el sexo sin amor...

—Y no sabes lo que lo celebro, es lo que te hace única. No imaginas lo harto que estoy de señoritas que están conmigo por puro interés. Por eso quería que tuviéramos esta cita, claro que no sabía que yo te gustaba desde hacía tanto tiempo. Me sorprendió que dijeras que sí, porque te repito que pensaba que me odiabas, pero desde luego que jamás me figuré que me amabas desde hacía tanto. Obviamente no voy a mentirte, yo no te amo como para pedirte matrimonio pero siento por ti un cariño y un aprecio sinceros. Lo que no quita para que este sentimiento vaya creciendo conforme nos vayamos conociendo y se transforme en amor.

Sue tuvo que pellizcarse el muslo con los dedos para convencerse de que eso que estaba diciendo su jefe era verdad. Es que era increíble. Después de

todo lo vivido, después de estar segura de que lo suyo jamás sería posible, ahora resultaba que su jefe estaba considerando la posibilidad de que lo suyo algún día fuera amor.

Emocionada como no recordaba, le confesó con los ojos llenos de lágrimas:

—Ojalá...

William entonces la agarró de la mano y le preguntó con una dureza pujando fuerte en su entrepierna, que era ya casi insoportable:

—Y hasta que ese momento llegue ¿no sientes un fuerte deseo por mí?

Sue claro que lo sentía, pero ella solía hacer las cosas de otra forma, era demasiado chapada a la antigua, se temía:

—Claro que sí. Pero yo estoy acostumbrada a otro estilo de cortejo.

William le acarició el dorso de la mano con el pulgar y le recordó:

—No soy un muchachito puritano, Sue. Soy un hombre hecho y derecho que sabe desde hace mucho lo quiere. Y tú deberías empezar a dejar de ser una cría y a comportarte como una adulta. Si me deseas, libérate de todos esos remilgos, déjate llevar y enciérrate conmigo en las oficinas. Conozco al dueño, nadie va a molestarnos. Y te juro que no te vas a arrepentir, va a ser bueno, muy bueno... Me vas a sentir muy dentro de ti, voy a follarte la boca tan duro que voy a premiarte con un buen chorro de leche caliente sobre tus pechos pequeños y cremosos. Y te va a gustar, lo vas a gozar como nunca, y será solo el principio, Sue... Porque esto solo acaba de empezar y en nuestra mano está que no termine nunca... Pero siempre tú decides, dime si te apetece perderte un rato conmigo en ese cuarto...

Capítulo 15

Sue estaba más que confundida, por un lado estaba cenando con el hombre de sus sueños, pero por otro ni en sus más tórridas fantasías podía haber imaginado que fuera un hombre tan crudo y descarnado.

Y no es que ella fuera una monja, pero esa propuesta así en frío y sin nada de romanticismo le había dejado abrumada.

No sabía qué hacer.

Por supuesto que se moría por besarlo y por acariciarlo pero, tal y como lo había planteado él, sonaba todo demasiado vulgar, sexo puro y duro, sin alma ninguna, para saciar solo un instinto.

Y eso no tenía nada que ver con ella.

Sue era una chica romántica y sensible que ponía el corazón en todo. Y eso de encerrarse en una oficina para practicar sexo sucio sin más...

Uf.

No lo había hecho nunca.

Además ella se había imaginado esa primera vez de una manera más íntima, no es que necesitara música y violines, pero sí una conversación más profunda, una escalada de besos y caricias, un fuego en la chimenea que ardiera, una alfombra acogedora...

Todo menos una propuesta de sexo duro y alocado después de una buena ración de ostras.

Era demasiado para una chica católica sin más experiencia sexual que un único novio con el que tampoco era que hubiese hecho demasiadas cosas prohibidas.

Sexo previsible y dulce, siempre en la cama y con la luz apagada.

¿Así que cómo iba a dar repente ese salto encerrándose en una habitación con su jefe para hacer cosas muy sucias que no había practicado en la vida?

Era demasiado para ella.

Más nerviosa que nunca y con un nudo en la garganta terrible, dio un sorbo a la copa de vino mientras su jefe le clavaba la mirada encendidísima.

Sue sintió una oleada de calor que la invadió entera y una punzada de deseo entre las piernas que le hizo confundirse más todavía.

Y es que le deseaba...

Le deseaba con todas sus fuerzas, llevaba tanto tiempo amándole en silencio que era imposible tenerlo enfrente y que no le entraran ganas de todo.

Incluso de tomarlo en su boca, de aceptarlo profundo y duro, hasta que no pudiera más, hasta que como había dicho acabara derramándose caliente sobre su pecho excitado.

Por supuesto que le apetecía hacerlo, aquello sonaba tan bueno y atrevido, tan *sexy* y excitante, que se mordió los labios de puro deseo y empezó a pensar que por qué no.

Ella era una chica conservadora, que había hecho siempre lo correcto, pero siempre se estaba a punto de cambiar.

Además a veces era tan aburrido ser Sue Adams y llevaba tanto tiempo soñando con ese hombre que pensó que jamás sería suyo que tal vez había llegado el momento de ir más allá.

De dejar a un lado todos esos remilgos, como él le había dicho, y dejarse llevar por los instintos.

Además no iba a ser solamente piel, William le había confesado que le tenía aprecio y no cerraba a la puerta a que en el futuro ese sentimiento pudiera convertirse en algo más fuerte y sólido.

Así que no era saltar al vacío, era un salto con red, de la mano del hombre de sus sueños.

Y encima le estaba mirando con unos ojos de vicio que la estaban poniendo mala.

Por lo que, sin demorarlo más, y con los pezones muy duros marcándose a través de la tela del vestido para goce de su jefe, le dijo con una timidez que William encontró muy excitante:

—Verás, yo...

William apuró la copa de vino, se limpió la boca con la servilleta y luego le confesó:

—No estoy acostumbrado a que las mujeres se lo piensen dos veces a la hora de tener sexo conmigo. Y tal vez por eso estoy más duro que nunca... Me estás poniendo en mi sitio Sue Adams y eso me gusta.

—Me muero por estar contigo, pero es que yo soy una chica sin apenas experiencia y...

Antes de que Sue se justificara, él se llevó el dedo índice a la boca para pedirle que se callara y le pidió:

—Solo di si me deseas.

Sue asintió con la cabeza y mareada por el vino, los nervios y la excitación, respondió:

—Sí.

Él se levantó de la mesa y le exigió con una mirada cargada de deseo:

—Sígueme.

Sue se levantó y le siguió hasta el pasillo del fondo, caminando muy despacio y con cuidado de no trastabillar, ya que entre los tacones de vértigo y el mareo que llevaba encima por el vino, corría el riesgo de que sucediera lo que sucedió.

Pues para su horror, se desequilibró un poco, se torció el tobillo y acabó

tropezando con la pata de la silla donde estaba sentado un señor de edad avanzada al que William acababa de saludar muy afectuoso, y que sostenía una copa de vino tinto que salió disparado hasta la impoluta chaqueta blanca de su señora, a la que también había saludado instantes antes su jefe.

Al ver aquel espanto, Sue con unas ganas infinitas de llorar, y una vergüenza tremenda se excusó:

—¡Dios mío, perdón, perdóname! ¡Lo siento muchísimo!

William que con el gritito que había lanzado la señora Byron se había vuelto para ver qué pasaba, se plantó junto a Sue y la reprendió muy cabreado:

—¿Cómo puedes ser tan torpe, señorita Adams?

—Lo lamento. Yo es que...

William le dedicó una mirada furibunda para que se callara y les dijo al matrimonio Byron, al que próximamente iba a construir una mansión de muchísimos ceros.

—Os ruego que disculpéis a la atolondrada y patosa de mi empleada.

Y la miró con tanto desprecio, que Sue no pudo evitar que dos lágrimas enormes cayeran por su rostro.

Se la veía tan afectada, que hasta la señora Byron se conmovió y la justificó:

—Nos podía haber pasado a cualquiera.

—Tú siempre tan considerada, Violeta, pero mi empleada merece un escarmiento para que aprenda a mirar por dónde pisa y voy a descontarle de su próximo sueldo el precio de un traje nuevo —afirmó William, mirando a Sue enojadísimo y apretando fuerte los puños.

Y que es William no podía dejar de pensar en que esa chica no podía ser más lerda y que ya tenía edad suficiente para haber aprendido a caminar con tacones con una copa de vino encima.

Es más le pareció tan ridícula y patética, que en ese justo momento sus remilgos de monja los encontró igualmente odiosos.

Era la primera mujer que le había tenido en ascuas para una jodida mamada, pero ¿quién se creía esa niñata, que tenía que estar dando gracias porque él se hubiera dignado a descender tanto de nivel y cenar con ella?

Y lo decía no solo por su físico que no podía ser más común, sino porque era una simple empleada sin ambición ninguna que no iba a llegar a ninguna parte.

Una empleada tan mema que le había derramado una copa de vino a la esposa de uno de sus mejores clientes.

El señor Byron era uno de los hombres más ricos de la ciudad, con amigos en todas partes, y su mujer era tan influyente que William se desvivía por ellos, cuidaba cada detalle, los tenía en palmitas...

Hasta que había llegado Sue Adams y lo había echado todo a perder. Estaba tan cabreado que la habría despedido allí mismo si no llega a ser porque la señora Byron se apiadó de ella y dijo:

—La señorita me ha hecho un favor, detesto este traje de chaqueta. Es que ni lo voy a llevar al tinte. Y por supuesto que no necesito que me compre nada. Te repito, querido William, que nos podía haber pasado a cualquiera.

Y tras decir esto, una camarera apareció solícita para ofrecerle otra chaqueta a la señora Byron, momento en el que William aprovechó para cuchichear al oído de Sue, en un tono de voz autoritario y duro:

—¡Sal de mi vista! ¡No quiero verte!

Capítulo 16

Sue derramando unas lágrimas enormes que él encontró sencillamente tan ridículas como ella, volvió a repetir:

—Perdóname, ha sido sin querer...

—Son los Byron, y tú más que nadie sabes lo importante que es este matrimonio para el estudio.

—No sabía que eran ellos. Ha sido un accidente... Yo...

William le lanzó otra mirada de desprecio absoluto y le exigió:

—Si te queda algo de dignidad, ¡cállate y vete!

Sue bajó la vista al suelo, sintiéndose tan mal como no recordaba, se retiró las lágrimas con los dedos y entonces la señora Byron con la chaqueta que le habían traído ya puesta, le pidió cariñosa:

—Joven, no llores más. Te repito que me has hecho un favor. Me cuesta mucho deshacerme de mis prendas y gracias a este bendito percance por fin voy a librarme de este traje que jamás me gustó.

—Eres adorable, Violeta. Pero lo de mi empleada no tiene nombre ni justificación —insistió William, mirándola ahora con asco.

—Pero de veras que le ha hecho un favor a mi esposa —habló el señor Byron—. Precisamente, hace un momento me estaba comentando lo feo que le parecía. Jajajajaja. ¡Venga, que no ha pasado nada!

—Es más, vamos a celebrando brindando con un buen vino. Por favor, sentaos con nosotros... —les invitó muy amable, Violeta.

William entonces volvió a mirar a Sue con harto desprecio y dijo alto y claro:

—Sue ya se iba.

—Ah. Pensé que estabais cenando juntos —observó Violeta.

William negó con la cabeza y le aclaró a la señora Byron avergonzado de que pudieran relacionarle con alguien tan patético como Sue Adams:

—Es mi secretaria, ha venido por un asunto del estudio, pero ya se va. Tiene demasiadas tareas pendientes, ¿verdad que sí, señorita Adams? Es lo que pasa cuando no se trabaja demasiado duro de lunes a viernes, llega el sábado y hay que seguir esforzándose.

Sue con una pena tremenda, se limitó a balbucear:

—Sí, me voy ya. Y mis disculpas más sinceras de nuevo, señora Byron.

William al escucharla disculparse otra vez, deseó que se la tragara de una vez la tierra porque no podía resultar ya más pesada ni cargante.

¿Pero cómo podía haber cometido el error de invitar a esa pánfila a cenar?

Sin embargo, la señora Byron tenía otra opinión de ella:

—Qué joven más dulce, William. Eres muy afortunado de contar con un ángel así en tu estudio. ¿Cómo te llamas, tesoro?

—Sue Adams —respondió ella, muerta de pena y de vergüenza.

—Yo soy Violeta Byron y él es mi marido Peter, encantados de conocerte, preciosa. Las reuniones con William siempre las hacemos fuera del estudio, por eso no nos habíamos visto nunca. En fin... Siento que tengas que marcharte, pero seguro que pronto tendremos otra ocasión de pasar un rato entretenido. ¿Verdad que sí, William?

William asintió por complacer a su cliente, porque de lo que tenía ganas era de no volver a Sue Adams en su vida.

Y ella con un hilillo de voz, dio las buenas noches a todos y se marchó con la cabeza agachada, los hombros caídos y muerta de miedo por si tropezaba otra vez.

A continuación, y con un dolor de tobillo tremendo, salió a la calle donde

estaba nevando copiosamente, a pensar cómo lo hacía para volver a casa.

No podía llamar a un Uber y cargar la carrera a la cuenta de la empresa, como le había pedido William a la ida, porque después de lo ocurrido solo iba a cabrearle más. Ella tampoco tenía dinero para pagarse uno y para llegar a la parada del bus había que caminar bajo la maldita nieve un buen trecho y con esos taconazos a los que iba a odiar toda su vida, era una proeza imposible.

Así que solo tenía una opción, que no era otra que caminar hasta la casa de Bradley y abusar una vez más de su confianza y generosidad.

Así que caminando despacito y muerta de frío, y sin dejar de lamentar lo que había ocurrido esa aciaga noche, se dirigió al apartamento de Bradley.

Y se sentía tan mal, que el dolor del pie apenas era una sutil molestia al lado del dolor que tenía en el corazón.

Había decepcionado profundamente a William, y conociéndole sabía que tenía poca enmienda.

No tenía que haberse puesto esos taconazos, en la vida hay que saber bien quién se es, y ella no era chica de tacón fino de vértigo.

Ella como mucho tenía que apostar por un tacón medio y cuadrado, y por supuesto por no tomar ni una sola gota de vino.

Ella no era como esas actrices y modelos de vidas sofisticadas, ella era solo una chica normal a la que se le habían subido los humos a la cabeza.

Y ahí estaba su castigo...

Un ridículo traspies con uno de los mejores clientes del estudio. ¡Madre mía!, se lamentó. Estropearle la chaqueta a la buena de la señora Byron, una de las mujeres más influyentes en el sector del interiorismo y la decoración. Una dama que aparecía todas las semanas en todos los medios por su exquisito buen gusto y distinción opinando sobre casas, arquitectura, decoración de interiores...

¡Dios mío. Si es que la había liado muy parda!

En fin, que con esos pensamientos y sintiéndose una pava total, llegó al edificio de Bradley donde comunicó a un conserje muy solícito que iba a visitarle.

Él hizo una llamada, y al momento le pidió que lo acompañara hasta un ascensor que los condujo a la última planta.

Allí les recibió Bradley en *jeans*, una camiseta blanca y una cara de preocupación tremenda, porque sabía que si Sue estaba allí era porque algo gordo había pasado.

Él desde luego quería que la cita fracasara, pero por supuesto no que le ocurriera nada a Sue.

El caso es que el conserje regresó a la planta baja y Bradley la invitó a pasar tras percatarse de la cojera de la chica:

—¿Qué te pasa en el tobillo? Lo tienes hinchado...

Sue entró en la casa, todavía tiritando de frío y respondió muy triste:

—Ha sido horrible, Bradley. ¡Es que no lo he podido hacer peor!

Bradley le ayudó a quitarse el abrigo que estaba empapado por la nieve, luego la condujo hasta el salón y la sentó frente a la chimenea eléctrica para que se calentara.

—Espera aquí que voy a traer un caldo y hielo para tu tobillo.

Sue le agradeció todo y al poco rato regresó Bradley que le colocó una bolsita de hielo en el tobillo, mientras ella daba un buen sorbo a la taza de caldo humeante y riquísimo.

—Me he cargado toda la cita, Bradley... Y he hecho el mayor ridículo de mi vida —confesó tras pasarse la lengua por los labios de una forma tan *sexy* que Bradley creyó que iba a romper los pantalones.

—No creo que haya sido para tanto —opinó deseando que Sue no se percatara del bulto de su entrepierna.

Pero es que no podía evitarlo, la deseaba tantísimo y además solo tenía

ganas de abrazarla y decirle que no pasaba nada.

Que estaba en casa, que estaba segura, que todo iba a salir bien.

—Lo ha sido... Verás, todo iba bien... Bueno, tan bien que William me pidió que nos retiráramos a un despacho a...

Bradley contrajo el ceño, se le ofuscó tanto la mirada que Sue casi que arrepintió por haberle dado esa información.

—¿Así, sin más? ¿Pero cómo en una primera cita, en mitad de una cena, se le ocurre llevarte a un reservado como si fueras una más de su larga lista de conquistas? Tú eres alguien muy especial, Sue. Tú esperabas algo mucho más romántico, tú te merecías...

Sue negó con la cabeza y le interrumpió:

—Yo soy chica sin mucha experiencia, que siempre me he portado bien. Y a veces es tan aburrido... que pensé que ya era hora de tener un poco de aventura y diversión. Pero cuando me dirigía detrás de él hacia ese despacho, he tropezado con la silla de uno de sus principales clientes y el vino tinto de la copa que tenía en la mano el buen señor ha ido a parar a la chaqueta blanca nuclear de su esposa, la maravillosa señora Byron.

Bradley no pudo evitar echarse a reír, pero conocía bien a los Byron, eran muy amigos de su padre y replicó:

—Conociéndolos seguro que se lo han tomado de la mejor manera posible.

—Ellos sí, pero William me he exigido que me vaya...

A Sue se le llenaron los ojos de lágrimas y él conmovido por verla así, se acercó a ella y la abrazó fuerte por detrás.

Capítulo 17

Sue al sentir ese abrazo tan reconfortante rompió a llorar como una niña, como jamás se lo había permitido. Era como si se le hubiera roto un dique de contención interior y por él salió todo lo que había reprimido.

Lloró con ganas, mientras Bradley no dejaba de abrazarla y de pensar que ese cretino de William más pronto que tarde iba a vérselas con él por haber humillado a Sue de esa manera tan despreciable.

No le había bastado con proponerle sexo rápido en un reservado, a una chica chapada a la antigua como Sue, sino que además después del mal rato pasado con el incidente, la había expulsado del restaurante y la había dejado sola, con una torcedura de tobillo y bajo una nevada tremenda, en pleno Manhattan y sabiendo que apenas tenía dinero para llenar el frigorífico.

No se podía ser más canalla y por supuesto que iba a pagarlo. Vaya que si iba a hacerlo...

Muy cabreado con lo sucedido y lamentando que Sue lo estuviera pasando tan mal, se sentó a su lado, le ofreció un pañuelo para que enjugara sus lágrimas y le pidió que se terminara el caldo:

—Tómalo entero por favor, te sentirás mucho mejor.

Sue obedeció y luego le confesó su principal temor:

—Y lo peor es que el lunes me va a poner de patitas en la calle. Eso lo sé...

—¡Qué va. Menudo chollo tiene contigo! Jamás renunciará a una empleada tan talentosa como tú a la que tiene terriblemente mal pagada.

—Ojalá pero si vieras con el odio con el que me miró... Y a los Byron me presentó como su empleada, porque obviamente se avergonzó de mí. Luego

les dijo que tenía que marcharme porque tenía mucho trabajo pendiente, pues según él no rindo bastante de lunes a viernes...

Bradley se apartó un poco de ella y apretando fuerte las mandíbulas farfulló:

—¡Valiente cabrón! Es que me entran ganas de ir a buscarle al restaurante y enseñarle modales de una vez.

—Ya, pero yo le entiendo, porque los Byron son unos clientes muy importantes y al final se puso nervioso. Él es un hombre muy temperamental y perdió los nervios. A todos nos puede pasar...

—Sue no le justifiques. ¡Ese tío es un cerdo!

—No le justifico, es la pura verdad. Mira que tropezar con la silla...

Bradley dio un manotazo al aire y le recordó:

—Eso le puede pasar a cualquiera.

—A cualquiera que cometa la estupidez de ponerse unos tacones sin saber caminar con ellos y que se achispe con una copa de vino.

—Por favor, Sue, ni se te ocurra culparte... Lo primero es que ese tío no tenía que haberte hecho esa propuesta...

—Y si vieras las palabras que utilizó, jamás pensé que mi jefe pudiera llegar a ser tan vulgar...

Bradley se incorporó y cada vez más enojado con ese sinvergüenza preguntó:

—¿Te molestó con sus palabras?

—No me puede molestar porque estoy enamorada de él. Que quiera hacer conmigo cosas sucias es hasta un honor...

Bradley sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago porque aunque sabía cómo se las gastaba ese tío, escucharlo en labios de la tierna Sue le puso de los nervios.

—Pero tú no esperabas eso de él...

Sue negó con la cabeza y decidió sincerarse con Bradley:

—La verdad es que yo había imaginado esa cita de otra manera, jamás me figuré que podría proponerme sexo rápido en un apartado en mitad de una cena en un sitio elegantísimo. Pero claro yo soy una antigua y una romántica, lo de William es lo normal.

—Te equivocas. No lo es. Tú merecías otras maneras, otras palabras, otro escenario...

—Ya da igual. Lo he estropeado todo...

Bradley se agachó para ver cómo tenía el tobillo y la inflamación ya estaba bajando:

—Te has hecho un esguince pequeño. Menos mal que has caminado poco y te has venido a casa.

—No tenía dinero para pagarme un taxi, ni fuerzas para llegar a la parada del bus, así que... opté por molestarte otra vez.

Bradley se sentó de nuevo al lado de Sue y le dijo feliz de estar otra vez junto a ella:

—Lamento que lo hayas pasado tan mal esta noche, pero celebro que estés aquí, Sue Adams.

Sue sonrió y dejó vagar la vista por el ventanal por el que se veía la ciudad que nunca dormía:

—Tienes unas vistas impresionantes y el departamento es una maravilla. Es moderno, acogedor, espacioso, funcional y muy estiloso... Es muy difícil conseguir este efecto, el arquitecto sin duda es un genio.

—Sabía que te iba a gustar, a mí también me parece que lo es. Ya cuando te encuentres mejor te lo enseñaré al completo. Tengo un par de habitaciones de invitados, he pensado que podemos pasar la noche aquí. Está nevando demasiado para conducir, pero si prefieres que regresemos a Yonkers...

—Ya ha sido demasiado accidentada la noche como para correr ni un

riesgo más. Si no te importa, dormiré aquí y ya mañana me iré en el bus.

—Yo te llevo —se ofreció, Bradley, solícito.

Sue sonrió agradecida, porque no podía haber tenido más suerte con su vecino:

—Tú siempre tan bueno conmigo...

Bradley con unas ganas tremendas de besarla y de demostrarle que él podía ofrecerle mucho más que el cerdo de William, dijo:

—Si supieras la de cosas que se me están pasando ahora mismo por mi cabeza, no dirías eso.

—Sí que lo eres, siempre te portas como un auténtico caballero.

—Pero también tengo la otra vertiente.

—Sí, pero sé que jamás dirías nada que pudiera hacerme sentir incómoda.

—Yo lo único que quiero es quitarte el mal sabor de boca de esta noche. Y mira que sabía que podía pasar algo parecido, conozco a Dunkers demasiado bien, pero eres tú la que tienes que llegar a tus propias conclusiones. Por mucho que te prevenga contra él, sé que va a dar lo mismo.

—Reconozco que he visto partes de él que no me han gustado mucho, pero...

—Sigues enamorada de él —le interrumpió Bradley con todo el dolor de su corazón.

Sue asintió con la cabeza y habló con el corazón en la mano:

—Sí, un sentimiento tan fuerte no se esfuma de un plumazo.

—Te ha humillado, Sue. Te ha echado de ese restaurante. Tú no mereces un trato así.

Sue le miró con los ojos llenos de lágrimas, tragó saliva y solo pudo susurrar porque sabía que Bradley tenía razón:

—Nadie lo merece.

—No, claro que nadie lo merece.

Sue entonces no pudo evitar llorar otra vez y pedirle a Bradley entre hipidos:

—¡Abrazame por favor, abrazame!

Y Bradley lo hizo, la abrazó tan fuerte que ella encontró consuelo en ese hombre que estaba siempre ahí.

—Eres una chica maravillosa, Sue. Nunca lo olvides.

Sue se quedó mirándole, a esos ojos verdes tan bonitos, y solo pudo replicar:

—Tú también lo eres, Bradley Newman.

Y entonces, le besó muy suave en los labios, un beso lento y muy dulce, que Bradley agradeció, retirándole las lágrimas del rostro con los dedos. Y luego, aunque se moría de ganas de seguir con los besos y de muchísimo más, sabía que era el momento menos indicado para ello, por eso le sugirió:

—Creo que lo mejor es que nos vayamos a descansar.

Sue pensó que tenía razón, porque si seguía dejándose llevar iba a liarla más todavía y con lo de William ya había tenido bastante.

Mejor dejarlo ahí, en ese beso de mariposa, que le había dado porque lo sentía, porque le habían entrado unas ganas irrefrenables de hacerlo. Y ya no quería pensar más...

Bradley tenía razón, lo mejor era descansar...

Capítulo 18

A primera hora de la mañana, Bradley llevó a Sue a casa y ella se pasó el domingo trabajando duro en el proyecto del estudio.

Le vino muy bien porque así no dedicó el día a torturarse con lo sucedido en el restaurante francés...

No obstante, y a pesar de que seguía reprochándose el error de haberse bebido esa maldita copa de vino y subirse a los tacones, cada vez estaba más convencida de que William había sido demasiado severo con ella.

Por no hablar de sus soeces palabras a la hora de hacerle esa propuesta...

Pero con todo, todavía seguía sintiendo demasiado por él, aunque de repente le entraran ganas de besar a su vecino...

Precisamente de eso habló con su amiga Cas, cuando justo a la hora de la cena la llamó para saber qué había pasado con Dunkers.

Sue le contó todo con pelos y señales, incluida la propuesta sucia, y Cas por poco no se parte de la risa:

—¡Vaya si nos ha salido guarrillo el señor Dunkers! ¡Jamás pensé que iría tan al grano y con esas palabras tan excitantes!

Sue resopló y, sin poder evitar reír, replicó:

—No le pega para nada decir esas cosas. ¡Yo jamás imaginé que me diría nada semejante!

—¿Y qué quieres que te dijera: “señorita, acompáñame al reservado a hacerme una felación que acabará con mi néctar resbalando por tus tiernos discos dorados”? Jajajajajajajajajaja.

Sue se partió también de risa, si bien puntualizó:

—Mira, para empezar, yo jamás pensé que me propondría sexo así, de sopetón, en mitad de una cena.

—Para mí es hasta cierto punto normal, porque ya sabes que a mí me pasan las cosas más raras con los tíos. Pero en tu caso y siendo tu jefe es un poco chocante, sí...

—¿Un poco chocante? Llevamos años trabajando juntos y de repente me lo pide así... No sé. Pero lo peor es lo de después, me hizo sentir como un trapo.

—Eso estuvo fatal y debes decírselo. No puedes consentir que nadie te trate de ese modo, por muy enfadado que esté.

—Lo sé. Mañana tengo pensado hablar con él, aun a riesgo de que me ponga en la calle.

—No lo hará. Tú vales mucho, nena. Y luego, lo que me has contado del bombero es... ¡Vaya si has espabilado, Sue Adams! ¡Ahora te los ligas a pares!

Sue rompió a reír otra vez, y al momento le explicó:

—No sé por qué cuando estoy con él se me va así la pinza. Yo soy tan convencional, jamás me había pasado esto. Estoy enamorada de William, con todo sigo estándolo, pero veo a Bradley y no sé qué ocurre que siempre acabo besándole. Es solo deseo, supongo... No sé, amiga. Me tiene muy confundida lo que siento por él.

—Sue, lo veo muy claro. Es un chico atractivo, se porta genial contigo y a ti te gusta... Blanco y en botella...

—Ya, pero yo estoy colgada de William...

—Yo diría que más bien obsesionada, y aunque me pueda parecer interesante que sea un cerdo en el sexo, eso nos gusta a todas, me temo que no es una buena persona, Sue. No me gusta nada como se portó contigo y eso tienes que valorarlo. Yo lo puedo entender todo, su cabreo, sus clientes importantes y demás, pero no actuó bien contigo. Lo siento mucho, amiga,

pero a lo mejor resulta que tu príncipe William es un rufián. Abre bien los ojos con él, porque no quiero que te hagan daño.

—Desde luego que voy a hablar con él, yo me sentía culpable, pero hay cosas que no puedo permitir. Bradley me dijo lo mismo y tenéis razón. Así que descuida que no voy a tolerar que me falten al respeto.

—Así se habla, preciosa. Ya me contarás...

Con esa actitud, y teniendo las cosas tan claras, llegó el lunes y Sue apareció en la oficina a primera hora como siempre y cuál no fue su sorpresa que al poco de llegar recibió otro ramo de flores, como el de la vez anterior, con una tarjeta que ponía:

Eres luz. No permitas nadie la apague. No dejes nunca de brillar, Sue. Nunca.

Sue leyó la nota emocionada unas cuantas veces, convencida de que era de su jefe y que esa era su forma de pedirle perdón.

Y si bien ese gesto que estaba genial, desde luego que no iba a eximirle de que ella le dijera unas cuantas cosas, porque aquello no podía quedar así.

Por eso, en cuanto llegó al despacho y ella le plantó su café del Starbucks, como siempre, le pidió:

—Me gustaría hablar contigo, William.

William dio un sorbo a su café, la miró sin saber muy bien por dónde iba a salir... Luego respiró profundo y masculló:

—Habla.

Sue se aclaró la voz y decidió, como siempre con él, ir directa al grano:

—Todavía tengo molestias en el tobillo por la torcedura que me hice en el incidente del restaurante. Y permite que te diga que te portaste fatal conmigo, yo puedo entenderlo todo, pero no que me trataras de esa forma.

William celebró que esa chica tuviera ese arranque de dignidad, y aunque

para él no tenía ninguna razón en lo que decía, replicó:

—Yo era el principal interesado en que esa noche fuera perfecta. Tenía muchas ganas, Sue. Y de repente, todo se fue a la mierda... Y encima con los Byron, a los que por cierto has caído de maravilla. Están locos porque quedemos los cuatro y que sepas que durante el resto de la velada no dejaron de recriminarme lo duro que fui contigo. Yo soy estricto, tú lo sabes mejor nadie, y en consecuencia, mi primera reacción fue que pagaras por lo que habías hecho. Después, estaba tan ofuscado que me molestaba hasta tu mera presencia. Soy demasiado vehemente, demasiado severo, y puede ser que me pasara.

Sue asintió con la cabeza y, mirándole firme, aseguró:

—Te pasaste.

—Actué conforme soy y no sé pedir perdón. Si eso supone un problema para ti, ahí tienes la puerta. Te daré una buena indemnización, pero si decides quedarte te garantizo que no volverá a suceder nada semejante.

Sue sabía de sobra lo orgulloso y soberbio que era su jefe como para esperar un perdón en toda regla. No obstante, en sus palabras podía atisbar cierto arrepentimiento y como le gustaba muchísimo lo que hacía, necesitaba el trabajo y lo que era peor: todavía seguía sintiendo cosas por él, replicó:

—No quiero irme. Me gusta mi trabajo y yo también te garantizo que no volveré a ponerme unos taconazos como esos.

William se alegraba de su decisión, porque la necesitaba como el aire que respiraba, aunque jamás se lo reconociera ni a ella ni a nadie. Pero sin Sue estaba perdido, delegaba en ella tantos asuntos y lo hacía con tanta competencia que estaba seguro de que no iba a encontrar a nadie como ella.

Pero no se lo dijo, tan solo se limitó a concluir:

—Entonces, sigamos como siempre.

—Perfecto.

William pensó en ese instante que con Sue era todo muy fácil, y que a pesar de que no podía ser más corriente, tenía un atractivo en su absurdo recato que le estaba poniendo duro otra vez.

Era ridículo, pero esa camisita blanca que llevaba abrochada hasta el penúltimo botón, le estaba provocando una erección de campeonato.

Se moría de ganas por arrancársela y ponerla de rodillas, agarrarla fuerte por la cabeza y que se la comiera bien hasta el fondo.

Pero de momento, tenía que esperar...

Era consciente de que no procedía y sobre todo de que no podía correr el riesgo de perderla.

Y aunque estaba convencido de que ella tenía las mismas ganas de hacer cosas sucias que él, decidió dejarlo para otro momento y ofrecérselo con un lazo bien grande de romanticismo. Por eso, dijo:

—Y en cuanto a lo de las citas, la próxima vez será diferente. Si es que decides que haya próxima vez.

Sue miró a su jefe, que se retiró el pelo hacia atrás de una forma muy *sexy*, y sintió una punzada de deseo en su interior.

Uf. William Dunkers le gustaba, claro que le gustaba, y aunque lo había hecho fatal, no podía evitar seguir sintiendo por él.

Le admiraba como arquitecto, admiraba su ambición y su talento, y bueno... ahora también estaba descubriendo que también tenía defectos.

Pero quién no los tenía...

Sue suspiró y prefirió de momento replicar:

—Ya veremos, señor Dunkers. Ya veremos...

Capítulo 19

Las siguientes semanas, Sue las pasó trabajando duro tanto en el trabajo como en casa después.

Y como siempre, cada lunes recibió puntual su ramo de flores con notas de lo más románticas.

Sin embargo, Sue no volvió a abordar con su jefe más que temas profesionales.

Sentía la necesidad de dejar pasar el tiempo para que las aguas volvieran a su cauce.

Y en cuanto a su vecino, al que se encontraba en todas partes, ya fuera en el supermercado, en el parque por donde salía un rato a estirar las piernas o en la parroquia del padre Bert, tampoco volvieron a repetirse lo de los besos.

Y eso que además ella le invitó a cenar unas cuantas veces en casa, pero nada...

Fue todo siempre muy amistoso y cordial, risas, confidencias, conversación interesante y hasta unas cuantas series cortas con palomitas incluidas.

Y por supuesto que era lo mejor, porque lo de los besos con el vecino no hacían más que confundirla.

Así que un quebradero de cabeza menos...

En fin, que así fueron pasando los días hasta que llegó finales de enero y, tras un durísimo trabajo, Sue terminó el proyecto de Rochester que William le había encomendado y con el que se suponía que iba a poder pagar parte de la deuda extra de su madre.

Sin embargo, cuando se plantó en el despacho de su jefe para comunicarle

orgullosa que por fin había terminado, él le sorprendió con algo que no estaba en sus planes:

—El trabajo está bien hecho, Sue. No esperaba menos de ti. Pero no voy a pagarte este mes.

Sue se quedó de piedra, sin entender absolutamente nada, y luego le pidió una explicación:

—Pero tú me dijiste que ibas a pagarme una parte. Sabes que tengo una deuda acogotándome.

William sonrió porque tenía a Sue exactamente donde quería, a su más absoluta merced. Y es que de alguna manera tenía que recordarle a esa chica, que había sido tan fría con él esas semanas, quién era el que tenía el poder y el control absoluto de todo.

—Lo sé todo, pero no te voy a pagar ahora.

Sue sabía que su jefe no tenía problema alguno de liquidez y que si no le pagaba era sencillamente porque no le daba la gana. Por eso, replicó enojada:

—He cumplido con mi parte del trato.

—Sí, pero los pagos se hacen siempre el día 25: ya se han realizado los ingresos de las nóminas de este mes. Tendrás que esperarte un poco para cobrar tu parte. Habla con el banco, seguro que no te cobrarán más que un mínimo interés...

Sue pensó que no podía estar pasándole a ella. William no podía estar haciéndole eso, y más después de lo muchísimo que había trabajado.

Estaba tan furiosa y decepcionada que le entraron ganas de mandarle a la mierda para siempre.

De irse de allí y meterse a trabajar en lo que fuera...

Lo que ella ni podía imaginar era que William estaba disfrutando muchísimo de verla con ese punto de rabia y frustración en la mirada. Es más, le excitaba tenerla contra las cuerdas, agobiada y decepcionada,

silenciando con todo su autodominio y autocontrol las ganas que debía tener de llamarle de todo.

Y se estaba poniendo tan duro, al contemplarla con esa actitud de niña buena, que siempre hace lo correcto, que nunca pierde los papeles, que se la hubiese follado en ese justo instante encima de la mesa.

Sin embargo, ella ajena a los pensamientos lujuriosos de su jefe le recordó por si acaso él no se había percatado:

—Me estás haciendo una faena tremenda, William.

William se encogió de hombros, sonrió con un cinismo que a Sue le dio hasta asco y replicó:

—Es política de empresa. Y lo sabes. Haberte esforzado un poco más y haberlo entregado antes del 25.

Sue le miró con un desprecio infinito y él se puso más duro todavía...

Se ponía tan *sexy* cuando sacaba carácter, pensó él.

Y ella, aunque tenía ganas de mandarlo todo al diablo, de repente se impuso la sensatez y decidió posponerlo para cuando tuviera otro empleo a la vista.

Mientras tanto, tocaba tragar quina y volver a su puesto de trabajo con el rabo entre las piernas.

Menos mal que cuando apenas habían pasado diez minutos de esa escena repugnante con su jefe, Sue recibió la llamada de la señora Byron:

—Tesoro, soy Violeta ¿me recuerdas?

—Oh sí, claro, señora Byron, buenos días, le paso con el señor Dunkers.

—No, gracias, con quien quiero hablar es contigo. Verás, tengo un terreno en el campo en el que me gustaría construir algo coqueto y acogedor y he pensado en ti.

Sue se revolvió en su silla y replicó alucinada de la propuesta:

—Se referirá al estudio del señor Dunkers...

—No. Me refiero a ti. William nos ha contado que eres arquitecta y la verdad es que me caíste muy bien aquel día.

Sue no podía dar crédito a lo que estaba escuchando...

—Es usted muy amable, pero...

—No nos gustó nada cómo te trató William, te confieso que para nosotros fue una gran decepción. Y se lo dijimos en cuanto te marchaste... Fue excesivamente severo y grosero contigo y yo no puedo olvidarlo. Esas cosas me sacan de quicio, no puedo quedarme cruzada de brazos ante las injusticias. Y más desde que ese día tengo una terrible certeza: conozco muchos casos en los que detrás de figuras carismáticas se esconde el trabajo en la sombra de los verdaderos talentos. Y me huelo que este es el caso... Creo que tú, Sue Adams, eres más que responsable del éxito de tu jefe, y que de alguna manera él se está aprovechando de tu talento.

Sue se quedó lívida, porque no esperaba para nada encontrar una aliada en la señora Byron.

—Yo, señora Byron, es que...

—No digas nada. Ya charlaremos con tranquilidad, pero déjame que te cuente que el otro día mi marido le estuvo hablando a William de un proyecto que supuestamente había firmado él y no tenía ni idea de nada. Ya cuando se vio desbordado por tanta pregunta, lo que hizo fue llamarte, no sé si lo recuerdas...

—Sí, claro estuve hablando con su marido...

—Y nosotros estuvimos atando cabos después. Y nos parece tan horrible lo que William está haciendo contigo que queremos proponerte que nos proyectes esa casita del campo. Te pagaré muy bien por el primer boceto que espero que me entregues cuanto antes...

Sue sabía que era una deslealtad aceptar aquello, pero estaba tan desesperada que ni se lo pensó dos veces:

—Le seré sincera, señora Byron, necesito el dinero. Tengo que pagar una deuda y esperaba un dinero que el señor Dunkers se ha negado a pagarme.

Violeta espantada solo pudo replicar:

—¿Cómo William puede ser capaz de jugar con algo tan sagrado? Tienes que salir de ahí lo antes posible, criatura. Y desde luego que nosotros vamos a poner todo nuestro empeño en que todo el país se entere de quién es William Dunkers.

—De momento no tengo adónde ir, pero mi intención es salir de aquí cuanto antes.

—¿No has pensado nunca volar sola? ¿Montar tu propio estudio?

—No tengo dinero. Mi familia tiene deudas que pagar, mi madre no tiene trabajo y yo tengo que hacer frente a todo.

—Yo te voy a ayudar. Entrégame ese boceto y ya iremos hablando... Conozco a tanta gente, Sue, que te garantizo que no te va faltar trabajo.

Sue emocionada y agradecida, le preguntó a la señora Byron:

—¿Por qué es tan buena conmigo?

—Porque mi marido y yo venimos de abajo. Porque en su día nos ayudaron personas buenas a ser lo que somos y estamos en la obligación de hacer lo mismo por los demás. Así que tranquila que vamos ayudarte...

Capítulo 20

Sue colgó, con el corazón a mil por la esperanza recobrada, y aunque tuviera que quedarse sin dormir lo que hiciera falta, iba a esforzarse como nunca para entregarle ese boceto a la señora Byron.

Además no podía gustarle más la idea que proyectar una casita de campo: era tan inspirador, le motivaba tanto que comenzó a dibujar algo en un folio a lápiz, justo cuando su jefe apareció otra vez.

Ella alzó la cabeza para mirarlo y él le colocó un fajo de billetes sobre la mesa:

—No soy tan malo como te piensas, Sue.

Sue se quedó mirando perpleja el dinero y luego replicó muy agobiada:

—No sé a qué estás jugando conmigo, pero no me gusta nada.

William sonrió de oreja a oreja y le confesó con unas ganas irreprimibles de que fuera suya:

—No juego, solo quiero que liberes a la Sue que tienes retenida bajo esas capas infinitas de autocontrol.

Sue tragó saliva y, retándole con la mirada, preguntó:

—¿Para qué?

Luego dio la vuelta al folio en el que había empezado a garabatear la futura casita de campo de la señora Byron y se puso de pie, frente a él.

William dio un paso más, estaba tan cerca de ella que podía sentir su aliento, y respondió:

—Para que seas definitivamente tú.

—Yo soy una chica educada. No confundas las buenas maneras con la falta

de personalidad. No me subestimes, William.

A William esa respuesta le gustó tanto, que se mordió el labio inferior y luego musitó:

—Cada día me pones más...

Sue, que para nada esperaba que su jefe fuera a salir con esas, replicó:

—Antes he estado a punto de irme del estudio para siempre.

—Solo quería desquiciarte un poco y al mismo tiempo dejar claro quién manda —reconoció él, con la vista clavada en la boca jugosa de Sue que se moría por besar.

—Pues me parece repugnante.

—Por eso te necesito tanto. Y tú a mí. Yo puedo enseñarte muchas cosas y yo te necesito para ser mejor.

Sue le miró alucinada porque en absoluto pensaba que después del amargo incidente de hacía un rato, fuera a vivir esa escena.

Su jefe declarándose a su estilo, confesándole que la necesitaba...

Ver para creer.

—Solo sé que lo que has hecho antes ha sido asqueroso. Cómo se nota que no sabes lo que es tener un apuro financiero. De lo contrario, no estarías jugando con estas cosas...

—Aquí tienes tu dinero —habló poniendo la mano sobre el fajo de billetes—. Y te contaré un secreto: me excita mucho ver cómo te esfuerzas por contener tus más bajas pasiones, ya sea la ira o el deseo más profundo, como ahora...

Sue tragó saliva porque no tenía ni idea de lo que estaba hablando:

—Me parece que te estás equivocando...

William se acercó más a ella todavía y tras besarla en el cuello, le susurró al oído:

—Dime que no sientes nada por mí...

Sue se envaró al recibir ese beso y muy seria se quedó mirando al hombre por el que llevaba suspirando tanto tiempo:

—He sentido mucho por ti. Pero estoy descubriendo cosas de ti que no me están gustando nada.

A William que esa mujer se lo estuviera poniendo tan difícil no pudo excitarle más... Era tan diferente a todas que dijo:

—Es que soy un lobo, un depredador salvaje, pero solo tú puedes redimirme.

Sue se quedó mirando a esos ojos oscuros y profundos, y sabía que estaba en lo cierto, solo veía ambición y codicia. Por eso, repuso sin dejar de sostenerle la mirada:

—Dudo mucho que lo tuyo tenga remedio.

William acercó la mano al rostro suave de Sue y acarició con los dedos la mejilla:

—Mi dulce, Sue. Solo tú puedes lograrlo...

Sue se apartó de él y confesó con los ojos llenos de lágrimas:

—Yo te admiro como profesional, pero como ser humano dejas bastante que desear. Esto que has hecho hoy es inadmisible...

William volvió a acercarse a ella y le confesó:

—Solo era un juego, un juego de poder, pero si tampoco te gustan...

—Por supuesto que no me gustan, son odiosos.

—Lamento si te ha molestado tanto, de verdad que mi intención solo era jugar y sacar esa parte de ti que me pone muy duro. Como ahora lo estoy...

Sue resopló porque aquello era demasiado:

—Déjalo ya, William. A mí estas cosas no me van.

—Te estoy diciendo la verdad. Me excitas muchísimo y no hago otra cosa más que pensar en ti. ¿Tú no piensas en mí?

Después del incidente del restaurante la verdad era que su jefe había

perdido muchísimos puntos con ella. Pero con todo, claro que algo quedaba todavía de todo aquello que había sentido por él...

—Lo del restaurante me afectó mucho.

—Por eso has sido tan dura conmigo estos días.

—No he parado de trabajar, pero sí... Puede que haya estado más distante.

William se acercó otra vez a ella y preguntó mirándola con un deseo infinito:

—¿Y no puedo hacer nada para que me perdones?

—Es difícil perdonarte cuando haces cosas como la de antes...

William entonces empezó a impacientarse porque para él esa chica ya lo estaba haciendo demasiado largo. Cualquiera mujer en su lugar, ya habría cedido y estaría agradecida abriéndose de piernas para él, pensó. Por lo que respondió, intentando disimular su enojo:

—Ya tienes en la mesa el jodido dinero. ¿Qué más quieres?

A Sue no le gustó para nada esa respuesta, por lo que respondió:

—Se trata de respeto.

—¿Me vas a hablar de respeto tú, Sue Adams?

—No sé a qué te refieres.

—A que eres el último mono en esta empresa porque te dejas pisotear por todos. Siempre estás disponible, siempre estás dispuesta a hacer lo que nadie quiere, siempre te muestras tan sumisita y obediente...

Sue le miró con rabia pero en el fondo tenía razón... Sin embargo, lejos de acobardarse, se vino arriba y más después de la conversación que había tenido con la señora Byron:

—Pues a lo mejor va siendo tiempo ya de cambiar.

William entonces sonrió, la cogió por la cintura y la estrechó contra su dureza:

—Esa es la Sue que quiero ver. Dame más... Sigue hablando así...

—¡Suéltame! No tengo más qué decir.

—Tú me deseas...

—Ha cambiado mucho todo —sentenció Sue, porque era la pura verdad.

William entonces se apartó y reconoció airado:

—Eres la primera mujer que me rechaza y la única que me importa de verdad.

Sue sintió que solo estaba haciendo lo que le dictaba el corazón, era incapaz de besar a ese hombre que se había portado así con ella...

—Esto se ha vuelto demasiado tóxico, William.

—¡Joder, dame otra oportunidad!

Sue resopló y decidió que lo más honesto era decirle la verdad, sin desvelar por supuesto el nombre de la señora Byron:

—Mi idea es dejar la empresa. No creo que nos haga ningún bien a los dos seguir trabajando juntos.

William pensó que solo se trataba de dinero, el maldito dinero con el que lo compraba todo. Así que afirmó:

—¡Te pagaré el triple! No puedes irte.

—No entiendes nada. No se trata de dinero.

—Siempre es el dinero, Sue, desde que el mundo es mundo.

Sue entonces le miró apenada, porque la distancia entre ellos era cada vez más grande:

—Ese es tu problema, William. Tu grandísimo problema.

Capítulo 21

Sue siguió trabajando en el estudio, si bien no volvió a tener ninguna conversación de ese cariz con su jefe. Tenían tan solo un trato meramente profesional, mientras ella le sacaba de su corazón y preparaba la salida...

Y más desde que el mismo día de su entrega, a finales de febrero, la señora Byron aceptó el boceto y le dio vía libre con el proyecto definitivo.

Feliz como no recordaba, pues no solo le había dado una jugosa cantidad de dinero, sino también un cuantioso adelanto, con el que zanjó la deuda de su madre y donó otra suma para la labor social de la parroquia del padre Bert que tanto le había ayudado, ya sí que sintió que la marcha del estudio Dunkers era casi inminente.

Y es que gracias a los contactos de la señora Byron, le habían salido otros proyectos más, los suficientes como para tener trabajo durante al menos los dos primeros años.

Ya solo le quedaba encontrar un despacho decente en el que trabajar y recibir a sus clientes, pero la verdad era que en Manhattan era casi una misión imposible.

Por eso, Bradley estaba harto de proponerle que se instalara en su departamento de Manhattan...

—Mira que eres terca, Sue Adams, cuántas veces tengo que decirte que te ofrezco gustoso mi apartamento —volvió a repetirle mientras paseaban por el parque, un día soleado, de mediados de marzo.

—Ya has hecho bastante por mí, supongo que acabaré encontrando algo...

—Dudo que nada mejor que mi departamento, que además es ideal para

que sea un estudio de arquitectura.

—Sí, pero te recuerdo que es tu casa.

—Mi casa está en Yonkers que es donde trabajo. Además el departamento de Manhattan es lo suficientemente grande como para tener dos espacios. La de trabajo y la de vivienda... De hecho, el arquitecto lo diseñó con esa intención...

—A mí me encanta tu casa, y desde luego que como estudio de arquitectura es perfecto, pero...

Bradley se detuvo, la miró a los ojos y le dijo para que se decidiera de una vez:

—Ya has tomado la decisión más valiente que es dejar el estudio Dunkers, y no debes demorarlo más. Tú bien sabes que no vas a encontrar nada barato y chic en Manhattan, porque no existen esa clase de chollos en esta maldita ciudad. Así que quédate en mi casa y cuando ganes lo suficiente como para irte a un sitio mejor, vuela... Pero mientras, acepta mi propuesta, a cambio puedes invitarme algún viernes a cenar...

Sue sonrió porque ese hombre no podía ser más generoso, y lo cierto era que tenía toda la razón.

—La verdad es que todo está por las nubes, pero me da tanto apuro instalarme en tu casa que tal vez si me pusieras un alquiler que pudiera pagar...

—¿Tengo que recordarte que no me hace falta el dinero? Suena horrible, pero sabes que es verdad. Así que déjate de milongas y empieza de una vez con tu proyecto. No imaginas lo orgulloso que estoy de ti, porque hayas decido al fin ejercer como arquitecta por tu cuenta.

—Yo casi que ni me lo creo. Y ya verás cuando William descubra que ya es un hecho consumado...

Bradley estaba al tanto de todo lo que había sucedido con él, porque Sue se

lo había contado, pero le quedaba una duda:

—¿Tienes miedo a su reacción?

—Creo que él piensa que jamás me iré de su lado. De hecho sigue enviándome flores cada lunes.

Bradley bajó la vista al suelo y masculló:

—Ya.

Sue al ver su reacción, enseguida se apresuró a aclararle:

—Pero ya no siento nada por él.

A Bradley se iluminó la mirada porque era la primera vez que escuchaba a Sue hablar tan claro y tan rotundo.

—¿Ya no?

—No. Últimamente me he percatado de muchas más cosas, entre otras de lo poco que le he importado. He estado tan ciega estos años, pero tenías razón en todo, como siempre. Ahora que lo puedo ver con distancia y ya que se me ha caído la venda que tenía puesta por culpa de mi absurda obsesión me he dado cuenta de que me ha utilizado, que se ha aprovechado de mi generosidad, que me ha humillado, que se ha reído de mí... En fin, que no quiero saber nada de él, jamás en la vida...

Bradley sonrió porque no podía disimular que le alegraba en el alma escuchar aquello:

—Lo celebro, Sue. Ese hombre no te hacía ningún bien, ni te ayudaba a crecer ni como profesional ni como mujer.

—Me trató como un trapo. Y si lo pienso bien, siempre ha sido desconsiderado conmigo, a excepción de los ramos de flores que me sigue enviando con notas preciosas que deben ser frases copiadas de alguna parte y que ni siente. Una manipulación más de las tuyas para tenerme contenta y que no me marche. Pero ya se acabó.

—Pues por mí puedes empezar cuando quieras a trabajar en mi

departamento. Quiero decir en el que va a ser tu estudio...

Sue sonrió y acto seguido le dio un beso en la mejilla porque estaba feliz:

—Y luego dices que yo soy terca, pero tú... A ver quién te dice que no...

Bradley se quedó quieto frente a ella, con ganas de mucho más que ese beso que, todo sea dicho, le supo a gloria.

Y es que desde el último beso aquella noche, no habían vuelto a darse otro, ni siquiera amistoso...

Y ya habían pasado tantos y tantos días...

Y deseaba tanto besarla otra vez, tenerla entre sus brazos y más, muchísimo más, que muerto de deseo y con los ojos muy brillantes, confesó:

—¡Ojalá que no me digas que no, si te pido que me beses!

Sue frente a él, frente a esos ojos preciosos y esa presencia imponente, solo pudo responder:

—Cualquier mujer estaría loca por besarte.

—Yo solo quiero que me beses tú.

Sue lo miró y sintió un rayo de deseo que la atravesó de la cabeza a los pies. Y es que siempre había sentido una tremenda atracción por Bradley pero a medida que le iba conociendo estaba creciendo un sentimiento mucho más fuerte.

Era un tío con tantos valores y además se había portado con ella tan bien, que era imposible no sentir por él algo que estaba pareciéndose mucho al amor.

No obstante, quería estar de segura de que William ya era solo un recuerdo para empezar algo con Bradley.

Él no se merecía una pareja que tuviera el corazón y la cabeza en otra parte, ella quería entregarse por completo, sin ninguna sombra del pasado que pudiera enturbiar el presente y el futuro con Bradley.

Y lo cierto era que pensaba que le iba a costar mucho más sacarse a

William del corazón, pero ese bonito día soleado de un invierno que se resistía a irse, frente a Bradley, se dio cuenta de que ya no sentía nada por su jefe.

Habían sido muchas cosas las que habían pasado entre ellos y cuando había tenido ocasión de enmendarlas solo lo había estropeado más.

Además, siempre se había esforzado por hacerla creer que fuera del estudio Dunkers no había sitio para ella en ninguna parte.

Sin embargo, gracias a la señora Byron que le había dado la oportunidad o a Bradley que no hacía más que apuntalar su confianza, se había percatado de que podía llegar tan lejos como quisiera.

Les debía tanto...

En cambio, a William no iba perdonarle jamás que le hubiese cortado las alas, que nunca hubiera creído en ella, que solo la hubiera utilizado en su egoísmo sin límites.

Así que no, en su corazón ya no había ni un hueco para William Dunkers, porque se lo había ganado a pulso y porque cada día sentía más por Bradley.

Así que sin pensárselo dos veces, Sue agarró las solapas del abrigo del Bradley y le dio tal beso en los labios que él se quedó alucinado.

Capítulo 22

Bradley con los labios pegados a los de ella y el corazón latiéndole muy deprisa, le preguntó:

—¿Estás segura? Te he pedido el beso porque sabes que soy demasiado bruto, pero no quiero que te sientas presionada a nada. Si necesitas tu tiempo, si necesitas pasar por un cierto duelo después de lo de William, de verdad que respetaré tus tiempos.

Sue negó con la cabeza porque tenía muy claro lo que quería:

—Lo único que tenía con William era una relación de dependencia de lo más tóxica y nunca fue amor. Por lo menos por su parte, yo sí que estuve enamorada de él, aunque luego creo que terminó derivando en una patética obsesión. Pero ya pasó, y no necesito más tiempo para darme cuenta de que siento cosas por ti.

Bradley la estrechó contra su cuerpo y le preguntó muy emocionado:

—¿Cosas como qué?

Sue al sentir el bulto enorme de ese hombre pegado a su entrepierna sintió una excitación tremenda.

—Cosas de todo tipo —musitó mientras él la agarraba por el cuello y le daba un beso en la boca de impresión.

Porque la besó, ella abrió los labios y le metió la lengua muy dentro. Voraz, salvaje, para que no le quedara ninguna duda de que era él que estaba besándola y que no iba a dejar de hacerlo nunca.

Luego llevado por una pasión y un deseo incontenibles, la condujo detrás de un árbol viejo, de grueso tronco, apartado y donde no podían verlos, le

bajó la cremallera del plumífero, porque a pesar de lo próximo que estaba ya la primavera seguía haciendo muchísimo frío, él abrió su abrigo y volvió a pegarse contra ella.

Sue sintió más fuerte esa erección tan dura y él la agarró por el culo y la empujó contra esa dureza.

Ella gimió de puro placer y comenzó a frotarse mientras no dejaban de besarse de una forma salvaje.

—Quiero que te corras ahora... —le susurró Bradley al oído, en tanto que ella no dejaba de mover las caderas para frotarse contra la erección.

Sue que en la vida había hecho eso, frotarse de esa forma tan *sexy* a la luz del día, estaba más que excitada.

—Nunca he hecho esto, pero no quiero parar...

Bradley entonces se apartó un poco de ella, le desabrochó los tres primeros botones de su pantalón y discretamente descendió una mano hasta el pubis que presionó fuerte a través de sus braguitas.

—Estás muy mojada.

Sue cerró los ojos al sentir esa caricia, luego retiró un poco la tela y acarició esa humedad para goce de ella que puso los ojos en blanco.

—¡Qué placer!

Sue entonces separó un poco las piernas y Bradley entendió perfectamente lo que tenía que hacer.

Introdujo suave y despacio un dedo dentro de ella, que gimió y se puso al borde de las lágrimas.

Aquello era tan erótico y tan íntimo que estaba además temblando entera.

Y no era precisamente por el frío...

—¿Estás bien, Sue?

—Sí, lo que pasa es que hace tiempo que...

Bradley en ese momento se percató de que después de criticar tanto a

William se estaba comportando como él. Se había dejado llevar por el fuego que le ardía dentro y estaba haciendo algo con Sue que tal vez le estaba incomodando.

—Si quieres lo dejamos... —propuso Bradley.

Sue negó con la cabeza, porque estaba demasiado excitada para hacerlo. Quería seguir sintiendo a Bradley de esa forma tan intensa...

—No. Quiero que sigas. Pero es que estas caricias son tan íntimas y tan nuevas para mí, jamás he hecho nada parecido en mi vida, así de pie, a la luz del día... No sé, estoy algo desbordada...

—Te repito que si no te gusta...

Sue le miró a los ojos muerta de deseo y le suplicó:

—Sigue, necesito sentirte... Quiero ir hasta el final...

Bradley sacó el dedo, la miró a los ojos y le susurró:

—Eres maravillosa, Sue. Y tengo tantas ganas de fundirme contigo...

Luego le lamió los labios, la besó dulce, luego duro y tras mirarla otra vez, le introdujo dos dedos hasta el fondo.

Sue al sentir esa invasión, al sentirse tan abierta, no pudo evitar gemir de puro placer y de puro dolor.

Estaba tan cerrada, ella cuando se masturbaba tan solo se acariciaba el clítoris, así que esa parte de su anatomía que Bradley estaba abriendo con sus dedos tan fuertes y largos, estaba muy estrecha.

Y dolía, pero al mismo tiempo no quería que Bradley dejara de hacer aquello.

—Sigue... —pidió.

Bradley la penetró con cuidado con los dedos, sintiendo esa estrechez, que solo le puso más duro todavía.

—Si te duele, dímelo... Lo podemos hacer de otra forma y aunque estás muy mojada, lo podemos intentar en casa con lubricante, en otra postura, lo

que tú digas Sue...

Sue quería hacerlo así, necesitaba sentirle de esa forma, justo en ese instante.

—No pares, por favor...

Bradley entonces coló la otra mano por debajo del grueso jersey de lana azul y le apretó un pecho hasta que gimió de nuevo.

Después, sin dejar de penetrarla con los dedos, apartó la tela del sujetador y tomó el pezón que apretó hasta que Sue gritó de placer.

Luego, tiró de esa pequeña dureza exquisita y volvió a apretar el pecho con la mano abierta.

Sue creyó que iba a derretirse ahí mismo...

—Tienes unos pezones tan duros y hermosos, Sue.

Bradley tironeó con delicadeza de ese pezón que Sue deseó que castigara hasta que la derritiera de puro gusto, mientras su interior cedía cada vez más.

Se estaba abriendo para él, poco a poco, como lo estaba haciendo con su corazón.

Bradley. Quién iba a decirlo, el hombre que había llegado a su vida en el momento más inesperado, cuando pensaba que su corazón era de otro y que le había mostrado el verdadero valor de la amistad, de la generosidad, de la entrega y de la paciencia.

Porque había sido demasiado paciente con ella, siempre había estado ahí, en la sombra, sin exigir, sin esperar, pero siempre dispuesto a darlo todo.

Sue miró entonces a los ojos verdes profundos de ese hombre con un corazón de oro y solo pudo decir una cosa:

—Te quiero Bradley, te quiero...

Bradley al escuchar aquello, con el corazón que se le iba a salir del pecho, la besó con fuerza en la boca y replicó emocionado:

—Y yo, Sue, te amo, te amo con todo mi corazón.

Sue le devolvió el beso, húmedo, fuerte, lascivo y lleno de amor, de todo el amor que tenía para darle.

Y Bradley entonces comenzó a penetrarla más duro con los dedos, tan duro y profundo que Sue creyó que no iba a soportarlo.

Le sentía tan dentro, sentía su carne tan tensa... pero no quería parar...

—Sigue por favor, sigue... —suplicó ella.

Sue cerró los ojos de puro placer y Bradley entonces con el pulgar le acarició el clítoris que estaba durísimo y mojado, unas caricias precisas y arrebatadoras, que hicieron que Sue acabara mordiendo el hombro de Bradley para no gritar de puro placer en mitad del parque.

—No puedo más, Bradley... No puedo más... —dijo desbordada por el placer, con dos lágrimas de pura excitación corriendo por el rostro.

—Ya lo tienes, Sue. Orgasma para mí, déjame que sienta cómo te corres entre mis dedos.

Bradley entonces sintiéndola más dilatada que nunca, muy abierta para él, solo tuvo que dar unos golpecitos certeros y contundentes sobre el clítoris hinchido, para que ella acabara teniendo un orgasmo brutal que la estremeció de cabeza a los pies.

Capítulo 23

Tras el orgasmo, se fundieron en un abrazo que lo dijo todo, puesto que los dos sintieron que era más que piel y sexo, que entre ellos había algo que lo trascendía todo.

Por lo que llegados a ese punto, Sue ya no dudaba de que lo suyo se pareciera al amor: es que lo era.

Es que aquello que tenía entre las manos, era amor del bueno.

Así que felices y convencidos de lo que estaban sintiendo, regresaron a casa, a continuar con lo que habían empezado.

Porque ninguno quería que acabara ahí, de hecho fue Sue la que lo propuso justo cuando Bradley estaba a punto de pedirle lo mismo.

Y eran tantas sus ganas que ya en el ascensor se quedaron medio desnudos.

Luego, dentro de la casa de Sue, les faltó tiempo para sacarse las ropas que les quedaban.

Y así, de pie y desnudos el uno frente al otro, se abrazaron muy fuerte.

Se miraron a los ojos y no tuvieron que decirse nada más porque las almas hablaron en ese silencio cómplice.

Luego se besaron con desesperación y se acariciaron por todas partes, se lamieron, se mordieron y así estuvieron un buen rato, hasta que Sue cayó de rodillas frente al miembro durísimo que se moría por tener en su boca.

Y es que quería devolverle el mismo placer que le había dado en el parque, quería que orgasmara como ella lo había hecho, fuerte y potente.

Así tomó el miembro con las manos y empezó a lamer la punta de un modo tan exquisito que él gimió.

—Dios, Sue, eso que haces es tan bueno... Pero antes de que sigas quiero que sepas que estoy limpio. Solo he tenido sexo seguro y me hago pruebas con frecuencia. Quiero que sepas que puedes estar tranquila...

Sue asintió con la cabeza y comenzó a lamer ese miembro grande y duro con más frenesí, hasta que después de volverlo medio loco, lo introdujo en la boca hasta la mitad.

Bradley la agarró por el cuello disfrutando del placer enorme que esa mujer le estaba dando con la boca.

Pero ella quería más... Quería aceptarlo entero... Por eso a pesar de que era un falo grande y grueso, se esforzó en meterlo cada vez más dentro, poco a poco, en tanto que Bradley se ponía más duro todavía.

Estaba tan excitado, tenía tantas ganas de ella, que su sangre entera ardía de puro deseo.

Y además Sue era tan buena dándole placer con la boca que en la vida había sentido nada igual.

Y no solo se debía a la delicia de su lengua, sino también la pasión y la entrega que le ponía, a las infinitas ansias de dárselo todo, hasta el final...

Y es que en cada gesto, Bradley podía percatarse que lo suyo iba mucho más allá de un mero acto sexual, había algo mucho más profundo detrás por eso masculló:

—Te amo, Sue, te amo como jamás he amado a nadie.

Al escuchar aquello, Sue sintió una tremenda emoción que hizo que se esforzara por aceptar mucho más, tanto que llegó a rozar con la nariz el vello púbico de Bradley.

Y estaba más que sorprendida porque jamás había llegado tan lejos, con su ex lo había practicado unas cuantas veces pero él enseguida había eyaculado en un pañuelo.

Bradley en cambio aguantaba lo suficiente para que ella pudiera ir más allá

de sus límites, para que sus mandíbulas se tensaran al máximo y dos lágrimas recorrieran su rostro, cuando en varias ocasiones se puso al borde de la arcada.

Y es que llegó un momento en que Bradley colocó las manos en la nuca de Sue y empezó a controlar las penetraciones hasta hacerlas tan profundas en algunos instantes, tan intensas y tan excitantes, que ella lo sintió en lo más profundo de su garganta.

Y estaba tan orgullosa de poder darle ese placer que siguió aceptándole en su boca hasta que le notó tan duro que supo que estaba casi al borde de derramarse por completo.

—Ya lo tienes, Sue. ¿Lo quieres dentro de ti?

Sue ni se lo pensó, necesitaba sentirle dentro, quería su premio por haberse entregado como jamás pensó que lo haría.

Por eso, asintió con la cabeza y tras penetrarla unas cuantas veces más, duro y fuerte, un chorro caliente y espeso impactó en la garganta de la dulce Sue.

Ella tragó esas esencias y luego le miró temblando de deseo...

Él la cogió de la mano, la levantó y la besó la boca que le había dado tanto placer...

—Eres la mejor, Sue. No hay nadie como tú.

Y luego retiró unas lágrimas que corrían por el rostro de Sue, tanto por el esfuerzo que había hecho como por la emoción que sentía de haber sido capaz de llegar tan lejos.

—Nunca había llegado hasta el final con mi ex... Es la primera vez que hago esto y...

Bradley temiendo que la experiencia no le hubiera gustado, preguntó:

—¿Te arrepientes?

Sue negó con la cabeza y luego sonrió feliz de lo que había sido capaz de

darle:

—Quiero dártelo todo, Bradley. Te mereces todo el placer que pueda darte...

Bradley volvió a besarla y luego descendió con la mano hasta la entrepierna empapada de Sue...

—Ahora te toca a ti gozar, preciosa.

Y la llevó hasta el sofá, donde la dejó sentada y le abrió las piernas para lamerla bien, para devolverle hasta la última gota de placer que le había dado.

Y entonces Sue creyó que iba a volverse loca de tanto gozar.

Porque Bradley sabía exactamente cómo lamerla, cómo tocarla, cómo acariciar con su lengua esos exquisitos pliegues que devoró cuanto quiso hasta que llegó un momento en que se excitó tanto que Bradley solo tuvo que presionar ligeramente el clítoris para provocarle un orgasmo brutal.

Acto seguido, Bradley se levantó a por una toalla, la colocó sobre el asiento del sofá y le pidió a Sue que se sentara encima de ella.

—Quiero darte mucho más placer, Sue, todavía puedo darte mucho más...

Bradley entonces le pidió que se echara un poco para delante, para sentarse justo detrás de ella.

—Acepto todo lo que me das, Bradley. Pero no sé si mi cuerpo va a poder sucumbir a un nuevo orgasmo. El último ha sido el más fuerte de mi vida...

—Apoya la espalda en mi pecho y solo siente. No te preocupes por el orgasmo, solo disfruta de mis caricias...

Sue le hizo caso, cerró los ojos y se dejó llevar por el placer de esas caricias expertas, por la maravillosa sensación de las manos grandes y fuertes de Bradley amasando sus pechos, pellizcando dulcemente sus pezones y luego perdiéndose en su sexo.

Y es que Bradley introdujo dos dedos en su interior y comenzó a acariciar un punto de su anatomía donde no había estado nadie. Y aquello ya fue para

perder el sentido...

Unas oleadas infinitas de placer asolaron su cuerpo de arriba abajo, el placer era tan exquisito que no dejaba de morderse los labios para poder soportar tanto goce.

—Disfruta, Sue, esto es todo para ti. Toma todo lo que te doy...

Bradley mordió el cuello largo y blanco de Sue, mientras con una mano seguía estimulándole el punto G y con la otra trabajaba fuerte sus pezones.

Sue gimió y gimió en tanto que aceptaba todo ese placer que Bradley le estaba entregando y que la tenía otra vez al borde el orgasmo.

—Dios, creo que voy a correrme otra vez... —susurró Sue, entre jadeos entrecortados y temblando entera de placer.

Bradley entonces incrementó el ritmo de sus penetraciones, presionando duro esa rugosidad, el bendito punto G, en tanto que seguía retorciendo los pezones de un modo delicioso.

Y el placer se hizo ya tan intenso, tan estremecedor, tan diferente a todo lo que había experimentado jamás que Sue gimió, grito y lloró, mientras Bradley decía:

—Vamos, Sue, ya lo tienes... Dámelo...

Y justo en ese instante Sue comenzó a sentir las primeras contracciones de un orgasmo feroz que le hizo gritar más todavía, estremecerse de un placer infinito, hasta que para su fascinación más absoluta un líquido viscoso y caliente brotó de su interior y empapó la mano de Bradley.

Capítulo 24

Después de aquella maravilla, se fueron a la ducha donde se metieron juntos...

—Todavía no puedo creerme que haya eyaculado, yo pensaba que lo del punto G era un mito y lo de la eyaculación femenina un invento del cine de adultos —confesó Sue, mientras Bradley le enjabonaba la espalda.

—Pues ya has comprobado que no, y si quieres podemos repetirlo ahora mismo.

Sue se giró y lo miró convencida de que le estaba tomando el pelo, pero Bradley deslizó la esponja hasta su pubis que apretó fuerte hasta hacerla gemir de nuevo.

—¡Dios mío, Bradley vas a matarme de placer!

Bradley sonrió y presionó fuerte la esponja contra la vulva mientras ella se retorció de gusto.

Luego, introdujo dos dedos en la boca acogedora y cálida de Sue, hasta el fondo, y los metió de nuevo dentro de ella, en su sexo...

Sue gimió al aceptar de nuevo esa invasión, apoyó la cabeza en el hombro fuerte de Bradley y cerró los ojos, mientras el agua caliente de la ducha caía sobre sus cabezas.

Era todo tan excitante, además con el agua la piel estaba mucho más sensible a las caricias, el placer era más intenso, más estremecedor...

Y más cuando Bradley, que le clavaba la durísima erección contra las nalgas, volvió a estimularle el punto G y ella casi se quedó sin aliento.

Porque esta vez, la zona estaba tan sensible, que las caricias se volvieron

mucho más electrizantes y el cuerpo entero se le convulsionó de puro placer.

—¿Te gusta, Sue? ¿Sigo?

Sue solo pudo gritar entre lágrimas que sí, que siguiera con aquello que estaba más allá de todo...

Porque llegó un punto en que un placer nuevo, un placer como jamás había conocido, lo invadió todo y se llevó todo por delante, el dolor en los pezones que Bradley no dejaba de castigar, en su vulva que estaba tan sensible, y en su interior tan dilatado por los dedos que no cesaban de hundirse en su interior con una contundencia implacable.

Pero daba lo mismo, porque aunque le dolía, quería más y para su sorpresa cuando Bradley más duro era con sus caricias, más y más le gustaba.

Tanto que llegó un punto en que sintió que ya no había vuelta atrás, el clítoris se endureció otra vez y Bradley entonces lo golpeteó fuerte con el pulgar hasta que ella se corrió de nuevo.

Un orgasmo muy fuerte que Bradley sintió cómo presionaba sus dedos...

—Cómo me gusta sentir cómo orgasmas, preciosa. Es un regalo para mí.

Acto seguido, Bradley sacó los dedos, y un líquido viscoso brotó del sexo de Sue, mientras ella no paraba de gemir.

Pero Bradley no quería que aquello terminara todavía, sentía que todavía podía darle más y comenzó a dar golpecitos con ambas manos sobre la vulva, hasta que Sue se estremeció otra vez.

Luego, le clavó los dedos hasta el fondo, presionó muy fuerte el punto G, y con el pulgar de la otra mano golpeteó el clítoris, hasta que ella sucumbió a un nuevo orgasmo.

Después, él sacó los dedos del interior y al hacerlo Sue se derramó entera, un chorro dulce y delicioso que cayó lento y cadencioso por los muslos blancos.

Exhausta, se abrazó fuerte a Bradley y lloró como una niña dejando que

saliera todo lo que tenía dentro.

Y es que había sido todo tan íntimo, tan intenso, tan nuevo para ella que estaba desbordada por todo.

Era como si en ese acto ella se hubiera liberado al fin de todo lo que había reprimido desde siempre y por primera vez se hubiese permitido ser ella, tal y como era.

Y para su felicidad más absoluta, ahí estaba Bradley, abrazándola, queriéndola, apoyándola, y sin juzgarla por ser lo que era.

Ni más ni menos.

Con Bradley no había límites, ni temores, ni prejuicios, ni remilgos...

Con Bradley podía ser quién le diera la gana, sentir, gozar, gemir, disfrutar, gritar...

Y se sentía mejor que nunca...

—¿Estás bien? —le preguntó, después de besarla dulce en la boca.

Sue sonrió y luego respondió convencida:

—Soy feliz, Bradley. Profundamente feliz...

Sue entonces deslizó la mano hasta la durísima erección de Bradley, que apretó fuerte...

—Yo también lo soy, Sue...

Sue sonrió y sin dejar de presionar la dureza preguntó:

—Estás tan duro, ¿podrías otra vez?

Bradley sonrió porque claro que podía y más con ella que le excitaba como ninguna mujer lo había hecho en la vida.

Por eso le dijo con una voz ronca de puro deseo:

—Me muero por hacerte el amor, Sue. Y tengo un condón en la cartera, pero no sé si tú... Hemos trabajado muy duro tu sexo, no sé si te molestará que lo hagamos...

Sue solo sabía una cosa, así que dijo:

—Yo también deseo hacer el amor contigo.

Salieron de la ducha, se secaron con unas toallas blancas que olían a suavizante de fresa, y luego desnudos y de la mano fueron hasta el salón.

La calefacción central del edificio funcionaba muy bien y hacía una temperatura muy agradable, la justa para estar desnudos y besarse a conciencia.

Porque eso fue lo que hicieron besarse hasta que Bradley no pudo más, cogió el preservativo de la cartera y se lo enfundó con cuidado de que no se rompiera.

Después, agarró a Sue por las caderas, la levantó del suelo, ella le rodeó con las piernas y así cargando con ella la empujó contra la pared del fondo.

Sue tragó saliva porque en la vida había hecho nada semejante, estaba tan expectante como fascinada.

Y más cuando después de besarse con voracidad, él colocó el miembro en el sexo de Sue y se deslizó por completo hasta el fondo.

Sue se quedó mirándole con los ojos llenos de lágrimas, la fusión era tan perfecta, la experiencia era tan intensa que apenas podía hablar. Solo sentir, mientras Bradley le decía:

—Te amo, Sue.

Sue cerró los ojos y susurró que ella también, entonces él comenzó a moverse despacio, muy despacio, mientras el interior de Sue cedía poco a poco.

Las penetraciones eran lentas y profundas, Bradley estaba siendo muy cuidadoso y Sue lo agradeció porque su cuerpo necesitaba adaptarse a esa nueva invasión.

Así estuvieron un pequeño rato, hasta que Sue sintió que necesitaba más y se lo pidió...

Bradley entonces respondió incrementando el ritmo y la intensidad y

aquello fue la locura.

Fundidos, sudorosos, haciendo el amor de una forma implacable, no dejaron de besarse hasta que Sue le sintió más duro que nunca.

Y gimió, desatada por las intensísimas sensaciones y pegando su espalda mojada contra la fría pared.

Entonces, se miraron a los ojos y Sue le pidió que se lo diera, que vaciara sus ganas por completo, que fuera hasta el final.

Bradley gruñó, la agarró más fuerte de las caderas todavía, la pegó todo lo que pudo contra él, y la penetró más fuerte y más duro que nunca unas cuantas veces más, jadeante y desesperado, muerto de placer, hasta que sucumbió a un orgasmo brutal que le dejó exhausto.

Luego miró a Sue, la besó suave en los labios y susurró aun a riesgo de parecer un loco:

—Eres la mujer de mi vida, Sue. Jamás he tenido una certeza semejante...

Capítulo 25

Bradley pasó el fin de semana entero en casa de Sue, donde además de amarse sin tregua, volvieron a tratar el tema del trabajo de ella.

Después de hablarlo mucho, Sue llegó a la conclusión de que ya no tenía sentido seguir con Dunkers y que ya era hora de empezar su nueva etapa sola y en el departamento de Bradley.

Con el que finalmente acordó que lo ocuparía un tiempo hasta que ella ganara lo suficiente para marcharse a otro estudio.

Convencida de su decisión y muy orgullosa, apareció el lunes como siempre la primera en el estudio y al poco como cada lunes últimamente recibió su ramo de flores con una nota que ponía:

Nunca dejes de perseguir tus sueños. Nunca te conformes. Vuela siempre alto, muy alto, Sue.

Sue suspiró porque esa nota le llegó demasiado adentro, tenía tanto sentido en ese momento de su vida que hasta se le escaparon dos lágrimas de emoción.

Qué pena que esas flores y notas hubieran sido parte de la estrategia de su jefe para tenerla siempre doblegada, a su merced, siempre dependiente y sumisa...

Pero esa etapa ya tocaba a su fin y no había vuelta atrás.

Por eso, se dedicó a recoger tranquilamente todas sus cosas y después a bajar al Starbucks para que su jefe un día más, tuviera su café caliente nada más llegar:

—Tu último Pike Place grande con leche... —dijo Sue, en cuanto entró al

despacho donde él ya estaba sentado frente a la computadora.

William arqueó una ceja y la miró pensando que estaba de broma, un humor negro que no tenía nada que ver con ella, pero le encantó.

Además William la encontró distinta, tenía más brillo en la mirada, su actitud era serena, pero con fuerza y confianza en sí misma, y además llevaba una boina estilo parisino y unos guantes que le aportaban un punto de sofisticación de lo más chic.

—Me gusta este nuevo sentido del humor tuyo, me gusta todo lo que veo.

Sue le miró desafiándole y replicó dejando el café encima de la mesa:

—No es humor, William. Acabo de recoger mis cosas y me marchó, dejo el estudio, gracias por todo lo que he aprendido y ya solo me queda desearte mucha suerte.

William se revolvió en el asiento, bufó y tras pestañear muy deprisa, repuso:

—¿Me estás tomando el pelo? No sé por qué razón te has puesto esa boina de francesita cabrona y has decidido vacilarme vilmente.

Sue muy seria se cruzó de brazos, negó con la cabeza y le explicó por si no le había quedado todavía claro:

—Te repito que me voy, mi etapa en el estudio Dunkers acaba hoy. Es una decisión tomada.

William soltó una carcajada porque aquello era lo más gracioso que había escuchado en mucho tiempo:

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Sue sonrió y soltó la verdad con un orgullo que no le cabía en el pecho:

—Voy a montar mi propio estudio.

—Jajajajajajajaja. Esta sí que es buena. Definitivamente te has vuelto loca... —repuso William muerto de risa.

—No sé qué te hace tanta gracia pero celebros que estés tan contento.

Imagino que te alegras por mí...

A William entonces se le demudó el rostro y ya con más con cara de circunstancias repuso:

—Lo que vas a hacer es un suicidio. No puedes trabajar como arquitecta...

—Te recuerdo que en el contrato jamás firmé una cláusula de no competencia.

—No lo digo por ese particular, sino porque no estás preparada para ejercer de arquitecta. Estás muy verde... Y realmente si lo pienso bien, es que no estás preparada para nada. Como asistente personal has ido improvisando sobre la marcha, pero seamos sinceros: tampoco sirves para ejercer como secretaria. Yo te lo tolero todo, porque soy comprensivo y te tengo cogido el punto, pero...

Sue no estaba dispuesta a escuchar ni un ninguneo más, por eso le advirtió:

—No sigas por ahí, porque no te lo voy a permitir. Sé muy bien quién soy y lo que valgo. Por eso ha llegado la hora de salir de este lugar en el que me he dejado la piel, a pesar de que no merezcas nada.

William se echó las manos a la cabeza y, mirándola con desprecio, afirmó:

—No sé quién te habrá metido esos pájaros en la cabeza, esa idea estúpida de montar un estudio y demás, pero créeme que es un auténtico despropósito. Te digo desde ahora mismo que va a ser un fracaso, porque vienes de una estirpe de perdedores. Acéptalo de una vez, Sue Adams, tú sola no puedes ir a ninguna parte. No tienes talento, ni actitud, ni coraje... No vales para montar tu propio estudio, tú has nacido para estar a la sombra de alguien, para seguir la estela de un triunfador... Ese es tu destino y debes asumirlo. En ninguna parte vas a estar mejor que aquí... Y tú mejor que nadie lo sabe...

Sue lo miró con toda su rabia y le dijo desde lo más profundo de su corazón:

—Eres odioso, William. Pero ya no quiero ni sentir odio por ti.

William se puso de pie y mirándola a la boca jugosa que se moría por besar, porque que le hubiera dicho que era odioso le había puesto muy duro, terriblemente duro, preguntó:

—¿Te recuerdo que hace no mucho estabas dispuesta a encerrarte conmigo en un despacho de cierto de restaurante para que...?

Antes de que dijera una grosería, ella decidió cortarle:

—Eso fue justo antes de que descubriera tu verdadero rostro. Pero ahora ya sé quién eres...

—¿Ah sí? Dime, ¿quién crees que soy?

Sue sonrió y, ya que quería saberlo, decidió decirle toda la verdad:

—Eres un egocéntrico, un vanidoso y un engreído, con el corazón tan negro, que jamás podrás hacer nada ni bello, ni noble, ni bueno.

—Tampoco aspiro a ser la madre Teresa de Calcuta...—masculló William con todo su cinismo.

—No solo me refiero a tu faceta como ser humano, también me refiero a la profesional. Solo tienes que mirar tus edificios...

—¿No eras tú la que decías que admirabas mi trabajo? —le recordó William, mosqueado.

—Tienen una ejecución perfecta, pero no tienen alma... Y los que la tienen es porque yo he dejado mi impronta.

Tras decir aquello, una verdad como un templo que jamás se había atrevido a soltarle a la cara, él se ofuscó muchísimo y habló señalándola con el dedo:

—Deja de decir sandeces, porque me estás cabreando demasiado.

—Los premios que has recibido han sido siempre a los trabajos que yo he rematado. Pero tranquilo que no voy a pedirte nada y te guardaré el secreto por siempre jamás. Claro que ahora a ver qué haces sin mí...

—No te hagas la importante, Sue Adams. Puedo encontrar gente como tú a patadas, desgraciadamente el mundo está lleno de mediocres y de perdedores.

Sue sonrió, porque las palabras de ese tío ya no le afectaban lo más mínimo y replicó:

—Pues empieza a buscar, porque me marcho ahora mismo.

Sue salió del despacho, cogió la caja donde había guardado sus cosas y el ramo de flores que no tenía culpa de que William fuera un cretino y entonces él le soltó furibundo:

—Eres tan ridícula como esas flores que te mandas a ti misma, para que yo piense que tienes un admirador.

Sue se quedó mirándole alucinada porque hasta ese momento estaba convencida de que era él quien las enviaba:

—Y yo que creía que me las enviabas tú cada lunes para que encarara la semana con ilusión y con fuerza. De hecho, estaba convencida de que era lo único altruista y generoso de tu relación conmigo.

—¡No me hagas reír! Jamás perdería el tiempo enviando flores a nadie. Es una soberana estupidez. Y una última advertencia: como salgas por esa puerta, jamás vas a regresar, por mucho que me llores. ¿Te queda claro?

A Sue le quedó tan claro que se marchó de allí con una sonrisa enorme y tan feliz que cuando abandonó el estudio sintió que más que caminar: flotaba...

Capítulo 26

Y es que no solo estaba feliz por dejar el estudio, sino por descubrir con los ramos de flores que una vez más quien había estado siempre ahí era Bradley.

Y desde el principio...

Cada lunes, desde que le conocía había estado enviándole flores con frases bonitas que no solo le habían alegrado el día sino la semana.

De hecho, durante esos días se había aferrado a esas flores y a esas frases para soportar todo el estrés del trabajo, toda la angustia de las deudas y todas las fatigas que traía la cotidianidad.

Esas flores y esas notas habían sido su apoyo y su fuerza, un bonito refugio y un acicate tremendo que le habían ayudado a construirse las alas con las que ese día empezaba a volar.

Y todo se lo debía a Bradley, a quién si no...

Muy emocionada, se cogió el bus de vuelta a casa y lo primero que hizo al llegar fue llamar a la puerta de Bradley que ese día libraba.

De hecho, se había empeñado en llevarla al trabajo, pero ella se había negado porque había preferido despedirse sola de esa etapa, a la que por fin había dicho adiós.

Durante el viaje en bus había estado recordando sus primeros días, sus sueños y sus esperanzas, todas truncadas por su jefe del que encima había cometido el error de enamorarse.

Pero quién mandaba en el corazón...

Por desgracia, a ella le había sucedido el infortunio de enamorarse de alguien totalmente inconveniente. Pero por fin con la marcha del estudio

había logrado librarse por completo de él.

Atrás quedaba para siempre William Dunkers y ya solo quería olvidar...

Ahora tocaba mirar para adelante, sintiéndose más fuerte que nunca, creyendo en ella, y sabiendo perfectamente qué es lo que quería.

Y desde luego que tampoco iba a torturarse por los errores que había cometido, porque todos habían sido por amor.

Ella pensó que por amor estaba haciendo lo correcto y se equivocó.

Luego, estaba tan acuciada por las deudas que creyó que dándolo todo, que transigiendo y estando siempre dispuesta, siempre iba a estar bien considerada en su puesto de trabajo.

Y no...

Con su estancia en Dunkers había aprendido que el mundo de la empresa es una selva y que o te haces respetar o nunca nadie acaba tomándote en serio.

Y aunque esa había sido una lección durísima que había aprendido con sangre, no iba a olvidarla jamás.

Y así, más que segura que nunca de su capacidad y de su valía, y con más ganas que nunca de luchar por sus sueños, se plantó frente a Bradley que abrió la puerta feliz:

—Por fin estás en casa... —dijo Bradley con una sonrisa enorme.

Sue que iba con la caja en brazos por la que sobresalían las flores, le respondió con otra sonrisa más grande todavía:

—Y vengo con tus flores...

Bradley al darse cuenta de que le habían pillado, le arrebató la caja y replicó divertido:

—Son bonitas...

Sue sacó el ramo de la caja, lo estrechó contra su pecho y preguntó:

—¿Cómo sabías que era mi flor favorita?

—Porque vi que tenías un recorte de un ramo pegado con un imán en el frigorífico.

—¡Dios, el frigorífico! —recordó Sue, aspirando el maravilloso aroma de las flores.

—Supuse que si las tenías era porque te gustaban... Tampoco hay que ser muy listo.

Sue le miró pensando que no podía haber tenido más suerte al encontrarse un hombre como Bradley.

Toda la mala suerte que había tenido con William quedaba compensada con ese amor de hombre que le había enviado el destino.

—Nadie me había regalado flores nunca —reconoció Sue.

—Ya iba siendo hora, ¿no te parece?

Sue asintió con la cabeza y luego le confesó:

—Esas notas eran tan inspiradoras, me han ayudado tanto estas semanas...

—Sí, pero pensabas que eran de William...

—¿Por qué no me dijiste que eras tú quien las mandabas?

Bradley se encogió de hombros y se sinceró:

—Quería que lo descubrieras tú. Y mira que te ha costado...

Sue se echó a reír, porque la verdad era que en su obsesión por su jefe, había perdido hasta la claridad de pensamiento y el buen juicio.

—Pues sí, porque tú siempre estabas ahí... No sé ni cómo pude pensar que mi jefe iba a tomarse la molestia de mandarme flores con notas preciosas.

—Estabas enamorada...

Sue dejó las flores sobre la mesa, se acercó a él, le abrazó feliz de haber vuelto a casa y repuso:

—Estaba obsesionada. Enamorada estoy ahora...

—¿De quién, si puede saberse? —preguntó Bradley alzando una ceja.

—De mi vecino. Un bombero *sexy* que me trae de cabeza... —respondió

ella con una sonrisa pícaro.

—Ah, sí. Algo he escuchado en la escalera, por lo visto él está pilladísimo por ella. Vamos, que hasta creo que ha pedido hora en la parroquia del padre Bert para la boda...

Sue puso los ojos como platos y luego se echó a reír:

—¡Qué exagerado!

Bradley entonces se puso muy serio y le dijo convencido:

—Ya sé que puede parecerme un poco pronto, pero sé que estoy frente a la mujer de mi vida.

Sue suspiró porque que ese hombre tan atractivo, bueno, inteligente y de todo, porque para ella Bradley era el mejor hombre del mundo, le estuviera pidiendo matrimonio era como un sueño:

—Yo es que te miro y no me puedo creer que esto sea cierto.

—El que no se lo puede creer soy yo...

Sue le besó en los labios y entonces habló risueña:

—Vaya dos.

—Pues sí, por eso creo que lo mejor es que nos lo vayamos creyendo. ¿No te parece? Y si de paso pedimos hora para casarnos en unos tres meses... mejor todavía.

Sue se quedó atónita, tres meses le parecía a la vuelta de la esquina, además estaba segura de que no podía estar hablando en serio:

—Venga, deja de bromear.

—Te lo digo en serio. Estoy tan seguro de lo que siento que para qué esperar más... Pero bueno, respeto que tú prefieras un noviazgo largo, no mucho por favor...

Sue sonrió solo de pensar cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo:

—Espera a que me asiente con lo de mi propio estudio y luego ya vamos

viendo lo de la boda.

—Se me va a hacer de largo, pero bueno... Estoy loco por despertar a tu lado todos y cada uno de los días de mi vida. Ya no me valen los fines de semana o días sueltos. Lo quiero todo...

—Puedes venir a mi casa o yo a la tuya...

—Sí, pero tú eres una chica católica, tradicional y chapada a la antigua, con una madre que es exactamente igual.

—Pero mi madre también sabe que los tiempos han cambiado y que no pasa nada por convivir antes del matrimonio. Es además hasta conveniente para conocerse mejor y tal...

Bradley la miró convencido de que ya sabía todo lo que tenía que saber y que estaba enamorado de ella y dijo:

—Pues quédate esta noche conmigo y no durmamos en camas separadas nunca más. Es un tormento que no puedo con él... Me duele demasiado no tenerte.

Sue le besó en los labios y susurró con los labios pegados a los de él:

—Para mí es el mismo tormento...

Bradley entonces le quitó la boina francesa y después todo lo demás...

Capítulo 27

Y desde esa noche ya no volvieron a dormir separados, unas veces era en casa de ella, otras en el de él, pero siempre despertaban juntos.

Y cada día era mejor, a pesar de los pequeños roces de la convivencia, por cosas como quién se ha dejado destapado el bote del champú, a qué restaurante acudir a cenar o si ver una película clásica o el último estreno.

No obstante, con todo, los dos estaban tan felices que casi que seguían sin creerlo.

Y eso que Sue, a finales de abril, recibió un ramo de flores en su despacho tan grande que no había jarrón en todo Manhattan para meterlo, con una nota que ponía:

A ver si con esto, te lo crees.

Y Sue muerta de risa, le envió una foto al WhatsApp desnuda de torso para arriba, haciendo un corazón en las manos que ponía:

Y tú lo mismo.

Y Bradley se lo empezó a creer tanto que se dejó caer en Manhattan a la hora de la comida porque no podía parar de pensar en ella y de desearla hasta que le dolía.

Sue le abrió encantada con la sorpresa y tras besarse apasionadamente, él le dijo:

—No me puedes enviar fotos así sin que tenga consecuencias.

Sue sonrió y quitándose el jersey que llevaba sin absolutamente nada debajo, confesó:

—Quería que las tuviera.

Bradley entonces amasó los pechos que se moría por tener en la boca y luego los mordisqueó hasta hacerla gemir.

Entonces, encendido de deseo le preguntó:

—¿Y tú sabes por qué te he enviado tantas flores?

Sue se encogió de hombros y, él tras cogerla en volandas, la llevó al dormitorio principal que estaba al final del pasillo y la dejó encima de la cama.

—¿Vamos a almorzar en la cama? —preguntó Sue con la mirada encendida de deseo.

—Si quieres, pedimos algo... Pero antes quiero hacer otra cosa...

Bradley desapareció de repente y al momento volvió con un montón de flores, en tanto que Sue yacía desnuda en la cama.

Él la miró extasiado y suspiró de pura emoción porque sentía que no podía tener más suerte.

—Eres tan bonita, Sue... Me gustas tanto...

Y Bradley comenzó a arrancar pétalos y más pétalos que fueron cayendo lentos sobre el cuerpo dulce de Sue.

Ella estremecida de placer disfrutó con esas suaves caricias hasta que su cuerpo desnudo quedó cubierto de pétalos, entonces Bradley se tumbó a su lado y comenzó a retirar uno a uno con la punta de la lengua los pétalos de los pechos.

Sue se mordió los labios de puro placer y gimió cuando él comenzó a mordisquear los pezones muy despacito.

Después, siguió retirando pétalos con la lengua por el vientre hasta acabar en el pubis que estaba completamente cubierto y que limpió a lametazos que resultaron de lo más excitantes.

Llegados a ese punto, Sue se dio la vuelta y él le acarició las nalgas redondas y cremosas, y luego las amasó hasta enrojecerlas.

Sue gimió y Bradley cogió cuatro flores con las que golpeó las nalgas.

Ella se estremeció entera, mientras él arrancaba más pétalos y los dejaba caer sobre ella.

Muy excitada, Sue cerró los ojos deseando que Bradley fuera mucho más allá con las caricias y él lo hizo.

Retiró con la lengua los pétalos esparcidos por el cuerpo y luego deslizó un dedo en la entrada del estrecho orificio.

—¿Querías probar algo nuevo? —preguntó Bradley ansioso por hacerle experimentar mucho más placer.

Sue se arqueó y solo pudo musitar, porque se moría de ganas de experimentarlo todo:

—Hazlo...

Bradley abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un lubricante que vertió generoso en el estrecho orificio, para a continuación introducir un dedo hasta el fondo.

Sue al sentir esa invasión tan nueva y tan íntima gimió y se dejó llevar deseosa de saber hasta dónde podía llegar.

Bradley comenzó a penetrarla con el dedo, hasta que sintió que el anillo de músculos iba cediendo y probó con otro dedo más.

—Sigue... Quiero tenerte a ti... —musitó Sue, al sentir esa nueva invasión.

Pero Bradley sabía que tenía que dilatarla mucho más antes de que él pudiera entrar dentro de ella.

—Voy a prepararte bien, quiero que sea algo muy placentero —repuso él, mientras no dejaba de penetrarla cada vez más duro con los dedos.

Sue se concentró en las sensaciones, que eran tan intensas que la tenían al borde del orgasmo, y se fue relajando cada vez más porque quería darle a Bradley todo.

Así, poco a poco, su interior fue cediendo más y más, en tanto que ella del

mero frote de la vulva contra las sábanas, acabó teniendo un orgasmo brutal que él sintió perfectamente.

—Cómo me aprietas los dedos, Sue... Cómo me gusta sentirte...

Y tras el orgasmo, Sue se abrió mucho más tanto que ella sintió que estaba preparada para recibirle y le exigió que lo hiciera:

—Ahora tú, Bradley, quiero sentirte bien fuerte. Quiero que te corras dentro de mí.

Sue se colocó a cuatro patas y Bradley se puso más duro todavía solo de verla en esa postura, entregándole todo.

Así que muerto de deseo, vertió más lubricante en el estrecho orificio que había dilatado bastante y luego colocó su miembro que empujó hasta introducirlo hasta la mitad.

Sue entonces arqueó la espalda y gritó, porque aquello era demasiado.

Era la experiencia sexual más intensa y más fuerte que había vivido en su vida, y quería llegar hasta el final. Por eso, aunque le dolía era tan excitante que le pidió:

—Házmelo, Bradley. Házmelo...

Bradley se moría de ganas por hacerlo, y muy duro, si bien fue despacio, poco a poco, penetrándola lento y suave, hundiéndose cada vez más y más.

Sue gemía, gritaba, sollozaba y sobre todo gozaba con esas penetraciones que eran una locura que no se parecía a nada de lo que había sentido hasta entonces.

Y así, poco a poco, su interior fue cediendo más y más, hasta que Bradley la notó tan preparada que se hundió entero dentro de ella.

—Te amo... —gritó Sue, entre lágrimas de placer y orgullo por poder aceptarlo entero.

Luego volvió a repetirle que le amaba y tras estremecerse entera, tras sentir su interior más tenso que nunca, como si estuviera a punto de quebrarse,

clavó bien fuerte las uñas en el colchón y le pidió más.

—Y yo te amo, mi vida. Con todo... —replicó él, que comenzó a penetrarla mucho más intenso y profundo, mientras Sue jadeaba dejándose llevar por todas las infinitas sensaciones que estaban ya más allá de todo.

Y que se hicieron grandiosas cuando Bradley deslizó una mano hasta el clítoris que estaba tan mojado como duro, lo golpeteó con el pulgar unas cuantas veces y ella tuvo un orgasmo como nunca en su vida.

Bradley entonces al sentir como la musculatura de ella presionaba fuerte su miembro sintió que ya no podía más...

Sue al notarlo más duro que nunca, le pidió entre lágrimas que lo hiciera:

—Dámelo, Bradley. Dámelo todo...

Bradley entonces se hundió hasta el fondo y gritando presa de un placer como jamás había conocido se derramó entero dentro de ella.

Sue gritó también al sentir ese orgasmo tan brutal y luego cuando él se salió cayó exhausta sobre la cama.

Bradley entonces se percató de lo mucho que había dilatado para él, de lo duro que había trabajado su cuerpo, y se emocionó.

Después, acarició suave las nalgas y susurró conmovido, porque jamás en la vida nadie se había entregado a él de esa forma tan generosa:

—Gracias, Sue. Gracias por tanto...

Capítulo 28

Después se quedaron dormidos un rato y a la media hora despertaron abrazos, agotados y felices...

—Nunca nadie me ha dado tanto... —musitó Bradley, acariciando suave el rostro de Sue.

—Tú sí que me lo das todo, hasta tu departamento para que pueda empezar con mi estudio de arquitectura.

—Es que sería un pecado no hacerlo, tienes muchísimo talento.

Sue se ruborizó como una chiquilla al escuchar la palabra pecado y más después de lo que acababa de hacer:

—No me hables de pecados que he cometido unos cuantos.

Bradley sonrió porque esa chica no podía ser más encantadora:

—Y yo contigo. Y feliz.

—Ayer me encontré con el padre Bert y solo habla maravillas de ti. No sabía que habías hecho una nueva donación.

—Estuvo mostrándome el trabajo que hacen con el comedor social y en la parroquia y es admirable. Para mí es un honor poder colaborar un poco...

—Más que un poco. El padre Bert me dijo que era una cantidad muy importante.

—Todo es poco cuando se trata de ayudar. Y yo ya sabes que puedo hacerlo.

—Ya, bueno. Tengo la suerte de tener un novio asquerosamente rico — bromeó Sue.

—Es la primera vez que escucho que me llamas así y no imaginas lo que

me gusta: tu novio. ¡Qué bien suena! Tu novio. ¡Soy el novio de Sue Adams, no conozco orgullo mayor, ni honor más grande!

Sue echó a reír porque le parecía una exageración tremenda:

—Calla por favor, ni que fuera yo una princesa o algo por el estilo.

—Para mí eres mi princesa y lo que te digo es cierto.

Sue le besó suave en los labios y suspiró porque la verdad era que estaba enamorada hasta las trancas de ese hombre que la tenía flotando de felicidad.

—Yo nunca pensé que se podía ser tan feliz, te lo prometo —reconoció agradecida por todo lo que estaba viviendo.

—Ni yo. Pero ahora que lo tenemos vamos a disfrutarlo y a cuidarlo, porque es oro puro.

Sue asintió porque sentía lo mismo, que tenían algo muy valioso entre manos, un regalo de la vida que debían proteger como el más rico tesoro. Y también reconoció:

—Contigo me veo capaz de todo...

—Es que lo eres. Y no dejes que nadie te convenza de lo contrario.

Bradley la abrazó fuerte y ella recordó:

—Tú siempre has creído en mí. Siempre confiaste en que podía llegar tan lejos como quisiera, incluso cuando yo ni me planteaba poder tener mi propio estudio.

—En el fondo tú siempre has creído en ti, lo que pasa es que te despistaste un poco del camino por culpa de William.

Al escuchar el nombre de ese tiparraco, Sue puso una cara de asco tremenda y replicó:

—Me horroriza hasta escuchar su nombre, no sé qué me pasó. De verdad que lo pienso ahora y no lo entiendo. Pero perdí la cabeza por él y es cierto que me desnorté...

—Y él se aprovechó de tus sentimientos para su propio beneficio, llegando

al punto de minarte la autoestima para que siempre estuvieras ahí, a su merced.

Sue resopló porque Bradley tenía razón, ese cerdo se había aprovechado de lo que sentía por él para hacer con ella lo que quiso.

—Menos mal que apareciste...

—Te hubieses percatado igual de la clase de hombre que era sin mi aparición.

Sue asintió pero había algo más allá de eso, por eso repuso:

—Sí, pero tú estabas ahí para mostrarme lo que es el verdadero amor y eso no lo voy a olvidar nunca. Tal vez si no hubieras estado, habría dejado de creer y de confiar, pero tú me has enseñado a que nunca hay que dejar de soñar, ni de tener esperanza, ni por supuesto de amar.

Bradley miró a los ojos preciosos de la chica de sus sueños y confesó emocionado:

—Yo nunca voy a dejar de amarte, Sue. No puedo hacer otra cosa desde el primer día en que te vi... Tampoco tengo ningún mérito...

—Tú y tus exageraciones, pero te amo de igual forma...

—De verdad que te amo desde el primer en que te vi, yo no creía en los flechazos pero te vi y tuve la certeza de que eras tú. Y mira, no me equivoqué...

—Yo me dispersé un poco, pero es que William me tenía trastornada —reconoció Sue.

—Sabía que acabarías descubriendo quién es en realidad, pero te confieso que temía que yo no llegara a gustarte.

—Teníamos tal tensión sexual no resuelta que es imposible que pensaras eso...

—Me refiero como persona.

Sue le acarició el rostro con el dorso de la mano, mirándole con todo su

amor y confesó:

—Si hay alguien al que admiro es a ti... Cuando me cuentas tu día a día como jefe de bomberos no dejo de pensar en que eres un héroe, aunque sé que no te gusta que te lo diga.

Bradley derretido por las caricias de su chica replicó:

—Es que es un trabajo como otro cualquiera...

Sue negó con la cabeza, emocionada, y orgullosa de él a más no poder, le dijo:

—Tú te juegas la vida por los demás, tienes una capacidad de entrega y sacrificio que, créeme, no son normales.

—Tú también tienes esa capacidad, lo das todo siempre, y sin pedir nada a cambio.

—Pero a veces se aprovechan de mí, como me pasó con William o la gente del estudio —reconoció Sue, bajando la vista.

Bradley le alzó la barbilla y obligándole a que le mirara a los ojos, le habló:

—Ellos son los que tienen el problema, tú eres maravillosa, Sue. Nunca lo olvides.

—Ya, pero cometí demasiados errores en el estudio Dunkers...

—Aprendiste y ahora estás aquí, en tu nuevo estudio dispuesta a cosechar muchísimos éxitos.

A Sue se le iluminó la mirada porque Bradley tenía razón, al final los errores no son otra cosa que aprendizaje con el que seguir adelante con más fuerza y sabiduría.

—Hoy me ha salido otro proyecto, otra amiga de la señora Byron. Lo que me está ayudando esa mujer... En qué hora le eché a perder la chaqueta impoluta —comentó divertida.

—¿Ves? Hay que equivocarse para que surjan las cosas...

Sue apoyó la cabeza en el hombro de Bradley y recordó la desagradable conversación con William:

—Cuando le dije a William que me iba, me auguró que nunca tendría éxito porque vengo de una estirpe de perdedores.

Bradley la miró apretando fuerte las mandíbulas y, con ganas de darle un buen escarmiento a ese cretino, opinó:

—No se puede ser más canalla que él... De verdad que no se puede...

—Pero no me dolió y ¿sabes por qué? Porque fracasado es solo el que no lo intenta y yo para nada me siento una perdedora.

Bradley la miró orgulloso, la abrazó fuerte y le dijo convencido:

—Es que no lo eres.

—Y tengo tantas ganas y tanta fuerza, Bradley, tengo tanta ilusión con mi estudio que sé solo va a salir bien. Además estás tú...

—Siempre, Sue. Siempre voy a estar a tu lado...

—Y yo al tuyo, así que por favor cuídate mucho en el trabajo, con lo que me ha costado encontrarte no me gustaría quedarme viuda.

Bradley se echó a reír, porque desde luego que él tampoco pensaba perderse todo lo bueno que les esperaba por delante:

—Sé cuidarme bien y tengo unos compañeros magníficos. Así que tranquila, que no pienso marcharme hasta que te haga el amor en todos los sitios bonitos del mundo.

Sue respiró hondo y confesó con ganas de todo, porque ese hombre que le ponía como nadie:

—Pues hay unos cuantos... Al menos necesitaremos como los próximos 100 años o por ahí... —bromeó Sue.

Y él la miró feliz y, enamorado, y replicó:

—Los que hagan falta, preciosa...

Capítulo 29

Los días pasaron, llegó mayo y Sue siguió captando más clientes nuevos gracias a que estaba empezando a funcionar el boca a oreja.

Trabajaba muchísimo, incluso los fines de semana, pero como Bradley se mudaba con ella a Manhattan, incluso sacaban tiempo para salir a cenar por las noches, ir al cine o tomar una copa en locales de moda.

Así que Sue estaba por fin viviendo la vida de una chica normal de su edad, sin tener el agobio de las deudas y esa carga de responsabilidad tremenda.

Por eso, disfrutaba más que nadie de cosas que para el resto eran tan normales como asistir a un concierto o salir a bailar.

Para ella todas esas cosas eran lujos de los que estaba empezando a gozar por primera vez en su vida junto a Bradley al que quería cada día más.

Además su familia estaba encantada con la relación, les cayó genial a su hermana y a su madre, si bien esta última le advirtió de algo, un día de finales de junio, en el que Sue le acababa de confesar por teléfono a su madre que no podía ser más feliz:

—Me alegro muchísimo por ti, Sue. Bradley es un buen muchacho, que se ve que te quiere y que te cuida. Pero te pido algo: no cometas el error que yo cometí.

Sue sabía perfectamente a lo que se refería y le recordó a su madre:

—Mamá yo tengo 27 años, he terminado mi carrera y acabo de montar mi propio estudio. No me va a pasar como ti.

—Sé que has terminado tus estudios, pero ahora sería un grave error que te

quedaras embarazada. Necesitas volcar todas tus energías en tu estudio, los críos dan muchísimo trabajo y tendrías que renunciar a darlo todo como profesional. Espera un poco, cielo, para ser mamá...

A Sue le pareció que la advertencia de su madre estaba fuera de lugar, pues llevaba poco tiempo con Bradley y ella desde luego que no pensaba ser madre de momento y mucho menos sin pasar antes por el altar.

Así que le aseguró a su madre...

—Tranquila, mamá, que de momento no te voy a hacer abuela...

—Me quitas un peso de encima, corazón. Tú sabes que vosotras sois lo más grande que tengo, pero ahora no haría las cosas como las hice en su día. Acabaría mis estudios, me estabilizaría como profesional...

—Lo sé, mamá... Lo sé...

Y sosegó a su madre, al menos de momento porque las semanas siguieron sucediéndose y lo de Sue y Bradley iba cada día a más...

Cada día más compenetrados, más seguros de lo que sentían, queriéndose más y amándose con locura cada noche.

Y es que lo suyo era cada día más intenso, más fuerte y más grande, tanto que una noche de mediados de agosto, con una luna llena preciosa sobre Manhattan y los dos desnudos contemplándola desde la cama, sintieron que esa noche iba a ser especial.

Y lo sintieron desde los primeros besos que fueron más intensos y más dulces que nunca, y después con las caricias que se hicieron insoportablemente irresistibles, cada vez más exigentes, más íntimas y más explosivas.

Luego Bradley descendió a besos hasta el sexo de Sue que devoró a lametazos, hasta arrancarle el primer orgasmo que la convulsionó por completo.

Acto seguido, y tras recuperar el aliento abrazada a él, ella hizo lo

mismo... Bradley se tumbó bocarriba y ella lo estimuló con la boca, hasta hacerle perder la razón...

No obstante, él no quiso derramarse en la boca acogedora y jugosa que lo estaba aceptando hasta el fondo, que lo lamía, que lo chupaba, dándole un placer infinito.

Por eso, apartó a Sue de su miembro y le dijo mirándola con un deseo infinito:

—No quiero correrme en tu boca, Sue...

Sue se incorporó, se tumbó sobre el cuerpazo maravilloso de Bradley, que tenía todos sus músculos en tensión y preguntó muerta de deseo:

—¿Dónde quieres correrte?

Al escuchar aquello, Bradley se puso más duro todavía y confesó mirándola con los ojos verdes más brillantes que nunca:

—Quiero sentirte piel con piel, muy fuerte y muy profundo...

Sue suspiró, porque ella también tenía esa necesidad urgente de fusión extrema, de fusión completa. Su cuerpo lo pedía y también su mente y su corazón.

Bradley entonces colocó el miembro durísimo sobre la entrada muy húmeda de Sue y ella repuso:

—Yo también quiero sentirte así...

—Necesito fundirme contigo, necesito que seamos uno, sin que nada nos separe, ni el maldito látex.

Sue tragó saliva porque ella también no solo estaba sintiendo lo mismo sino que se sentía preparada para hacerlo y aceptar todas las consecuencias, pues no tomaba la píldora ni utilizaba ningún otro método anticonceptivo.

—Yo también lo necesito —dijo convencidísima de lo que estaba diciendo.

Y entonces movió un poco las caderas del tal forma que la punta del miembro entró dentro de ella.

—A lo mejor teníamos que haberlo hablado antes, pero ya sabes cómo soy de bruto y de impulsivo —reconoció Bradley mientras ella movió las caderas para clavársela hasta el fondo.

—Yo también quiero hacerlo así, y siento que estoy preparada Bradley. Soy una mujer adulta que puedo hacer frente a lo que venga...

—Ojalá sean mellizos... —le interrumpió él y Sue soltó una carcajada.

Luego, mientras empezaba sinuosa a mover las caderas, confesó:

—Espero que antes celebremos la boda.

Bradley la miró con el corazón latiéndole con fuerza y le pidió:

—Cásate conmigo, ahora mismo no tengo anillo, pero si dices que sí mañana mismo te compraré el más bonito que haya.

Sue ni se lo pensó dos veces porque no había nada que deseara más en el mundo que ser la esposa de Bradley Newman:

—Claro que quiero casarme contigo, pero no hace falta que vayas mañana a comprarme nada.

Los dos se echaron a reír, se besaron con una pasión salvaje y tierna a la vez, porque ellos lo hacían todo posible y luego ella se sentó a horcajadas sobre él, clavándose la erección hasta el fondo.

Los dos gimieron de placer y así, comenzaron a hacer el amor, hasta que Sue agitó las caderas con tanto frenesí que de la sola fricción del clítoris contra el miembro durísimo sucumbió al orgasmo.

Bradley al sentir ese orgasmo tan potente por poco no se corrió, pero aguantó a base de respiraciones profundas y cambiaron de postura.

Sue se tumbó bocarriba y colocó las piernas sobre los hombros fuertes de Bradley que quería sentirla como nunca.

Por eso la penetró duro y contundente en esa posición para que le sintiera bien dentro, para que gozara de todas las sensaciones hasta un extremo que no había conocido nunca.

Y así fue, Bradley la penetró con todas sus ganas, mientras ella aceptaba todo ese placer entre gemidos cada vez más agónicos.

Y es que Bradley estaba haciéndole el amor de una forma tan exquisitamente salvaje que ella llegó un punto en que sintió que iba a quebrarse en mil pedazos.

Pero no lo hizo, porque su cuerpo siguió estremeciéndose y abriéndose, aceptando todo lo que Bradley le daba implacable, hasta que le sintió más duro que nunca y entonces sucedió.

—Dámelo, Bradley. Lo quiero dentro de mí. Te necesito muy adentro... — le suplicó Sue, sintiendo que se rasgaba.

Bradley la miró muerto de amor y de deseo y se derramó entero dentro de ella con un gruñido bronco y luego un “te amo” que le salió desde lo más profundo del corazón.

Acto seguido, se abrazaron sintiendo que verdaderamente habían hecho el amor, con todo el amor infinito que tenían para darse...

Capítulo 30

Y así siguieron amándose, hasta que llegó septiembre y algo muy feo empañó tanta felicidad.

Y es que un lunes a primera hora de la mañana, cuando Sue ya estaba trabajando en un proyecto que tenía que entregar a la semana siguiente, sonó el timbre.

Ella sonrió porque esperaba que fueran las flores que Bradley seguía mandándole cada lunes y se levantó de su mesa canturreando de pura alegría para dirigirse hasta la puerta que abrió con su mejor sonrisa.

Sin embargo, cuál no fue su sorpresa que con quien se encontró en la puerta de su estudio fue con el mismísimo William Dunkers.

Sue se quedó de piedra al verlo porque la última persona que esperaba encontrarse era él, al que por otra parte ya había sacado totalmente de su vida y de su mente.

Es que ni había vuelto pensar en él, sin embargo ahí estaba: mirándola con una cara de odio y desprecio sin fin.

—Buenos días... —masculló William, casi con rabia.

Y Sue no respondió nada porque seguía paralizada...

Entonces, él muy áspero y muy arrogante, como siempre, preguntó arqueando una ceja:

—¿No vas a invitarme a pasar? Espero que no tengas estos pésimos modales con tu clientela exclusiva...

Sue entonces pestañeó muy deprisa, respiró hondo y replicó:

—¿A qué has venido, William?

—¿No puedo hacer una visita de cortesía a mi empleada más desleal y traidora?

Sue que no quería escándalos en el edificio, prefirió hacerle pasar y acabar cuanto antes con esa farsa.

Y ya sentada en su despacho, y con William en frente, le exigió:

—Vamos, al grano. ¿Qué es lo que quieres?

—Vaya aires que te gastas desde que diriges tu propio estudio, Sue Adams. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

—¡Déjate de tonterías y dime a qué has venido, William! No puedo perder el tiempo con estupideces...

—Ya, claro, debes tener mucho trabajo y más desde que te dedicas a robarme clientes.

Sue se revolvió en la silla porque aquello ya era el colmo:

—¿Qué bobadas son esas?

—Lo que oyes, los Byron no solo me han retirado su confianza sino que con ellos se han ido un montón de clientes detrás. Yo solo he tenido que tirar del hilo y resulta que me he enterado que se han marchado con una arquitecta joven y dicen que muy talentosa que tiene un despacho en Manhattan. Yo te seré sincero, en la última persona que pensé fue en ti, porque no sé de dónde coño has sacado el dinero para pagarte un estudio en este edificio y de talento mejor ni hablamos... porque careces de él, como tú bien sabes... Pero la gente me hablaba de eso, de un estudio en Manhattan, de una arquitecta de talento... Y bueno, te confieso que ya cuando descubrí que el nombre de esa arquitectilla que me estaba levantando los clientes era Sue Adams por poco no muero de un ataque de bilis...

Sue respiró hondo y soltó con todas sus ganas:

—¡Vete a la mierda, William. Pero vete ya!

William negó con la cabeza y luego dijo cruzándose de brazos:

—¿Así tratas a los viejos amigos, Sue? Vaya humos que tienes desde que te folla el salvaje de Bradley Newman... Porque imagino que todo esto lo habrás conseguido como una vulgar zorrita, a base de polvos... Y yo que pensaba que eras una frígida...

Sue enojadísima, dio un golpe en la mesa y le exigió mostrándole la puerta:

—¡Vete, o llamaré a seguridad! No pienso soportar ni un insulto ni una falta de respeto más.

Luego se puso de pie y él hizo lo mismo para acercarse a ella tanto que se quedó a dos centímetros de su boca:

—Tú me deseabas a mí, tú querías que te follara la boca hasta que te atragantaras con mi leche. ¿Qué pasó, Sue, para que acabaras traicionándome y dejándote follar por ese neandertal?

Sue se apartó de él, cogió el celular para llamar a seguridad, pero William le arrebató el teléfono, la cogió por la cintura y la estrechó contra él:

—Vuelve conmigo. Sin mí no eres nada. No vales nada —le dijo.

Sue le miró con sumo desprecio y le pegó una patada en sus partes con tal fuerza que William se dobló:

—¡Cerdo asqueroso! No te vuelvas a acercar a mí...—le amenazó Sue.

Después cogió el teléfono móvil y se dirigió hacia la puerta, mientras William chillaba doblado de dolor:

—¡Tienes clientes porque la señora Byron se apiadado de ti, pobre Sue, atolondrada Sue, patética Sue! Pero ni tienes talento ni jamás harás nada que sea digno de...

William no pudo acabar la frase, porque justo cuando Sue abrió la puerta apareció Bradley con un ramo de flores que venía a entregarle en mano y al verla tan descompuesta y luego escuchar a ese cabrón, le hirvió la sangre, le pasó las flores y se fue directo a estamparle tal puñetazo en la mandíbula a Dunkers que lo derribó al suelo.

—¿Te ha hecho daño, Sue? ¿Te ha tocado? —preguntó Bradley, fuera de sí, mientras William se limpiaba con el dorso de la mano la sangre del labio que se había partido con el puñetazo.

Sue negó con la cabeza y luego le contó:

—Ha sido muy desagradable, pero gracias a Dios no ha pasado nada.

William medio mareado se puso de pie otra vez y entonces Bradley solo de pensar en todo lo que podía haber ocurrido, le propinó un puñetazo en la boca del estómago, mientras gritaba furioso:

—¡Jamás vuelvas por aquí o te juro que la próxima no tendré piedad contigo!

William de nuevo doblado de dolor miró a Bradley y masculló:

—No ha pasado nada porque yo no he querido. Esa zorrita quería que la follara muy duro y yo me he negado porque detesto hacerlo con fulanas baratas. Yo no sé qué tienes, Newman, que todas las putitas en las que te fijas quieren montárselo conmigo.

Bradley le cogió por las solapas del traje, le obligó a enderezarse y tras empujarle contra la pared, se apartó y dijo:

—No vale la pena ensuciarse las manos con una canalla como tú. Pasan los años y no aprendes absolutamente nada. Para ti las mujeres siguen siendo trofeos de guerra, no conoces el respeto ni mucho menos el amor. Eres tan desgraciado William Dunkers que jamás disfrutarás de lo bueno de la vida, de todo eso que no puedes comprar dinero —. Luego, miró a Sue y musitó—: Lamento profundamente toda esta patética escena, Sue...

Sue dejó el ramo que aún tenía en las manos sobre la mesa, corrió a su lado a abrazarlo y William con la vista puesta en el suelo, se marchó de allí dando un portazo.

—¡Cómo me alegro de que hayas venido! —exclamó ella, tras besarle en los labios.

—Quería darte una sorpresa y me la ha dado el cobarde de Dunkers.

—Abrí la puerta pensando que era el repartidor de flores y resultó ser él. Ha venido para reprocharme que le haya quitado la clientela, para recordarme lo poco que valgo y por supuesto a vaticinarme que voy a fracasar.

—Él sí que es un fracaso como ser humano. Y ha venido porque al marcharte te llevaste todo lo bueno que había en el estudio Dunkers. Así que lo que me extraña es que aún le queden clientes.

—Es tan despreciable y me ha hecho sentir tan mal...

Bradley la abrazó para reconfortarla y le aseguró convencido:

—Es escoria, y además dudo que nunca haya sido más consciente de su mediocridad. Y no lo soporta, está furioso, pero tranquila que jamás volverá por aquí. Le conozco demasiado bien...

Sue le miró con un nudo en la garganta y, al mismo tiempo sintiéndose muy segura al lado de Bradley, habló:

—Nunca me has contado de qué le conoces...

Bradley resopló y luego respondió acariciándole el rostro con el dorso de la mano:

—Es una historia larga...

Capítulo 31

Sue entonces se percató de que a Bradley se le estaba hinchando un poco la mano por el golpe que le había propinado a ese impresentable, y fue a por hielos, los envolvió en una toalla y tras aplicárselo para que bajara la inflamación, él contó:

—Fue en la época en la que mi padre le encargó el proyecto de la casa de Los Hamptons. William se encaprichó de Diana, de mi novia de entonces, y no paró hasta que ella cayó rendida a sus supuestos encantos.

Sue se quedó atónita porque para nada esperaba escuchar algo semejante.

—Lo siento mucho, Bradley.

Los dos se sentaron en un precioso sofá de piel de cinco plazas que había en el despacho y Bradley siguió contando:

—Diana era muy joven y quedó deslumbrada por el arquitecto de éxito. A mí me dolió muchísimo porque era mi primer amor, la amaba de una forma tan pura, tan de verdad...

—Tan tú —le interrumpió Sue con una cara de enamorada tremenda.

—Sí, pero jamás he estado enamorado de nadie como lo estoy de ti, Sue. Lo nuestro no tiene parangón con nada...

—Te entiendo porque me pasa lo mismo.

Bradley respiró hondo, la besó y luego dijo:

—Somos muy afortunados. El caso es que déjame que termine la historia, Diana me dejó y empezó a salir con él. Si bien, la cosa no duró demasiado. Desde el primer día de relación, William empezó a mostrar su verdadera cara y ella horrorizada regresó para pedirme perdón. Me contó cosas feísimas de

ese tío, que no paraba de humillarla y de despreciarla, pero lo peor llegó cuando al poco se quedó embarazada y le obligó a que abortara.

Sue se quedó mirándole perpleja porque lo de ese hombre ya no podía ser peor:

—¿Cómo puede haber gente tan miserable como él?

—Diana quería tenerlo, pero llegados a ese punto ya no quería saber nada de William. Es más, me aseguró que estaba muy arrepentida y que seguía amándome... Yo también la quería, la quería tanto que decidí volver y estar junto a ella durante el embarazo. Pero tristemente perdió a su bebé, fue un aborto natural... La apoyé en todo lo que pude, pero la relación poco a poco se fue desgastando. Empezamos muy críos y fuimos evolucionando en distintas direcciones, al final decidimos que lo mejor era separarnos. Ella se marchó a Europa a estudiar y en Roma conoció a un italiano con el que se ha casado y tiene ya dos hijos.

Sue con los ojos llenos de lágrimas, musitó muy emocionada:

—Conocía tu capacidad de amar, pero es mayor todavía de lo que pensaba. Después de todo lo que pasó no solo la perdonaste, sino que estuviste ahí, a su lado, a pesar de todo...

—No podía dejarla, Diana solo tenía una hermana en Australia, además... Estaba sola. Y yo seguía queriéndola... En fin... Esta es la historia, y quién me iba a hacer que años después iba volver a vérmelas con ese canalla.

—Ahora lo entiendo todo, por qué hablabas así de él... Madre mía, Bradley, siento tanto todo... Te prometo que aún hoy me pregunto cómo pude enamorarme de él.

—Es un narcisista perverso, puede engañar a cualquiera. Es un embaucador que sabe perfectamente cómo manipular a los demás para conseguir lo que quiere. Y tiene tan perfeccionada su técnica que es imposible no caer no en su trampa.

Sue se frotó la cara con las manos y respiró aliviada de estar ya tan lejos de él:

—Menos mal que William Dunkers ya está fuera de mi vida. Y que soy tan feliz aquí, en mi estudio y sobre todo contigo.

Bradley apartó la toalla mojada a un lado, la cogió de la mano y algo nervioso confesó:

—Precisamente por eso había venido a verte tan pronto, y cómo me alegro de haberlo hecho.

Sue pestañeó deprisa y preguntó porque no entendía exactamente qué quería decir:

—¿Cómo dices?

—Sí, que me he plantado aquí a estas horas y con las flores porque como siento la misma felicidad que tú y quiero que sea para siempre... —Bradley entonces sacó una cajita de Cartier del bolsillo de su pantalón, clavó una rodilla en el suelo y así le pidió con el corazón latiéndole con muchísima fuerza y más nervioso y emocionado que nunca—: ...me encantaría que te casaras conmigo. Si es que quieres, por supuesto...

Bradley abrió la cajita y apareció un anillo de oro blanco y diamantes en forma de flor que dejó a Sue boquiabierta:

—¿Es un anillo de compromiso? —masculló muy nerviosa, porque para nada esperaba aquello.

Bradley muy ansioso y temeroso de haberse equivocado en todo, con el momento, con el anillo, con la proposición, respondió:

—Si no te gusta, se puede cambiar. Y si no quieres que nos casemos ahora, pues podemos...

Sue le miró tan ilusionada y feliz que le mandó callar, llevándose el dedo índice a la boca y luego le tendió la mano asegurando con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Es tan bello, pónmelo por favor!

Bradley cogió el anillo y, todavía sin creerlo, preguntó:

—¿Esto significa que te quieres casar conmigo?

Sue le agarró por el cuello, le dio un besazo espectacular en la boca y con dos lágrimas recorriéndole el rostro, exclamó:

—Sí, Bradley Newman, quiero casarme contigo.

Bradley muy emocionado le colocó el anillo y luego la besó en la boca con todo el amor que tenía en su corazón, y que era infinito.

—Te amo, Sue. Te amo...

—Y yo a ti, mi amor.

Bradley se sentó al lado de Sue otra vez, retiró con los dedos de la mano las lágrimas de Sue y luego le confesó feliz como nunca en su vida:

—Encargué el anillo hace un par de semanas y me comunicaron que estaría hoy a primera hora. He ido a por él y como siempre, con mi maldita impulsividad, me ha faltado tiempo para venir a verte, porque me quemaba ya en el bolsillo.

—De maldita, nada... Porque has llegado en el momento justo y no solo hemos espantado para siempre a ese malnacido, sino que me has hecho la mujer más feliz del mundo.

Bradley se mordió los labios y preguntó loco por escucharlo una vez más:

—¿De verdad?

Sue asintió con una sonrisa enorme y respondió sin dudar:

—Lo soy, como jamás ni siquiera soñé que lo sería.

Bradley respiró, profundo y feliz, y la abrazó con fuerza:

—Mi Sue, mi dulce Sue...

—Y todo empezó con unas flores que ni siquiera sabía que me las enviabas tú.

—Bueno, realmente todo empezó con un huevo frito... —le recordó él,

risueño.

Luego los dos se echaron a reír y se abrazaron con ganas de todo.

—¿Nunca voy a dejar de desearte, Bradley Newman? —le preguntó ella mientras colaba las manos por debajo del jersey de cachemir.

—Yo me entreno duro todos los días, y no pienso dejar de hacerlo ni cuando me jubile. Ya es un hábito, así que imagino que tendrás un marido en buena forma hasta por lo menos los ciento y pico años... —bromeó divertido.

—Me gustas demasiado... —susurró ella, mordiéndole el cuello y acariciándole con ambas manos los pectorales tan duros.

Bradley negó con la cabeza y replicó con unas ganas infinitas de hacerle el amor:

—Nunca es demasiado, mi amor...

Sue le besó en la boca apasionada, un beso muy húmedo y muy intenso, y él con su impulsividad habitual, comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, pero al tercero ansioso ya por dárselo todo la terminó rompiendo de un par de tirones:

—Te compraré otra... Ya sabes cómo soy...

Sue se echó a reír, a carcajadas, y replicó mirándole con el mismo amor con que él la miraba:

—Me encanta cómo eres, Bradley. Me encanta...

Bradley se quitó el jersey de un tirón, la abrazó con fuerza, sintiéndose bien la piel, se besaron como locos y luego se amaron como nunca, aquella mañana tan especial, que jamás olvidarían en la vida...

EPÍLOGO

Tres meses después, un día precioso de primeros de diciembre, se casaron en la parroquia del padre Bert que estaba feliz de unir en matrimonio a dos personas tan buenas y a las que quería tanto.

Sue estaba radiante, con un vestido precioso de Givenchy, que le hacía parecer lo que era: una auténtica princesa.

Y Bradley estaba guapísimo con un chaqué que le quedaba tan bien que lucía tan elegante como sexy.

Después de una ceremonia que no pudo ser más emotiva, se fueron a celebrarlo por todo lo alto a la mansión del padre de Bradley.

De allí se marcharon de luna de miel a las Bahamas, donde se amaron hasta el perder el sentido, y luego a recorrer Europa durante dos semanas que fueron sencillamente maravillosas.

Ya de vuelta a casa, se instalaron en la formidable casa que el padre de Bradley les obsequió en el Upper East Side como regalo de bodas, y Sue siguió en el departamento de Bradley con su estudio en el que no paró de cosechar éxitos.

Y es que solo tuvieron que pasar un par de años para que Sue se convirtiera en una de las arquitectas más cotizadas y respetadas de Nueva York, ganara premios de mucho prestigio y tuviera la agenda repleta de proyectos para los próximos años.

Y justo con la llegada de esos primeros éxitos, justo a los dos años de la boda, llegó Sybilla, la primera hija de Sue y Bradley, una pelirroja preciosa con los ojazos verdes de su padre y la boca de fresa de su madre, que hizo las

delicias de todos.

Pero la cosa no quedó ahí, porque tres años después, llegó Bradley Junior, un niño clavado a su padre, que les colmó de felicidad por completo.

Una felicidad en la que por cierto nunca faltaron flores...

Y es que Sue, cada lunes, siguió recibiendo esos ramos maravillosos con notas escritas por Bradley en las que siempre le decía que la iba a amar por siempre.

Y vaya si lo cumplió... Exactamente igual que ella.